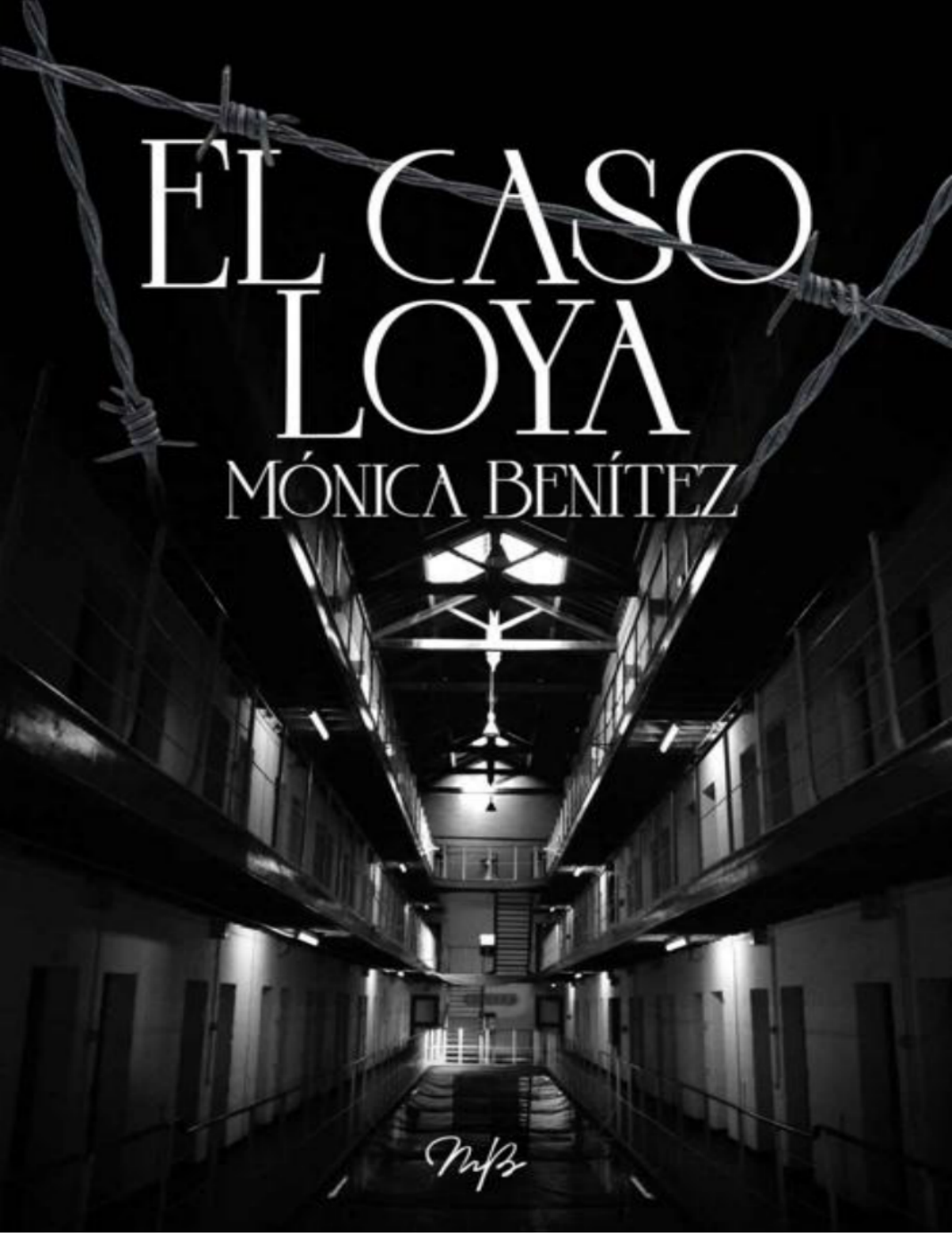
EL CASO
LOYA
MÓNICA BENÍTEZ
MB

El caso Loya

Mónica Benítez

Copyright © 2022 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz
Safe creative**:** 2204110902065

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2, un año más tarde
Capítulo 3, día 1
Capítulo 4, día 2
Capítulo 5, día 2
Capítulo 6, día 2
Capítulo 7, día 3
Capítulo 8, día 3
Capítulo 9, día 4
Capítulo 10, día 4
Capítulo 11, día 4
Capítulo 12, día 5
Capítulo 13, día 5
Capítulo 14, día 5
Capítulo 15, día 5
Capítulo 16, día 5
Capítulo 17, día 5
Capítulo 18, día 5
Capítulo 19, día 5
Capítulo 20, hace un año, en el puerto
Capítulo 21, día 5
Capítulo 22, día 5
Capítulo 23, día 6
Capítulo 24, día 6
Capítulo 25, día 7
Capítulo 26, día 7
Capítulo 27, día 7
Capítulo 28, día 8
Capítulo 29, día 8
Capítulo 30, día 9
Capítulo 31, día 10
Capítulo 32, día 10
Capítulo 33, día 10
Capítulo 34, día 10
Capítulo 35, día 10
Capítulo 36, día 11
Capítulo 37, día 38
Capítulo 38, día 179
Capítulo 39, día 212

Capítulo 1

Nerea Loya

Ahí están, los niños de infantil saliendo puntuales como un reloj, igual que cada día. Siempre vengo con tiempo suficiente para ponerme en un lugar entre las madres donde mi pequeño David pueda verme. Los niños desfilan tras la profesora y los escaneo uno a uno sin ver a mi hijo. ¿Se habrá dejado la chaqueta dentro? No será la primera vez, es un despiste de crío.

El teléfono me suena justo cuando la profesora de mi hijo me ve y me mira dibujando un gesto extraño en su expresión que me provoca una sensación extraña. Mi cuerpo se pone en alerta de inmediato, mi instinto maternal me dice que algo pasa con mi niño y el maldito teléfono no deja de sonar.

Lo saco del bolsillo mientras la profesora se acerca con prudencia, no conozco el número y la llamada se detiene.

—Nerea, David no está aquí, creía que tú…—dejo de escuchar el final de su frase porque me falta el aire.

—¿Cómo que no está? —pregunto sintiendo que las piernas me flaquean y el corazón me late en las sienes.

El móvil vuelve a sonar, es el mismo número de antes y como si mi mano estuviese poseída por alguien externo a mi cuerpo, descuelgo y me lo llevo a la oreja.

—Ha tardado mucho en contestar, Nerea—dice una voz masculina con acento del este—cada minuto que usted pasa sin prestarnos atención, es uno que su hijo pasa lejos de usted.

Me bloqueo. La profesora intenta explicarme algo, pero yo me doy la vuelta y camino hacia la salida tratando de no desmayarme.

—¿Quién coño eres? ¿Dónde está mi hijo? —pregunto en un vago intento de contener mi ira.

Noto una gota de sudor frío resbalar por mi espalda a la vez que un escalofrío me recorre el cuerpo entero.

—Lo primero—amenaza contundente—nada de policía, si la policía interviene, tu hijo muere, ¿comprendido?

—Sí—titubeo temblando.

—Lo segundo; tú sola. No le hablarás de esto a nadie, porque si lo haces lo sabremos y sabes lo que pasará, ¿verdad?

—Sí.

Trato de limpiar todas las lágrimas que resbalan por mi cara con el puño de la camisa para que nadie note mi angustia y haga preguntas que ahora mismo no puedo responder. Saco la llave del coche y corro hasta que lo abro y me encierro dentro.

—Si le tocas un pelo te juro que te encontraré y te rajaré la garganta—amenazo muy dispuesta.

—Seguro que sí…—se burla chulesco.

—¡Quiero hablar con él! Ponme con mi hijo ahora mismo.

—Aprende una cosa para que nos llevemos bien, aquí las condiciones las pongo yo, no tú.

—No tengo dinero, te has confundido—lloro desesperada.

—¿Quién te ha dicho que quiero dinero, Nerea?

Mi respiración se corta en ese momento, si no quiere dinero, ¿qué quiere? Soy una simple oficinista en una agencia de viajes, no tengo acceso a ningún tipo de información importante y David no tiene un padre al que podamos acudir porque nos abandonó un mes antes de que mi niño viniese a este mundo que ahora quiere arrebatármelo.

—Esto es muy sencillo y puede acabar muy pronto si haces lo que te digo.

—De acuerdo—contesto tratando de mantener la calma.

—Tú por él, fácil, ¿verdad?

Lo que pide me desconcierta, pero lo haré sin dudarlo.

—Quiero hablar con él, no haré nada si no me demuestras que mi hijo está bien.

—Por supuesto, quiero que veas que vamos de buena fe. Trae al niño—escucho que le dice a alguien.

Durante unos segundos solo escucho ruido y la respiración pesada del cabrón que ha secuestrado a mi hijo.

—¿Mamá?

Rompo a llorar de nuevo en cuanto escucho la voz de mi pequeño.

—Hola, cariño. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—No, me han dado un helado de chocolate y una bolsa de chuches. ¿Me lo puedo comer?

—Mejor que no, cariño, mamá te comprará muchas chuches cuando vuelvas a casa, te lo prometo.

—Se acabó la conversación—interviene el hombre—ya has visto que está bien, por ahora.

—¿Por ahora? ¿Qué quieres decir? —pregunto sintiendo una arcada.

—Nada que deba preocuparte si colaboras.

—¡Haré lo que me pidas, hijo de puta! —le grito—

¡Devuélveme a mi hijo!

—No me faltes al respeto, Nerea, no te conviene.

Su voz es tan sosegada y calmada en todo momento que me da más miedo que si le notase nervioso.

—Está bien, lo siento—me disculpo tras dar un puñetazo sobre el volante.

—Bien, esto es lo que haremos. Esta noche a las diez en punto irás sola al muelle cinco del puerto, ni un minuto antes ni un minuto después. ¿Estás escuchando?

—Sí.

—Cuando llegues aparcarás el coche junto al contenedor granate, sabrás cuál es porque no hay otro de ese color. Apagarás las luces del coche y el motor y te bajarás. Camina con las manos en alto y no se te ocurra traer un arma, eso sería un error fatal para David.

—De acuerdo.

—Detente cuando llegues junto a un camión que tendrá la luz de la cabina encendida y espera allí.

—¿Y después? ¿Qué garantías tengo de que si hago eso me devolverá a mi hijo?

—Tu única garantía es mi palabra, al igual que te digo que si no haces lo que te pido degollaré a tu hijo y lo tiraré al mar con un peso en los pies para que no vuelvas a verlo nunca. ¿Te queda claro?

—Sí.

—Hasta esta noche, Nerea.

—Espere, no…

Me ha colgado. Miro el teléfono entre mis manos temblorosas y me golpeo la cabeza contra el volante con la esperanza de despertarme de esta pesadilla, pero lo único que consigo es que la cabeza me duela más. Me bajo del coche y vomito.

A las diez en punto llego al muelle número cinco. La oscuridad me abruma y me pone los pelos de punta, apenas hay unos cuantos focos distribuidos por esa zona del puerto que parece estar en desuso. Localizo el contenedor granate muy rápido, aparco el coche tal y como me ha pedido, apago las luces y me bajo sin dudarlo.

Mientras camino en busca del camión con luz en la cabina me pregunto si no debería haber avisado a la policía, quizá podrían haber montado un dispositivo de esos que se ven en las películas, pero no me arrepiento de mi decisión. Cualquier cosa que suponga una amenaza para la vida de David queda descartada, a pesar de que no sé lo que va a pasar con la mía.

Tengo tanto miedo que apenas lo noto, mi cuerpo va en tensión constante, atenta a cualquier ruido o movimiento que me indique dónde puede estar mi hijo, y entonces veo el camión. Un camión destartalado que solo podría moverse de ahí con una grúa, pero que tiene la luz de la cabina encendida.

Me detengo justo enfrente y trato de ver si hay alguien dentro, ¿quizá mi niño está ahí? Por si acaso no me muevo, no quiero incumplir ninguna de sus normas y arriesgarme a que le hagan daño.

—Hola, Nerea.

La voz a mi espalda hace que por poco me salte el corazón por la boca. Apenas tengo tiempo de girarme y ver frente a mí a varios hombres vestidos de negro y encapuchados antes de que uno de ellos me dé un puñetazo en la cara con tanta fuerza que escucho como mi pómulo cruje antes de caerme al suelo.

Una vez ahí, noto la primera patada en el estómago y la segunda en la espalda, me quedo sin aliento y me encojo en posición fetal para tratar de protegerme, pero de poco me sirve. Esta vez es un pisotón en mi cabeza, una nueva patada en la espalda y otra en la cara, esa es la última que recuerdo antes de perder el conocimiento.

Capítulo 2, un año más tarde

Carlota

—No lo veo claro, Carlota, te podría pasar algo y si te pierdo a ti también creo que no podré soportarlo—se lamenta mi madre dando vueltas como un animal enjaulado.

—Ya lo hemos hablado, mamá, y no me pasará nada—trato de calmarla.

—Eso no lo sabes—me señala agitada—podríamos contratar a alguien, alguien entrenada y capacitada que sepa defenderse de esa pandilla de depravadas asesinas que te encontrarás allí dentro.

La cojo por los hombros para que se detenga y la obligo a mirarme.

—Si queremos saber qué le pasó a Oliver de verdad, debo ser yo quien entre, mamá.

—Tiene razón, señora Márquez—interviene Catalina, una reputada abogada con muchos contactos que hemos contratado a espaldas de mi padre.

—¿Razón? —cuestiona ella sollozando.

—Sí, señora. Le recuerdo que hacemos esto a espaldas de su marido porque fue usted misma la que dijo que si se entera, sacará a Carlota de inmediato y lo echará todo por tierra. Cuánta menos gente lo sepa, mejor.

—Por supuesto, Enrique ha sufrido mucho con lo de Oliver, como todos, pero especialmente él parece sumido en una especie de depresión, jamás permitirá que su única hija viva se infiltre en una prisión para conseguir información.

—Exacto, mamá. Para papá, Oliver está muerto y eso ya no tiene solución, pero tú y yo necesitamos saber lo que le pasó en realidad. Esa mujer confesó el crimen alegando que fue en defensa propia porque Oli trató de violarla. Tú y yo sabemos que eso no es cierto, Oli jamás haría algo así, y además está el ensañamiento con el cuerpo.

—Mi pobre niño—se lamenta llorando.

—La vimos en el juicio, mamá, con la paliza que supuestamente Oli le había dado es imposible que esa mujer lograse apuñalarlo y después se entretuviese amputándole un

dedo que te recuerdo que jamás apareció. Alguien más tuvo que ayudarla y yo quiero que todas las personas que participaron en la muerte de mi hermano paguen por ello.

Mi madre parece calmarse, hemos tenido esta conversación varias veces desde que terminó el juicio. Ninguna de las dos estuvimos de acuerdo en cómo transcurrió todo, en nuestra opinión, no se investigó lo suficiente, mi padre estaba tan desmoronado que utilizó todos sus contactos para que todo acabase cuanto antes. Y contactos no le faltan a un magnate de la inmobiliaria como él, en cuestión de dos semanas todo se había resuelto. Esa mujer fue a la cárcel y mi hermano a una urna, pero los hechos no cuadraban en absoluto, al menos a mí.

Unos trabajadores del puerto encontraron a Nerea Loya tirada en el suelo ensangrentada e inconsciente, le habían dado una paliza brutal, pero lo más desconcertante era que junto a ella había un cuchillo ensangrentado y el cadáver de mi hermano a un par de metros. Lo habían apuñalado tres veces y le faltaba el dedo meñique de la mano derecha. Ellos fueron los que avisaron a emergencias.

Trasladaron a Nerea Loya al hospital custodiada por otra patrulla, y cuando estuvo lo suficientemente estable como para que hablasen con ella, argumentó que había conocido a mi hermano en un bar de copas y que se marcharon juntos caminando en busca de un lugar discreto para echar un polvo. Llegaron hasta el puerto y mi hermano intentó violarla amenazándola con un cuchillo, que sin saber cómo, logró quitarle y clavárselo tres veces. Según ella, Oliver se puso en pie tambaleándose y ella perdió el conocimiento. Eso fue lo único que se consiguió que contase, cuando le preguntaron por el dedo se negó a contestar. Tampoco dio detalles de cómo logró quitarle el cuchillo a un hombre que pesaba treinta kilos más que ella y que le había dado una paliza que le rompió varias costillas, el pómulo, la clavícula y tres dedos.

No me lo creo, está claro que ella está implicada, pero alguien más tuvo que participar. Mi teoría es que intentaron secuestrarlo para pedirle un rescate a mi familia, eso explicaría por qué le cortaron un dedo, seguro que era para mandárselo a mis padres y dejar claro así que la cosa iba en serio. Pero algo se torció, tal vez mi hermano logró zafarse y peleó por su vida contra la otra persona, que al final lo acabó matando con un cuchillo y jodiendo el plan. Puede que se asustase y decidiese que su socia cargase con el muerto, le propinó una paliza y después puso el cuchillo en sus manos.

Mi teoría es bastante interesante y consistente, pero tiene un

fleco. ¿Por qué Nerea Loya decide cargar con el marrón? Tiene un hijo pequeño al que no verá durante muchos años. ¿Por qué no delatar a la persona que intervino en lo que fuese que pasase aquella noche y quitarse algunos años de condena de encima? Llevo un año dándole vueltas al tema y no puedo más, quiero respuestas y esa mujer me las va a dar.

—Está bien, repasemos el plan otra vez—dice mi madre dirigiéndose a Catalina—vuélveme a contar cómo lo haremos.

—Carlota ingresará en prisión mañana con unos cargos inventados de agresión bajo el nombre falso de Lara Laboy. Para todo el personal, incluido el alcaide de la prisión, Carlota es Lara, nadie sabrá su verdadera identidad salvo una funcionaria de prisiones que será nuestro contacto y la que velará por Carlota allí dentro. Se llama Charo Cedillo, es muy amiga mía y alguien de fiar.

—¿Y cómo va a proteger a mi hija sin exponerla?

—No puede, tu hija ha de ser lo suficientemente lista para evitar meterse en líos—dice mirándome—si la cosa se pone fea, Charo la sacará de allí, pero si lo hace no podrá volver a entrar. Disponemos de diez días, he tenido que pedir un favor a alguien de muy arriba y es todo lo que he conseguido. Ese es el tiempo que Carlota tiene para ganarse la confianza de la presa que asesinó a su hijo y conseguir información.

—Dios mío, no sé cómo puedo aceptar todo esto—dice mi madre negando con la cabeza.

—Carlota compartirá celda con una reclusa a la que le queda menos de un mes para salir, allí estará segura. Ese tipo de reclusas solo quiere tranquilidad y nada de líos.

—Estaré bien, mamá. Puedo cuidarme sola.

—No te confíes, Carlota—me advierte Catalina—recuerda que allí dentro encontrarás a lo peor de lo peor.

—Entre ellas a la asesina de mi hermano. Esa hija de puta me va a decir lo que pasó en realidad y quién la ayudó a matarlo.

—No hables así, Carlota—me reprende mi madre.

—Bueno, si estamos de acuerdo…—empieza a decir Catalina.

—No, un momento—vuelve a interrumpir mi madre haciéndome suspirar con paciencia—¿qué pasa si la presa te reconoce? Estuviste en el juicio.

—Dudo que lo haga, para entonces yo estaba teñida de pelirroja y llevaba el pelo largo y liso como una buena niña de bien—digo rodando los ojos—ahora lo llevo moreno natural, con media melena y algo desgreñado, es imposible que me reconozca.

—Nunca entenderé esos gustos tuyos—dice mirando mi pelo con los ojos en blanco.

—Bueno, como decía, si ya lo tenemos todo claro, esta es tu sentencia, Carlota—dice tendiéndome una carpeta—es muy común entre las reclusas enterarse de qué ha hecho cada novata que entra. Te he puesto unos cargos similares a los de Nerea Loya para que empatice contigo.

—¿Qué cargos?

—Dos años por intento de asesinato contra un hombre que trató de violarte.

—Joder.

—Estúdiate el informe, Carlota. Tu versión allí dentro siempre tendrá que coincidir con la que dice el informe. Siempre hay presas con muchos contactos que consiguen todo lo que quieren, si se enteran de que mientes irán a por ti.

—Dios Santo—exclama mi madre con las manos en la cabeza.

Cuando salimos de su despacho mi madre se excusa para ir al baño y Catalina camina conmigo hacia la salida.

—Es muy peligroso lo que vas a hacer, incluso diría que innecesario, si alguien ayudó a esa mujer con el asesinato de tu hermano es muy posible que esté muy lejos de aquí y no vuelva nunca si es listo.

—Yo solo quiero saber la verdad, Catalina, no me creo que mi hermano le hiciese eso a esa chica.

—A veces no conocemos tan bien como pensamos a las personas que más queremos, Carlota. Te sorprendería.

—No lo entiendes, Catalina, mi hermano jamás se hubiese acercado a una mujer ni habría intentado nada con ella, era gay, supongo que por eso mi padre tuvo tanta prisa en taparlo todo, se avergonzaba de él y no quería que las vergüenzas de nuestra casa saliesen a la luz.

—Vaya, no tenía ni idea—dice impresionada.

—Vivir con mi padre era una agonía para Oli, por eso se fue de casa en cuanto tuvo oportunidad.

—Es triste lo que cuentas, Carlota, y entiendo tus motivos, pero no por eso deja de ser muy peligroso lo que vas a hacer, solo quiero asegurarme de que lo tienes muy claro y eres plenamente consciente del riesgo al que te expones.

—Sé que piensas que porque mi familia está podrida de dinero soy una de esas niñas de papá que jamás ha dado un palo al agua y vive de su tarjeta de crédito. Pero te equivocas, tengo treinta y dos años, me fui de casa a los veintitrés y siempre he peleado por lo que quiero. Jamás he aceptado nada que no me haya ganado. Puede que disponga de una vida de lujos, pero siempre he tratado de vivir de una forma humilde, igual que mi hermano.

—No he insinuado lo contrario, Carlota, únicamente quiero que tengas claro que, lo que te vas a encontrar allí dentro, no se parece ni por asomo a lo que te puedas imaginar.

—Te agradezco la preocupación, pero la decisión ya está tomada—aseguro totalmente convencida.

—De acuerdo, yo, como tu abogada trataré de ir a verte cada dos o tres días mientras estés allí dentro, si te veo mal, ya sea física o psicológicamente, te sacaré de allí sin dudarlo. Eso no es negociable, ¿entendido?

—Sí.

—Bien, trata de descansar esta noche, allí te va a costar, los primeros días son los peores.

Vaya, desde luego dar ánimos no está entre sus cualidades.

Capítulo 3, día 1

Lara Laboy (Carlota)

Ayer hablando con Catalina y mi madre todo parecía mucho más fácil, sin embargo, ahora que ya estoy dentro caminando detrás de una funcionaria mientras me dirijo a la que será mi celda estos diez días bajo la mirada inquietante de todas las presas que encuentro a mi paso, la cosa se ve de otra manera menos agradable.

Mi pulso está disparado y creo que no hay ninguna extremidad en mi cuerpo que no me tiemble de miedo.

—Más rápido, reclusa, y no las mires a los ojos, no les gusta— ordena la funcionaria mientras yo aprieto la muda de ropa que me han dado contra mi pecho.

Se detiene ante una celda con la puerta abierta en cuya entrada hay un número, el quince.

—Espabila, Manuela—le dice a la reclusa que hay dentro—y haz sitio en esta cuadra, que ya no estás sola.

Miro a la mujer que permanece despatarrada sobre una de las camas y ella me devuelve una mirada examinadora. Es mayor, debe andar cerca de la sesentena y tiene bastante sobrepeso.

—Ya era hora de que me trajeses compañía, y tú, niña, más vale que no me des problemas, ¿me oyes? —amenaza señalándome—me queda poco para salir de aquí y como lo estropees te hundiré la pata de la cama en esa cabeza tan bonita que tienes, ¿te queda claro?

Asiento y trago saliva, desde luego, esto no es ni de lejos como lo había imaginado.

—Esa es tu cama—me señala la funcionaria hacia la de la izquierda.

La observo y está llena de libros, ropa y algunos objetos que sin duda pertenecen a Manuela. Cuando la funcionaria se marcha me giro hacia ella y la observo alzando una ceja. No quiero líos, pero tampoco que me tomen por la novata de turno a la que todas pueden ningunear.

—¿Te importa?

Manuela se ríe y, no sin esfuerzo, mueve ese cuerpazo y se levanta de la cama. Ahora puedo decir oficialmente que estoy

acojonada. Es más alta que yo, más corpulenta y seguramente hablaba en serio con lo de la pata de la cama. Se detiene ante mí, me mira de arriba abajo y de repente da un paso hacia delante como si quisiera pegarme.

—¡Buh! —bufa la hija de puta, y después se echa a reír mientras que yo he dado un paso atrás y por poco me caigo del susto—era broma, niña, me caes bien—dice a la vez que abre sus grandes brazos y agarra todas las cosas que tiene sobre mi cama para ponerlas en la suya.

—Gracias—titubeo algo nerviosa.

Manuela vuelve a sentarse en su cama, que se hunde exageradamente y cruje como si fuese a romperse en cualquier momento. Ignorándome por completo, se pone a doblar las cuatro prendas que tiene por ahí y ordenar sus cosas. Yo aprovecho para observar la habitación. Con sinceridad, pensaba que sería infinitamente peor. La puerta de la entrada está en medio, en la esquina izquierda la cama de Manuela y en la derecha la mía. Encima de ambas hay un par de estanterías para dejar nuestras cosas, entre ellas, una pequeña mesa al lado de una pica para lavarse las manos y a los pies de las camas, un par de taquillas para la poca ropa que tenemos.

Me pongo la sudadera gris que me han dado y me echo un vistazo. Pantalón gris, camiseta blanca y zapatillas sin cordones, bueno, no está mal.

—Dime, niña—dice Manuela captando mi atención.

—Me llamo Lara.

—Me parece muy bien, niña, ¿por qué estás aquí?

—¿Importa? —respondo preguntando a la vez que me siento frente a ella.

—Está claro que eres una jodida novata. Claro que importa, aquí todo importa. Yo maté a mi marido, cogí el hacha que él utilizaba para cortar leña y le partí la cabeza como un melón después de aguantar años de palizas. ¿Sabes lo que significa eso aquí? Respeto, eso significa, pero, si, en cambio, eres una yonqui que roba cualquier cosa para conseguir su siguiente dosis, una pobre criatura que estando borracha atropelló a alguien o una de esas madres que han asesinado a sus hijos, aquí eres carne de cañón. Si eres débil esas zorras de ahí fuera te huelen a distancia, y si eres una asesina de niños, bueno—dice encogiéndose de hombros—tarde o temprano se enterarán y desearás no haber nacido.

—No soy nada de eso. Agredí al hombre que trató de violarme—digo rabiosa.

Me sale del alma, porque sé que hay muchas mujeres que se

han visto en esa situación, ellas son las víctimas y acaban siendo las culpables.

—Le harías mucho daño a ese cabrón para acabar aquí.

—Le clavé un tenedor en el ojo y después en el abdomen. Hasta el fondo.

Esto último me lo invento, quizá Catalina podría haberme especificado los detalles verbalmente, porque con los nervios no fui capaz de leer el informe que me dio. Solo espero que no se me olvide lo que he dicho por si he de volver a contarlo.

—Interesante, pero todo eso no te servirá de nada si eres débil. Te voy a hacer un favor y te voy a explicar cómo funcionan aquí las cosas.

—¿Me vas a hacer un favor? —pregunto sorprendida—creía que aquí nadie hacía favores.

No sé si me hace un favor o es simplemente que a Manuela le gusta mucho hablar y, como no quiere meterse en líos en sus últimos días aquí, no sale de su celda y eso la tiene mortalmente aburrida. Soy el entretenimiento del día.

—Muy observadora. En realidad, el favor me lo hago a mí misma, porque he tenido la mala suerte de que en mis últimos días en este sitio de mierda me hayan metido a una reclusa novata. Si tú te metes en líos puedo salir perjudicada y no pienso permitirlo. ¿Te queda claro?

—Clarísimo.

—Podría decirse que hay cuatro grupos bien diferenciados en este centro penitenciario.

—¿Cuatro grupos?

—Sí, las gitanas por un lado y las latinas por otro. Esas son las que controlan todo el tema de las drogas aquí dentro, si quieres colocarte se lo has de pedir a ellas, pero en ningún caso se te ocurra intentar entrar algo sin que ellas lo sepan, porque como se enteren.

Manuela se pasa un dedo de punta a punta de la garganta y me entra un escalofrío.

—A las gitanas las lidera la Lola y controlan el ala este, y a las latinas una colombiana llamada María, ellas controlan el ala oeste. Tienen un pacto entre ellas y mientras ninguna invada el terreno contrario, todo va bien.

—¿Nosotras dónde estamos?

—Ala este, terreno de la Lola, aunque el patio es terreno neutral y allí todo vale, así que ten cuidado.

No sé si seré capaz de memorizar tanta información.

—Vale, eso son dos grupos, ¿y los otros? —pregunto mientras Manuela se arranca un trozo de uña y lo escupe a mis pies.

Joder, qué asco.

—El tercer grupo son las que aquí conocemos como las blanquitas, lideradas por una reclusa de más o menos tu edad llamada Jordana, aunque todos la conocen como Jordan. Esa controla todo lo demás.

—¿Todo lo demás?

—Sí, niña, ¿eres tonta? ¿Crees que aquí dentro lo único que interesa a las reclusas son las drogas?

—No, claro que no—respondo algo turbada.

—Jordan es la que puede conseguirte tabaco, compresas, préstamos, ropa o lo que sea. Todo eso a cambio de dinero, sexo o favores.

—Perdona, ¿sexo?

—Sí, eso he dicho. ¿Eres sorda?

Vale, está claro que a Manuela no le gusta que la interrumpa.

—Jordan tiene su propio séquito—dice bajando la voz—le gustan las mujeres más que a un tonto un lápiz. Tiene dos o tres novias por aquí, si quieres un consejo de esta vieja chocha, acércate a ella. Eres muy mona, si se fija en ti no te faltará de nada y, lo más importante, nadie se meterá contigo, y eso aquí, cariño, vale más que cualquier mierda que puedas conseguir.

—¿Me estás diciendo que me convierta en su puta?

—Llámalo como tú quieras, pero te aseguro que sus chicas no tienen queja. Ojalá esa niñata se hubiese fijado en mí, hubiese estado encantada de comerle el coño a todas horas.

Trago saliva, ¿dónde coño me he metido?

—¿Cuál es el cuarto grupo?

—El cuarto grupo somos las demás, niña, las que necesitamos todo eso que manejan esas cabronas. Si tienes suerte como yo, y no tienes ningún vicio y eres fea y gorda, pasas desapercibida y tus días aquí son relativamente tranquilos.

—Entiendo…

—No, te aseguro que no lo entiendes. Yo antes no era así, ¿sabes? —dice señalando sus carnes—tuve mi buena época y resultaba muy apetecible para las que controlaban el cotarro cuando entré en este sitio de mierda. He comido muchos coños, cariño—admite erizándome la piel—hazte un favor y busca rápido a alguien que pueda darte protección, si no es Jordan, alguien de su séquito, suelen respetar a las novias de otras.

—Pero a mí no me gustan las mujeres, no pienso acercarme a ninguna, vigilaré mi espalda y ya está.

Manuela estalla en una carcajada escandalosa y se da golpes en la barriga con la mano de una forma exagerada que me pone de mal humor.

—Mira, niña—dice entre risas—te doy un día, tal vez dos. Después, o te haces respetar o te convertirás en la puta de alguna de las que mandan y venderán tu lengua a toda aquella que pueda pagarla.

Subo las rodillas a la cama y me las abrazo. Catalina me advirtió que estar aquí sería duro, pero no me habló de todo esto. Siempre puedo tirar del recurso de acudir a la funcionaria, pero si hago eso nunca sabré qué es lo que en realidad le pasó a mi hermano.

—Una cosa más, niña.

—Dime.

—No te fíes de nadie aquí dentro, ni siquiera de mí.

Estupendo, eso me hará dormir muy tranquila esta noche. Muchas gracias, Manuela.

Capítulo 4, día 2

Lara Laboy (Carlota)

—Venga, niña, ven conmigo, te enseñaré la mansión y te permitiré el lujo de desayunar a mi lado —ordena Manuela apremiándome para que coja mis cosas para ir a asearme.

Ayer ingresé a última hora de la tarde y durante la cena en el comedor, traté de localizar a Nerea Loya, pero no la vi por ningún sitio, aunque entre tanta reclusa y siendo mi primer día, era difícil. Mi objetivo, tal y como me había aconsejado Manuela, era pasar todo lo desapercibida que pudiese, por lo tanto, mis miradas eran fugaces para que ninguna reclusa se sintiese retada.

Esto es duro, no llevo ni un día y mi cuerpo se mantiene en alerta constantemente, incluso por la noche apenas he dormido, aunque eso ha sido debido a los ronquidos de búfalo de mi compañera de celda.

En las duchas me siento como el juguete nuevo, los ojos de cada reclusa que entra se clavan en mí provocándome escalofríos. Solo siento cierta tranquilidad porque la funcionaria que custodia la puerta esta mañana es Charo Cedillo, la única persona que puede ayudarme en caso de apuro.

—Mira la nueva, ¿cuántos años tienes, cariño? —me pregunta una presa deteniéndose frente a mí.

A pesar de estar ya vestida me siento desnuda ante su mirada depravada.

—Déjala en paz, Conchi, estoy intentando demostrarle que esto no es tan malo como parece—le dice Manuela colocándose a mi lado.

—Es un poco joven para ti, ¿no te parece? —sonríe la reclusa, que rondará la cuarentena.

—No soy ni para ti ni para ella, así que haz el favor de hacerte a un lado y dejarme salir—me impongo esquivando su cuerpo y caminando hacia la salida.

Trato de mantener el tipo sin girarme, aprieto los dientes y suspiro rezando para que no me ataque por detrás.

—Me gusta la blanquita—escucho que finalmente le dice a Manuela—aunque con esa chulería pronto acabará arrodillada ante las piernas de alguna, y no por voluntad propia

precisamente.

Tras eso se carcajean todas las internas que hay en el baño en ese momento y yo salgo cerrando de un portazo. La funcionaria me dedica una mirada dura que me indica que no está aquí para ser mi hombro para llorar y yo sigo pasillo adelante hasta que Manuela me llama.

—Espera, niña.

Me detengo y me giro hacia ella. Manuela aligera el paso y sus enormes tetas botan exageradamente hasta que llega a mi lado.

—Iremos juntas al comedor a desayunar.

—De acuerdo—concedo tratando de mostrarme indiferente, aunque en el fondo siento un enorme alivio.

—No me has dicho cuánto tiempo te ha caído.

—Dos años, aunque mi abogada dice que podría salir antes por buena conducta.

—Dos años—repite cabeceando—escúchame bien, niña. Debes hacerme caso, busca lo antes posible alguien a quien arrimarte, alguien que pueda protegerte si no quieres pasarte los días de celda en celda comiendo coños como la mayoría de las pobres desgraciadas que hay por aquí.

—Te escuché la primera vez, Manuela. Y te agradezco el consejo, pero por favor, deja de repetirlo o tendré pesadillas—le pido tratando de disimular mi angustia.

—¿Lo he repetido? —cabecea con una mueca—mi hermana dice que últimamente repito mucho las cosas, quizá se me está yendo la cabeza—medita para sí misma—no me extraña, tantos años aquí tenían que pasarme factura por algún sitio.

Entro al comedor junto a Manuela al igual que lo hice anoche. De nuevo noto muchas miradas clavadas en mí y veo a varias cotillear sin ningún disimulo. Trago saliva y cojo una bandeja siguiendo cada paso de mi compañera de celda, en realidad, debería darle las gracias, aunque sea una mujer extraña y algo grotesca que solo está actuando en beneficio propio, tenerla a mi lado me hace sentir mínimamente segura.

Tomamos asiento en la misma mesa que anoche, junto a otras mujeres de su edad que ya han lidiado con todo lo que tenían que lidiar aquí dentro y ahora se limitan a cumplir el tiempo que les queda de la forma más tranquila posible. Mi madre siempre nos decía a mi hermano y a mí que la gente mayor es una fuente de sabiduría, y tiene razón, si quieres cometer un crimen, estas mujeres tienen todo tipo de información. Resulta que su pasatiempo favorito es imaginar cómo sería el crimen perfecto. Son toda una institución.

—Una daga de hielo—dice una de ellas de repente—se la clavas al individuo y después se deshace, la policía jamás encuentra el arma del crimen ni ninguna puta huella. ¿Soy buena o no?

La miro con la boca abierta mientras las demás meditan su ocurrencia y tratan de buscarle el lado negativo. Yo no controlo mucho de estos temas, pero reconozco que me parece brillante.

—¿Tú qué opinas, niña? —me pregunta Manuela.

—¿Yo?

—¿Ves a alguna niña más en esta mesa? —pregunta una que responde al nombre de Aurora.

Las demás le ríen la ocurrencia y me ignoran sin esperar mi respuesta para seguir debatiendo. Ayer, cuando Manuela me hizo sentar con ellas pensé que me rechazarían por las miradas que me dedicaron, pero mi compañera enseguida explicó que quería evitar que me metiese en problemas y el asunto quedó zanjado. Parece que la aprecian y la respetan, y yo agradezco poder sentarme con gente que aparentemente no pretende hacerme daño.

Mientras ellas siguen debatiendo y casi peleando por decidir quién tiene razón, un grupo de cinco o seis mujeres entra al comedor y el aliento se me congela. Entre ellas, reconozco sin ningún atisbo de duda a Nerea Loya. Tiene el pelo más largo de lo que recordaba y ya no lleva mechas rubias. Ha perdido algo de peso y el color tostado de su piel, pero sin duda es ella.

Trato de calmar mi respiración y de no enfocarla directamente para no llamar la atención. Son seis exactamente, que después de llenar sus bandejas, se dirigen a una mesa en la esquina inferior derecha que parece haber estado reservada para ellas.

—No mires así, ¿qué te he dicho? —me reprende Manuela dándome un codazo en las costillas.

—Me has hecho daño—me quejo masajeándome la zona.

—¿Qué te he hecho daño? Daño te harán ellas como sigas mirando, que pareces tonta, cojones. Son Jordan y sus chicas.

Las escaneo rápidamente otra vez y no tardo en deducir cuál de ellas es Jordan. Se ha sentado a la cabeza de la mesa y ahora que la veo bien, comprendo que Manuela dijese que estaría encantada de comerle el coño. Es una chica muy guapa que a la vez tiene pinta de matona, esa combinación es mortal tanto en hombres como en mujeres y, además, tiene una sonrisa de dientes blancos realmente impresionante.

—Las dos que están a su lado son sus novias, y diría que la rubia también, aunque de esa no estoy muy segura—comenta

haciéndome tragar saliva.

Nerea Loya está sentada justo a su lado izquierdo y, aunque apenas sonríe, no parece mirar con desagrado a Jordan cada vez que esta se dirige a ella. Me pregunto si se arrimó a ella porque alguien se lo aconsejó o si tuvo que pasar por todo lo que me ha dicho Manuela para darse cuenta de que no le convenía estar sola. De cualquier forma, espero que lo pasase realmente mal y su estancia aquí haya sido un infierno. Mató a mi hermano, y todo lo que le pase me parece poco.

Suspiro con rabia y bajo la cabeza tratando de calmarme, cada vez que la veo la recuerdo en el juicio llena de magulladuras mientras declaraba que mató a mi hermano porque trató de violarla. Todavía tengo su voz grabada en mi cerebro, sé que miente, que tuvo que haber algo más y que sin duda alguien la ayudó a pesar de que ella se reafirmó una y otra vez en que lo hizo todo sola.

—Te aconsejo que te acabes el desayuno antes de que se acabe el tiempo, no es la comida más exquisita del mundo, pero te ayudará a mantenerte en pie, y los primeros días aquí son los más jodidos, necesitas toda la energía del mundo—me explica otra de las amigas de Manuela.

—Seguro que ya está pensando en tirarse a Jordan y eso le ha quitado el hambre—se carcajea otra contagiando a las demás.

Las dejo reír sin inmutarme y vuelvo a dirigir la mirada hacia Nerea Loya. El hecho de que sea una de las novias o putas de Jordan me complica mucho más el acercarme a ella.

—No miraba a Jordan—digo de pronto, no tengo mucho tiempo, así que si quiero avanzar no puedo andarme con gilipolleces—miraba a la otra, la que está sentada a su izquierda.

Los ojos de Manuela se clavan directamente en mi objetivo y se gira hacia mí con cara de fastidio.

—¿Loya? ¿Tú eres tonta o qué te pasa? Te acabo de decir que es novia de Jordan—resopla.

—Venga ya, Manuela, sabes de sobra que para Jordan solo son posesiones que utiliza según su antojo, todas ellas tienen sus cosas con otras chicas, eso sí, siempre que puedan aportarle algo que considere que vale su precio—le rebate Aurora, la autora del puñal de hielo.

—Me has dicho que me busque protección con alguna de ellas, quiero a Loya—le digo tan segura que hasta yo me sorprendo.

—Es una buena elección, de todas esas locas es a la única que todavía no he visto meterse en altercados—interviene la más mayor de todas—pide que te metan en el taller de jardinería, así

podrás acercarte a ella.

Por poco me levanto de la mesa y beso a la señora. Catalina me advirtió que aquí, además de cumplir con la tarea que te asignan, también hay talleres a los que apuntarse para aprender cosas de provecho.

—¿Sabéis en qué trabaja? —pregunto recuperando el apetito.

—En la lavandería—responde Manuela no muy convencida de mi elección.

Trato de disimular mi cara de satisfacción por lo poco que me ha costado conseguir la información y miro al otro lado, donde están las dos funcionarias que custodian el comedor para ver si veo a Charo Cedillo. Necesito que me cuele en el taller de jardinería y que me asigne a la lavandería cuanto antes, lástima que no sea ninguna de ellas.

Capítulo 5, día 2

Lara Laboy (Carlota)

Durante el resto de la mañana y a la hora de comer, he decidido mantenerme cerca de Manuela tratando de sacarle información sobre Jordan y sus chicas. No me ha dicho mucho más de lo que ya sabía, pero sí que me ha advertido que, si la líder se fija en mí, más me vale satisfacerla.

—No es que te vaya a obligar ni mucho menos, pero tener a Jordan de tu lado es algo que te puede salvar la vida aquí dentro —aclara al ver mi cara de estupefacción.

—¿Aquí todo el mundo se vende? —pregunto algo frustrada.

Me cuesta creer que si eres una persona que no se mete en líos y trata de pasar desapercibida, también puedas acabar teniendo problemas.

—Es una cuestión de supervivencia, la mayoría va a pasar muchos años aquí y se trata de estar lo mejor posible. Es normal que ahora pienses que tú no harías nada de eso—dice mirándome de arriba abajo—pero te aseguro que cuando lleves una semana aquí dentro y todas se estén rifando tu cuerpo, harás cosas que ni te imaginarías.

—Como comer coños—digo con los ojos en blanco.

—Exacto. Esto es la jungla, niña, o eres la depredadora o la presa, no hay más.

Me calma saber que solo voy a estar aquí diez días, pero Manuela comienza a narrarme una serie de ejemplos de lo que les ha pasado a algunas presas aquí nada más poner un pie dentro y me ha revuelto el estómago.

—Se supone que hay funcionarias vigilando—me quejo indignada de que semejantes barbaridades puedan suceder todavía.

—No están en todas partes y, además, no todas son íntegras. Has de tener mucho cuidado con ellas porque a algunas las tienen compradas las gitanas o las latinas.

Trato de sonsacarle los nombres de las funcionarias corruptas, sería catastrófico para mí que Charo Cedillo estuviese entre ellas. Aunque pensándolo bien, no creo que le interese que me ocurra nada malo teniendo en cuenta que es amiga de Catalina y que,

además, percibirá una buena suma cuando yo salga de aquí.

Después de comer y descansar un poco, llega la hora del salir al patio y esta vez lo hago sola. A Manuela no le ha sentado muy bien la vomitiva comida que sirven aquí dentro y ha preferido quedarse cerca de los baños.

En cuanto llego a la puerta de salida una sensación horrible de pánico me invade el cuerpo en cuanto pongo un pie fuera. Muchos ojos se han clavado en mí y estoy sola, Manuela no se meterá en ningún follón para defenderme, pero a su lado me sentía más segura.

—O sales o entras, no te quedes en medio—me increpa una presa empujándome a un lado.

Mi nivel de miedo aumenta considerablemente en ese momento. Le pido disculpas y me quedo pegada a la pared, creo que ni siquiera me ha escuchado porque ha pasado de largo sin devolverme la mirada.

—Joder—susurro en voz baja.

Llevo aquí un día y medio y ya he estado a punto de mearme en los pantalones. Me entra el agobio y me cuesta respirar, siento como si todas las reclusas estuviesen pendientes de mí, aunque probablemente solamente sea fruto de mi imaginación. Decido que quizá no ha sido una gran idea salir aquí yo sola y me vuelvo hacia el interior, será mejor que me quede con Manuela y siga escuchando todo lo que me puede pasar si no le hago caso.

Cuando voy camino de mi celda, paso por delante de la biblioteca, donde veo con sorpresa que hay varias presas leyendo en las mesas y que, al fondo, cruzada de brazos delante de la pared, está Charo Cedillo vigilando la sala.

Sin pensarlo ni un segundo, entro en silencio y me dirijo directamente hacia donde está ella.

—Necesito que me asignes a la lavandería y me metas en el taller de jardinería—le susurro mirándola fijamente.

—No deberías acercarte a mí, Laboy, no nos conviene a ninguna de las dos que nos vean juntas. Lárgate.

—Pero necesito entrar en ese taller—insisto nerviosa.

Charo Cedillo, en un movimiento repentino que no me espero, saca su porra, me golpea en la parte trasera de la pierna haciéndome soltar un aullido de dolor y me coge del pelo y me pega a la pared quedándose ella a mi espalda.

—Estoy aquí para asegurarme de que sales de una pieza, si nos ven juntas sospecharán que nos traemos algo entre manos y tendrás muchos problemas. Ya veo que Catalina no te ha advertido muy bien de cómo funciona esto, y si lo ha hecho es

que eres muy estúpida—me susurra de forma atropellada—no debes acercarte a mí para nada.

Tras eso, me suelta y me golpea de nuevo con la porra en el abdomen.

—¡No soy tu jodida sirvienta! —grita para que todas la escuchen—¡si necesitas compresas se las pides a tu madre! ¡Y ahora, lárgate de aquí!

Charo me empuja como si fuese un bicho molesto y yo salgo cojeando de la biblioteca bajo la mirada y las risas de todas las reclusas que hay en el interior.

Cuando llego a mi celda, Manuela sigue tumbada en su cama y yo me dejo caer en la mía mientras me masajeo la pierna. Me ha parecido excesivo el comportamiento de Charo, me pregunto si lo ha hecho por mi bien o esa es su manera habitual de proceder.

—¿Te has aburrido en el patio? —pregunta Manuela taladrándome con la mirada.

—Más o menos. ¿Cómo te encuentras?

—Parece que mejor que tú, ¿qué te ha pasado?

—He pedido compresas a quién no debía.

Manuela se incorpora y se sienta en su cama para mirarme fijamente.

—Hasta la más estúpida sabe que aquí las cosas se compran en el economato, a nadie se le acaba el crédito tan pronto. ¿Qué me escondes, niña?

Está claro que los años aquí te tienen que hacer desarrollar un sexto o incluso un séptimo sentido. Manuela no ha tardado ni tres segundos en pillarme con la primera mentira, y no creo que me convenga que desconfíe de mí teniendo en cuenta que es la única persona con la que tengo trato aquí dentro por ahora.

—Dijiste que las chicas de Jordan podían conseguir cualquier cosa, he pensado que, si trataba de acercarme a alguna con cualquier excusa, podría entablar una conversación con Loya. No las encontraba por ningún sitio y le he preguntado a una funcionaria dónde podía dar con ellas—miento usando la información que ella me ha dado para tratar de salir del paso.

Manuela se carcajea mirándome como si yo fuese una estúpida.

—Olvídate de las funcionarias, niña, no te dirán nada si no les ofreces nada a cambio.

Tras eso, vuelve a tumbarse y cierra los ojos como si yo no estuviese aquí.

Capítulo 6, día 2

Lara Laboy (Carlota)

A las seis de la tarde es la hora a la que empiezan los talleres. Las reclusas como Manuela, que no participan en ninguno por edad o por enfermedad, las que son como yo, que no he sido asignada a ninguno todavía, o las que simplemente no quieren participar, pueden salir al patio.

—¿Vas a salir? —le pregunto a Manuela.

—Claro, niña, no puedo pasarme todo el día encerrada, necesito que me dé el aire. Además, he cagado dos veces y me siento como nueva.

Esa última información no era necesario que la compartiese conmigo, pero no hago ningún comentario al respecto.

—¿Te da miedo salir sola? —pregunta riéndose de mí.

—Me da un poco de respeto.

—Ya, pues tendrás que ir espabilando, dentro de un mes seré libre y no tendrás ningún ala bajo la que ocultarte.

—Lo sé.

—Vamos, esta es la mejor hora, el sol ya no pega de lleno y se puede respirar sin que se te abrasen los pulmones por dentro.

En cuanto ponemos un pie fuera, Manuela localiza a Aurora y sus amigas en un banco bajo la sombra de un árbol. Pensaba que habría mucha menos gente aquí fuera a esta hora, está claro que los talleres no deben tener mucho éxito.

Atravesamos el patio mientras voy observando en todas direcciones tratando de localizar la zona de jardinería, tiene que estar aquí fuera, y en ella Loya, esta es la mejor oportunidad que puedo tener para acercarme a ella.

Una reclusa aparece de la nada y se interpone entre Manuela y yo haciendo que vuelva a cagarme de miedo.

—¿Por qué vas con las abuelas? Son unas muermas, podrías unirte a nosotras—dice señalando con la cabeza a un grupo de mujeres que hay justo al lado del banco al que nos dirigimos.

Las observo un segundo y la piel se me eriza, son las gitanas y hay una de ellas, la más mayor y que deduzco que es la Lola, la cabecilla, me mira fijamente con cara de querer matarme.

—Tal vez en otra ocasión, todavía me estoy adaptando—

contesto lo más amable que puedo.

—¿Adaptando? Nadie se adapta a esto, paya de mierda—escupe tras una sonora carcajada que suena forzada.

Se pega a mí con tanta decisión que no soy capaz de reaccionar cuando pone una mano en mi trasero y pega sus labios a mi oído.

—Eres joven y guapa, deberías elegir un bando rápido, hay demasiados ojos que se han fijado en ti—me susurra muy seria.

El corazón me late desbocado mientras Manuela nos observa meditando si intervenir o no. Le hago un gesto disimulado con la mano para que no lo haga, porque tengo la impresión de que esta chica lo que en realidad está haciendo es darme un consejo sincero.

No me muevo y apenas respiro mientras trato de procesar lo que sucede y pensar una respuesta. La chica, al verme confusa y con los ojos de todas sus amigas clavados en nosotras, coloca una mano en mi rostro y me da un pico suave en los labios al que no soy capaz de responder.

—Me recuerdas a mí cuando entré aquí, iba de lista tratando de pasar desapercibida, creía que lo tenía controlado hasta que al cuarto día me violaron en mi propia celda. No te conviene estar sola, hazme caso.

Otro beso y un poco de magreo en mi trasero hace que algunas de sus amigas aplaudan orgullosas y suelten algunas frases repugnantes. Yo sigo medio en shock, mirándola con cara de pasmada mientras valoro mentalmente mis opciones. La chica es guapa, no puedo negarlo, pero las mujeres no me gustan y por mucho que me convenga no sé si tendré estómago para liarme con ella.

—Aquí me llaman Flores, ya sabes dónde buscarme si cambias de opinión—me susurra de nuevo.

Tras eso, me da otro beso y una palmada en el trasero y se gira hacia sus amigas con los brazos en alto como si hubiese ganado una apuesta. Manuela me coge del brazo y tira de mí hasta el banco, donde sus amigas se están descojonando de la situación.

—Si Loya te rechaza, cosa que es muy probable, Flores no es una mala opción—dice una de ellas—se ha tirado a la mayoría de las novatas que entran y es un poco follonera, pero si le caes bien, estarás a salvo a su lado.

—¿Por qué es probable que Loya me rechace? —pregunto algo ofendida.

—Esa es diferente a las demás, niña—contesta Manuela—aquí todas lo pasamos mal al principio, pero nos vamos adaptando a

las circunstancias y tratamos de disfrutar de las pocas cosas buenas. Loya no lo ha hecho, creo que no he visto sonreír a esa chica más que en un par de ocasiones, si por ella fuese, creo que se pasaría las veinticuatro horas en el taller de jardinería.

—Pero es novia de Jordan—digo confusa.

—Loya creo que es la única que se ha acercado a Jordan por protección sin buscar nada más, en su caso parece un trámite, está con ella y a cambio no ha de preocuparse de que otras presas la acosen. Es lista, y ha hecho lo que tú debes hacer, cuanto menos te mezcles con el resto, mejor para ti, solo pueden causarte problemas, y entonces esa idea tuya de salir antes por buena conducta se irá a la mierda.

—¿Dónde está el jardín? Voy a verla.

—Pues tendrás que ir sola, niña, nosotras no vamos a movernos de aquí—dice Manuela antes de soltar un escupitajo en el suelo, justo al lado de mi pie.

—Cuento con ello—contesto echando tierra encima de sus babas con mi zapatilla.

—En la parte lateral—señala Aurora.

Genial, tengo que atravesar todo el patio.

—Gracias por la información.

—Ten cuidado, y recuerda, no mires a nadie a los ojos más de lo necesario, pensarán que te gustan y ya sabes…

—Vale—digo con los ojos en blanco.

Me pongo a hacer estiramientos en el banco como si me preparase para hacer deporte mientras mis veteranas compañeras me observan estupefactas. Una vez hechos unos pocos, me pongo a correr por el perímetro del patio, creo que es la mejor forma de atravesarlo y evitar que nadie se dirija a mí.

Llego al lateral que me han indicado y enseguida localizo el jardín. Ocupa una extensión de terreno bastante más grande de lo que me imaginaba, está vallado y lleno de flores de varios tipos en un lado, y una zona labrada y plantada de hortalizas en el otro.

Me detengo justo al lado y vuelvo a hacer estiramientos mientras observo. Hay seis presas trabajando en él y no tardo en localizar a Nerea Loya en la zona de las flores, agachada frente a unas que no logro reconocer mientras quita las malas hierbas que crecen alrededor.

De manera inesperada, levanta la vista y su mirada se encuentra con la mía haciendo que mi corazón lata con fuerza. Me parece que es la primera vez que nuestros ojos conectan y tengo que contener las ganas de pasar al otro lado, pisarle la cabeza con mis zapatillas sin cordones y gritarle que me diga el

nombre de la persona que la ayudó a matar a mi hermano.

De nuevo la ansiedad comienza a dominarme y dudo de ser capaz de cumplir con mi cometido, ¿cómo voy a dirigirme a ella y ganarme su confianza si apenas logro contener las ganas que siento de matarla con mis propias manos?

Se pone en pie y se quita los guantes mientras me observa con el ceño fruncido, supongo que a esto es a lo que se refiere Manuela cuando dice que no debo mirar a nadie más de lo debido. No sé si se siente retada o incómoda, pero no viene hacia mí ni tampoco me dice nada. Dejo de escuchar todo el ruido que hay a mi alrededor y solo oigo el tambor en el que se ha convertido mi corazón retumbando dentro de mí.

No puedo apartar los ojos de los de ella, sobre todo porque al observarlos por primera vez de una forma tan directa, no me parecen los ojos de una asesina, sino los de alguien que sufre mucho. ¿Y si realmente mi hermano la agredió? ¿Y si todo es verdad y está aquí por intentar defenderse?

Doy un paso atrás y me masajeo las sienes a la vez que aparto mi mirada de ella, ahora no puedo dudar, he llegado demasiado lejos como para ello y no voy a salir de aquí sin que ella me diga la verdad de lo que pasó aquella noche.

Alguien se pega a mi espalda sin que me lo espere y noto como algo afilado me presiona la garganta. ¿Es un cuchillo? De nuevo, me coge todo tan de sorpresa que ni siquiera soy capaz de abrir la boca para gritar.

—¿Qué coño miras, nueva? —me susurra la mujer que me amenaza con el objeto afilado—Loya es propiedad de Jordan, así que salvo que puedas pagar una cantidad razonable por ella, más vale que dejes de babear de forma tan descarada. Esta vez es un aviso, la próxima puede acabar con tu tentadora boca llena de sangre.

—Déjala, Laura—le pide Loya hablando por primera vez.

Mi atacante me suelta y yo me giro lentamente tratando de que las piernas me sostengan y no note el miedo que realmente tengo. La chica me mira y se ríe mientras guarda el arma en la goma de sus pantalones y se encoge de hombros como si lo que acaba de hacer fuese una puta travesura.

Miro a Loya tragando saliva, ¿debería darle las gracias por su intento de ayudarme? No puedo ni planteármelo porque ha sacado los guantes del bolsillo trasero de su pantalón, se los ha puesto y ha vuelto a sus labores ignorándome completamente.

Vuelvo a correr, pero esta vez lo hago durante varios minutos para tratar de liberar la tensión acumulada por la amenaza de la presa e intentar relajarme un poco. Doy al menos cuatro vueltas a

todo el perímetro del patio, pasando de nuevo por delante del jardín. Loya me mira de forma esporádica todas las veces.

—Para ya, niña, que te estás poniendo pálida—grita Manuela cuando estoy llegando a ellas.

Me detengo jadeando y apoyo las manos en las rodillas mientras trato de recuperar el aliento. El timbre que indica que el tiempo ha terminado suena justo en ese momento y volvemos al interior.

Después de asearme aprovechando que Manuela ha decidido volver a cagar, nos dirigimos al comedor para cenar.

—Bueno, cuéntanos—me pide Aurora con cara de chismosa—¿has visto a Loya?

—Sí.

—¿Y? ¿Habéis hablado? ¿O ya te la has follado? —se ríe Manuela.

—Otra presa me ha puesto un cuchillo en la garganta—digo sintiendo un escalofrío al recordarlo.

—¿Un cuchillo? —se carcajean todas—aquí lo dudo, sería algún trozo de plástico afilado.

—¿Eso debe hacerme sentir mejor? —pregunto molesta.

—Supongo que no—contesta mi compañera encogiéndose de hombros.

—Me ha dicho que dejase de mirar a Loya salvo que pudiese pagar por ella. ¿Está en venta? —pregunto tan perpleja como indignada—¿a eso se dedica Jordan? ¿A vender a sus putas?

—Habla más bajo, niña—me reprende Manuela—ya te he dicho que, si quieres tener a Loya, primero debe aprobarlo Jordan.

—Con dinero—resoplo—Dios, ¿cómo esperan que nadie que pase tiempo aquí dentro se reintegre después en la sociedad?

—¿Qué esperabas? —me pregunta iracunda—para los de fuera solo somos escoria, y así es como nos tratan. Puedes quejarte todo lo que quieras, pero nadie te hará caso salvo que te estés desangrando. Siento haberte estropeado tu cuento de hadas.

Manuela se calla de golpe porque en ese momento, Charo Cedillo se acerca a nuestra mesa y se planta delante de mí.

—No hay sitio en la cocina como habías pedido, así que a partir de mañana empiezas a trabajar en la lavandería—dice hablando en voz lo suficientemente alta como para que casi todo el comedor la escuche—y tampoco quedan plazas en el taller de carpintería, así que te hemos asignado al de jardinería. ¿Algún problema?

—Ninguno—respondo poniendo cara de fastidio para disimular.

Charo Cedillo se da la vuelta sin decir nada más y sale del comedor. Yo me muerdo los carrillos para tratar de contener la enorme sonrisa que me gustaría mostrar. Me ha metido en los dos sitios en los que trabaja Nerea Loya, creo que los golpes que me ha dado con la porra han valido la pena.

Capítulo 7, día 3

Lara Laboy (Carlota)
Pensaba que la mañana sería más fructífera en la lavandería, que podría acercarme a Loya e intentar entablar conversación sacando el tema de lo que sucedió por la tarde en el jardín o cualquier otra cosa que se me ocurriese. Pero casi no la he visto y, mucho menos he podido acercarme. Nerea Loya estaba doblando ropa, y a mí por ser la nueva me han tenido toda la maldita mañana planchando.

Por la tarde, cuando llega la hora del taller de jardinería, me digo a mí misma que pase lo que pase, debo conseguir hablar con ella y ganármela de algún modo. Este es mi tercer día aquí y si sigo perdiendo el tiempo no lograré mi objetivo.

Me he pasado el resto del día reflexionando y creo que mi opción más clara es pagarle a Jordan la cantidad que me pida por ella, pero antes debo saber de cuánto hablamos.

Aquí estoy de suerte, de las siete que somos, cuatro han ido al huerto y a mí me ha tocado con Loya y una de las gitanas en la parte de las flores. Una funcionaria nos ha dado instrucciones y tras eso se ha marchado para seguir haciendo la ronda.

Empiezo a quitar las malas hierbas y voy mirando de reojo a Loya, y cuanto más lo hago, menos culpable me parece y más mal me siento por dudar. Tengo la cabeza como un bombo, nada encaja, Nerea tiene un cuerpo similar al mío, y yo sé lo que es forcejear con mi hermano jugando. Me era imposible zafarme de su agarre, le bastaba aprisionarme con uno de sus enormes brazos para dejarme inmóvil y cabrearme hasta hacerme enrojecer. ¿Cómo pudo ella apuñalarlo hasta tres veces teniendo en cuenta sus lesiones? Y lo peor, ¿por qué ya no estoy loca de rabia ni me apetece matarla con mis propias manos?

—¿Estás en venta? —vocalizo sin pensar dirigiéndome a ella.

Joder, ¿así es cómo pretendo ganarme su confianza?

Nerea me mira unos segundos con el gesto petrificado y después vuelve a su tarea ignorándome como si fuese una estatua decorativa.

—Perdona, no quería ofenderte, es que ayer una de tu grupo

me amenazó y…

—Lo vi, estaba aquí, ¿recuerdas? —me corta dedicándome otra mirada.

—Sí, claro.

No me dice nada más y vuelve a su tarea. Está claro que me va a costar mucho más de lo que suponía ganarme su confianza, pero como no actúe rápido se me acabará el tiempo. Mientras trato de pensar en otra conversación con la que abordarla y lograr que no sea tan parca en palabras, termino de arrancar las hierbas donde estoy y me acerco a unos rosales para hacer lo mismo.

La chica gitana que hay con nosotras se levanta casi de un salto cuando me ve y viene hacia mí propinándome un empujón que me hace caer al suelo. Después me da una patada en el estómago que me deja sin respiración y se agacha para cogerme por el cuello de la camiseta.

—No vuelvas a acercarte a esas flores, ¿te queda claro, paya?

—Déjala, Lidia, la chica no es adivina—interviene Loya sorprendiéndome.

La tal Lidia chasquea la lengua y me dedica una mirada fulminante antes de incorporarse. Loya me tiende una mano para ayudarme a levantarme y la acepto aguantando la respiración para paliar un poco el dolor que me ha provocado esa cabrona con su patada.

—¿Estás bien? —pregunta Nerea muy cerca de mí.

—Sí—contesto con una mueca sin quitarme la mano del estómago.

—Mejor—me susurra—porque si quieres sobrevivir aquí dentro no puedes mostrarte débil—dice mirando a la gitana antes de soltar mi mano y retarme con la mirada.

Estoy algo aturdida, tanto por el golpe como por su cercanía, pero su última frase sigue rebotando en mi cerebro hasta que comprendo a qué se refiere. No puedo permitir ni que ella me defienda, ni que la otra zorra me pegue o me convertiré en el *sparring* del centro penitenciario.

Trago saliva y, armándome de valor, le doy un empujón a Nerea Loya con tanta fuerza, que la hago trastabillar y perder el equilibrio hasta el punto de casi caerse.

—¡No te he pedido ayuda, joder! —le grito viniéndome arriba.

Me quedo quieta mirándola unos segundos, debo reconocer que he disfrutado con lo que acabo de hacer y que me gustaría golpearla más veces por arrebatarme a mi hermano, pero ella no es mi objetivo ahora, así que me giro y, aprovechando que Lidia observa la escena sorprendida, me lanzo a por ella y le suelto un

puñetazo en toda la cara que me hace rabiar de dolor. Solo espero no haberme roto ningún hueso de la mano, porque acabo de darle otro que la ha hecho caer de rodillas medio atontada.

Considero que ya es suficiente y empiezo a sacudir mi mano bufando de dolor cuando me doy cuenta de que Jordan está de pie junto a la entrada del jardín, observando la escena con expresión divertida.

Yo respiro hondo y parpadeo varias veces tratando de contener las ganas de llorar que me producen los pinchazos de mi mano, jamás me había peleado con nadie y no tenía ni idea de cuánto puedo doler impactar tus huesos contra el pómulo de otra persona.

Jordan se acerca a Nerea y la besa en los labios provocándome una extraña sensación en el estómago que no tiene nada que ver con el dolor.

—¿Vas a permitir que te empujen? —le pregunta Jordan a Nerea con un tono algo chulesco.

Loya niega con la cabeza mientras esboza la media sonrisa más arrebatadora que he visto en mi vida y se dirige hacia mí. Estoy tan descolocada por toda la situación, que no logro esquivar el puñetazo que me suelta e impacta entre mi nariz y mi boca. Me tambaleo completamente desorientada y recibo un segundo impacto en el estómago que me hace doblarme y de nuevo quedarme casi sin aliento. Escucho el vitoreo y los ánimos de otras presas que lo están presenciando todo, parece que para ellas esto es más divertido que cualquier otra cosa y no quieren que se detenga.

Trato de no caerme al suelo ni de quejarme, debo mantener el tipo para que no se den cuenta de que estoy cagada de miedo y también de que, además, solo tengo ganas de llorar de lo mucho que me duelen los putos golpes.

Doy un paso hacia delante con la intención de devolverle el golpe a Loya, pero un líquido caliente y con gusto a hierro entra dentro de mi boca. Me llevo la mano a la cara y la noto resbaladiza, cuando miro, la tengo llena de sangre y eso me impresiona tanto que me mareo y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no caerme al suelo en redondo. Y entonces me arroyan de forma literal, algo me embiste por el lado izquierdo con tanta fuerza que siento como si un tren me hubiese llevado por delante.

—¡Te voy a matar, maldita zorra blancucha! —berrea Lidia encima de mí.

Me había olvidado completamente de ella, supongo que es lo que tiene meterse en una pelea con varias personas a la vez, o

estás atenta a todos los flancos, o acabas con una gitana rabiosa que quiere matarte encima de ti.

Se escucha un silbato justo en el momento en el que Lidia alza su puño para estamparlo en mi cara y se detiene. Lanzo un suspiro entrecortado de alivio, con lo que me duele la cara solo me falta otro puñetazo para ponerme a llorar como una cría. El corazón me bombea muy rápido y la tensión en mi cuerpo me tiene rígida como un palo.

—¡Apártate, Lidia! —le grita Charo Cedillo, que aparece como mi ángel salvador y me la quita de encima agarrándola por el cuerpo y levantándola en volandas.

Otra funcionaria aparece en ese momento y les grita a todas las presas que se dispersen si no quieren que se dé por terminado el recreo.

—Tú no, Loya, las tres vais a tener que explicar qué demonios ha pasado aquí.

Entre las dos funcionarias me ponen en pie y eso me marea de nuevo, y para cuando consigo enfocar bien, todas las presas, incluida Jordan, han desaparecido y únicamente quedamos Nerea, Lidia y yo con Charo Cedillo y la otra funcionaria.

—Estábamos entrenando y nos hemos venido arriba—dice Lidia dejándome estupefacta.

¿En serio van a dar por válida esa respuesta tan absurda? Las dos funcionarias se miran entre sí con incredulidad, pero ninguna dice nada.

—Es cierto—añade Loya mientras yo trato de taponarme la nariz con la camiseta para que deje de sangrar.

—¿Laboy? —me pregunta Cedillo mirándome fijamente.

Madre mía, es increíble que les vaya a bastar con esto, pero, por otro lado, no me conviene meterme en líos gordos, cuanto menos se sepa de mí, mejor para mis intereses.

—Todo bien, solo se nos ha ido un poco de las manos—aseguro con una voz de pito que hace sonreír a Loya de nuevo.

Qué gilipollas, ahora mismo le partiría la cara, es culpa suya que tenga la nariz taponada, pero, por otro lado, su sonrisa me está trastornando.

—Muy bien, es tarde y no tengo ganas de rellenar papeleo por vuestra culpa—dice la otra funcionaria—largo de aquí las tres antes de que me arrepienta.

Lidia sale corriendo como si le fuese la vida en ello y Loya comienza a caminar más tranquila hacia el interior.

—Tú tienes que ir a la enfermería a que te detengan esa hemorragia—dice Charo cogiéndome del brazo para acompañarme.

Capítulo 8, día 3

Lara Laboy (Carlota)

—Se supone que no has de meterte en líos, Catalina me aseguró que no me iba a enterar de tu paso por aquí, y no llevas ni una semana y ya me estás causando problemas—se queja Charo de camino a la enfermería.

—Créeme si te digo que soy la última que quiere meterse en líos, pero esa tal Lidia se me ha echado encima sin más y he tenido que defenderme.

—Nadie se mete con nadie sin ningún motivo, algo le habrás hecho.

—Y dale—resoplo con mi voz de pito—ya te he dicho que no lo sé, me atacó sin más.

—¿Y Loya? ¿También te atacó sin más?

—Loya me atacó porque yo la empujé después de que me ayudase a levantarme del suelo, no puedo permitirme mostrarme débil.

—Ya, ya me conozco esa cantinela. Vamos, es por aquí.

Atravesamos un pasillo y al llegar al fondo, Charo llama a la puerta antes de abrir.

—Te traigo un regalo, Silvia, ¿estás liada? —pregunta asomándose sin llegar a entrar.

—No, adelante, estaba aburrida—contesta la mujer desde dentro.

—Pasa—me ordena Charo—¿sabrás volver sola al comedor? Pronto será la hora de la cena.

—Sí, no te preocupes, gracias por acompañarme.

La funcionaria se aleja por el pasillo y yo entro a la enfermería, encontrándome a una mujer cercana a los cincuenta, que se levanta de su silla y me observa la cara haciendo una mueca.

—Eso tiene que doler, ¿cómo te llamas? —pregunta haciendo un gesto con la mano señalando la camilla.

—Car…—titubeo a punto de meter la pata—Lara, Lara Laboy.

—Bien, siéntate, Lara. Vamos a echarle un vistazo a esa cara.

Silvia coge varias gasas que impregna con lo que espero que nada más sea suero, y me va limpiando toda la sangre de la cara

después de haber metido un trozo de algodón en el agujero derecho de mi nariz para detener la hemorragia.

—Tienes una pequeña herida en el pómulo y otra en el labio, pero no te harán falta puntos—comenta mojando otra gasa con algo que sí que me escuece.

—¿Y mi nariz? ¿Está rota? —pregunto preocupada.

—No, solo es el golpe—contesta sonriente, entonces se fija en mi mano, que comienza a estar un poco inflamada.

Silvia se dirige a una pequeña nevera donde guarda varios medicamentos y saca de ella una bolsa de hielo.

—No está muy fría, pero te aliviará y evitará que te suba la inflamación. Déjame primero ver como mueves esos dedos.

Le muestro que no tengo dificultad para hacerlo y, tras un gesto de aprobación, aplasta la bolsa sobre mi mano. Madre mía, que alivio.

—Dime una cosa, ¿cuánto llevas aquí? Porque no te tengo fichada…

—Soy nueva, entré hace tres días.

—¡Vaya! —exclama alzando las cejas exageradamente—tres días y ya has acabado en la enfermería. ¿Intentas batir un récord?

—No, claro que no, yo no he hecho nada, me han atacado.

—Todas las que acabáis aquí decís lo mismo.

—Pero yo digo la verdad—protesto de mal humor.

—Y las demás también, Lara, aquí cada una cree firmemente en la versión de los hechos que más le conviene y, ¿quieres saber una cosa?

—¿Qué?

—Que da igual el motivo que te ha traído aquí, la cuestión es que te han partido la cara en tu tercer día. ¿Cuánto tiempo te ha caído?

—Dos años, pero podría salir antes por buena conducta—repito como si realmente esa fuese mi condena.

—¿Y esto te parece buena conducta? —pregunta sacando el algodón de mi nariz para poner otro limpio.

—No, supongo que no.

—Escucha, no sé lo que has hecho y no me importa, yo solo estoy aquí para tratar vuestros problemas de salud. ¿Sabes lo poco que me gusta cuando aparecéis por mi consulta con la cara como un mapa o apuñaladas? Nada, no me gusta nada—se responde ella sola—¿quieres un consejo?

—No lo sé—respondo algo desconcertada.

—Da igual, te lo daré de todos modos. Busca cosas en las que entretenerte, hay muchos talleres y también tienes la opción de estudiar. Llena tu tiempo con todo lo que puedas y aléjate de los

problemas, evitarás líos y el tiempo aquí se te hará más ameno.

—Lo intentaré—miento.

Me gustaría decirle a esta mujer, la única que he encontrado aquí dentro que realmente parece que se preocupa por nuestra seguridad, que dentro de una semana saldré de aquí y no volverá a verme. Pero eso podría resultar desastroso para mi cometido, así que le doy las gracias y abandono la enfermería para dirigirme al comedor con un trozo de algodón en la nariz y la camiseta manchada de sangre. Seguro que nadie me mira.

Me pongo erguida y saco pecho justo antes de entrar al comedor, sobre todo porque en una de las mesas cercanas a la entrada, es donde suelen ponerse las gitanas y no quiero mostrarme acobardada ante Lidia, la tal Lola o incluso Flores, la chica que me besó. Cuando paso por su lado todas me miran de arriba abajo, pero ninguna me dice nada o hacen comentarios entre ellas. Cojo una bandeja y mientras espero a que me sirvan la cena me giro de forma instintiva y dedico una mirada a la mesa de Jordan, donde mis ojos se encuentran con los de Loya observándome y me provocan una extraña sensación de calma. ¿Por qué coño me transmite eso la persona a la que más debería odiar en este mundo? Mató a mi hermano, o al menos eso dice ella, y antes me ha partido la cara. Por su culpa tendré la nariz dolorida unos días y, aun así, no le guardo ningún tipo de rencor. Eso me desconcierta y me cabrea del mismo modo.

—Vaya, así que es verdad—se ríe Manuela cuando llego a la mesa.

—¿Qué es verdad?

—Que Loya te ha dejado la cara como un mapa—contesta Aurora—creo que deberíamos darle unas clases a la chiquilla sobre cómo ligar, está claro que algo no ha hecho bien—dice dirigiéndose a todas provocando que estallen en carcajadas.

—Creo que puedo apañármelas yo sola, pero gracias por el ofrecimiento—bufo de mal humor.

No creo que un montón de viejas chochas tenga la capacidad de enseñarme a seducir a una mujer, estoy segura de que yo sola lo haría mucho mejor a pesar de no tener experiencia.

Capítulo 9, día 4

Lara Laboy (Carlota)

Después del desayuno, en lugar de irme al patio decido quedarme en mi celda con Manuela. Ella no va a salir, de nuevo sumida en sus cagaleras repentinas, y yo no quiero buscarme más problemas de la cuenta.

Cuando llega la hora de ir a la lavandería, tengo algo más de suerte que el día anterior. Esta vez me han puesto a doblar bragas, que no es que sea mucho mejor que planchar, pero Nerea Loya está justo detrás de mí doblando camisetas y eso me va a dar la oportunidad de intentar entablar algo de conversación con ella. Solo espero que vaya mejor que ayer y no acabemos a guantazos, he tenido que dormir bocarriba toda la noche porque de otra posición la cara me ardía.

—¿Cómo estás?

Me giro sorprendida hacia mi agresora, estaba pensando en qué decirle para intentar que me diga algo más de dos palabras seguidas y lo que menos esperaba es que fuese ella la primera en hablar.

—Me duele que te cagas—suelto en un arranque de sinceridad.

De nuevo me sonríe y esta vez es prácticamente todo mi cuerpo el que se revoluciona ante su gesto. Me entra hasta un escalofrío cuando mis ojos se encuentran con los suyos observándome con un brillo deslumbrante. Durante unos instantes me quedo paralizada tratando de buscar una explicación a las reacciones de mi cuerpo en las últimas horas, pero no la encuentro y tampoco quiero pensar mucho en ello.

—Lo siento, no quería hacerte daño, pero es una cuestión de supervivencia, ya sabes—se disculpa sin dejar de doblar camisetas con un dominio asombroso.

—Gracias por el consejo, si no me hubieses advertido creo que en lugar de atacarla me hubiese puesto a llorar del susto.

Quizá mostrarle esa debilidad no sea la mejor idea, pero es la primera vez que me presta atención y debo aprovecharla.

—Cuando yo entré aquí también estaba acojonada, trataba de disimularlo como podía, pero lo cierto es que me aguantaba las

ganas de mear hasta que no podía más porque me aterrorizaba entrar a los baños sola.

—Vaya, lo siento. ¿Cuánto llevas aquí?

—Un año—contesta sin añadir nada más.

—¿Puedo preguntar por qué estás aquí?

Mi corazón bombea a toda velocidad, acabo de entrar en el terreno que quiero y, aunque parece pensárselo, decide responderme y no guardar silencio como pensaba que iba a hacer.

—Por algo que no hice—afirma rotunda.

Me parece tan sincera que las bragas que tenía en la mano en ese momento se me caen al suelo.

—¡Ten cuidado, joder! —berrea una señora con el pelo corto que hay al final de la mesa—esas bragas podrían acabar en mi coño y como coja una infección me la vas a curar con la lengua.

Su ataque verbal me impacta tanto que al agacharme para cogerlas, le doy con el brazo a una parte del montón y lo arrastro conmigo al suelo.

—¡Joder! —vuelve a berrear colocándose las manos en la cintura—nos ha ido a tocar la zorra más torpe de todo el ala este.

Me apresuro para recogerlas y las voy tirando sobre la mesa mientras me muerdo la lengua para no decirle que ninguna de estas bragas le cabría en su enorme trasero.

—¡Date prisa, coño! —grita.

Me pongo en pie como un resorte dispuesta a contestarle, pero Nerea Loya se planta ante mí, me coloca las manos en los hombros y me fuerza a agacharme junto a ella.

—No entres en su juego, esa mujer es un puto incordio que siempre tiene ganas de guerra—dice a la vez que me ayuda a recoger las últimas prendas—si le sigues el rollo te convertirá en su diana y te hará la vida imposible, pasa de ella.

Tras recoger las dos últimas bragas del suelo, Nerea me las entrega y se pone en pie para seguir con lo suyo.

—Hay algo en lo que esa capulla tiene razón—dice de repente, me giro hacia ella y me mira de soslayo con otra de esas sonrisas que me desconciertan—eres torpe.

No me puedo creer que me esté riendo con ella y que encima eso me haga sentir bien, es la asesina de mi hermano, joder, si mis padres me viesen por un agujerito se arrancarían los ojos y me desheredarían.

—¿Por qué has dicho que estás aquí por algo que no hiciste? —insisto cuando parece que ya no soy el objetivo de las miradas de las demás.

—Porque es cierto, aunque aquí es una respuesta que escucharás muy a menudo. Todas suelen decir que no son

culpables.

—Yo sí que lo soy—suelto tras aclararme un poco la garganta.

Nerea deja de doblar ropa y me mira sorprendida por mi sinceridad.

—¿Qué hiciste?

—Apuñalé con un tenedor al tío que trató de violarme.

Mi respuesta hace que se le congele la expresión y le provoca un leve tic nervioso que le hace temblar un poco el labio inferior. Mis palabras la han revuelto por dentro justo como esperaba, tanto que parece que esté a punto de echarse a llorar en cualquier momento. De repente me siento mal y no sé por qué. No quiero que llore, o al menos no ser yo la causante de su dolor, pero tras coger aire un par de veces, parece que se recompone y vuelve a coger una camiseta y empieza a doblar prendas como un robot.

—¿Lo mataste? —pregunta sin mirarme.

—No, pero irá cojo el resto de su vida, al parecer le alcancé un nervio en la cadera. No sé, pero ojalá lo hubiese matado—respondo con rabia.

Mi actuación es magistral, no porque esté fingiendo ni mucho menos, es simplemente que me pongo en el papel de alguna de los miles de mujeres que son atacadas por tantos violadores hijos de puta y no me cuesta mucho sentir su impotencia.

—¿Y tú? ¿Qué es eso que no hiciste? —insisto.

—No me apetece hablar de ello ahora.

Su respuesta me frustra, pero decido no forzar por miedo a que se aleje, creo que he dado un gran paso hacia ella y poco a poco me estoy ganando su confianza, además, noto que le caigo bien.

—Tranquila, lo entiendo. ¿Puedo preguntarte otra cosa que no tiene nada que ver con lo que nos trajo aquí?

—Prueba—dice mirándome con curiosidad.

—Ayer en el jardín, ¿por qué se me echó Lidia encima? Creo que dijo algo sobre que aquello no se tocaba, pero yo solo estaba arrancando hierbas. ¿Hice algo mal?

Llevo pensando en ello desde ayer y no logro encontrar una explicación. Loya se rasca el pelo y mira hacia el techo un par de veces mientras decide si contestarme o no.

—Vamos, Loya, me lo debes por haberme golpeado—insisto haciéndome la víctima.

Nerea me clava esa mirada brillante y se acerca tanto a mi cuerpo que siento que el aire no pasa entre nosotras y el ambiente se vuelve denso.

—Yo no te debo nada, Laboy—susurra tras humedecerse los labios acelerándome el pulso—en todo caso me lo debes tú a mí,

ya te he salvado el culo dos veces. Si hay una tercera, puede que me lo cobre.

Tras eso da un paso atrás permitiendo que el aire vuelva a pasar entre nosotras, aun así, sigue estando muy cerca y mis ojos se clavan esta vez en sus labios entreabiertos y brillantes. Por primera vez en mi vida, tengo que reprimir las ganas de besar a una mujer, y no a una cualquiera, una que cumple condena por el asesinato de mi hermano. ¿Qué coño me pasa? ¿Es que me da morbo el peligro?

Nerea chasquea los dedos ante mí y me devuelve a la realidad.

—Los ojos los tengo un poco más arriba—comenta con media sonrisa de satisfacción.

—¿Qué? —contesto tragando saliva.

—Que me mires a los ojos, Laboy.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Es la segunda vez que me llama por mi apellido y yo no recuerdo habérselo dicho.

—Todas lo saben aquí, no llevas ni tres días y ya te has buscado líos con las gitanas.

—¿Las gitanas? —pregunto asustada.

—Si me entero de que le cuentas a alguien lo que te voy a decir, yo misma te entregaré a ellas. ¿Te queda claro?

—No diré nada, te lo juro—aseguro más asustada que antes.

—Lidia se echó encima de ti porque te acercaste a los rosales —susurra colocándose a mi lado mientras dobla otra camiseta— bajo ellos es uno de los lugares donde las gitanas esconden la droga, si vas a trabajar en el jardín tienes que saberlo, pero como lo comentes con alguien y la droga desaparezca, date por muerta. Has sido la última en llegar y todas las sospechas recaerán sobre ti.

Perfecto, parece que desde que estoy aquí soy como un imán para los problemas.

—Creo que prefería no saberlo—digo sinceramente.

—Ya, yo tampoco, pero acostúmbrate, aquí te enteras de muchas mierdas que te pondrán los pelos de punta.

En ese momento la puerta de la lavandería se abre y veo entrar a Jordan, que se dirige con paso decidido hacia donde estamos nosotras y una vez llega, agarra a Loya por el trasero, la pega a ella en un gesto de posesión absoluto y comienza a besarla con lengua justo delante de mí.

¿Es excitación esto que siento? Cuando Jordan rompe el beso, la saluda con un buenos días y una sonrisa, Nerea se la devuelve y tras cogerse de la mano e ignorarme por completo, caminan hasta

el fondo de la sala y se meten dentro del cuarto de la ropa limpia.

Yo me quedo petrificada en el sitio mientras proceso lo que acabo de ver, y al cabo de un par de minutos, empiezo a escuchar gemidos tanto de una como de la otra.

—Joder…—susurro tragando saliva.

—Mira la nueva, parece que nunca ha escuchado a nadie follar—se ríe la culona que me ha increpado antes—¿qué te pasa, tía? ¿Eres virgen?

Todas comienzan a reírse y me entran ganas de ir hacia ella, cogerla por la cola y estamparle la cara contra la pared. De hecho, hasta lo visualizo en mi mente y me parece tentador, pero los gemidos de Loya me tienen completamente trastornada y, además, me hacen recordar su consejo de no entrar en las provocaciones de esta zorra.

Me limito a seguir doblando bragas de forma robótica y al cabo de unos pocos minutos, Jordan y Nerea salen del cuarto entre besos y risas. Cuando llegan donde estoy, Jordan vuelve a besar a Nerea y le susurra al oído que ha estado muy bien. Después se marcha y Loya y yo ya no volvemos a hablar más, me siento incómoda y rabiosa, y no sé por qué.

Capítulo 10, día 4

Lara Laboy (Carlota)

A la hora de la comida y como ya es habitual, entro en el comedor con Manuela. Creo que de haber sido condenada de verdad y, a pesar de que ella se irá en un mes, me seguiría quedando en la mesa con las más mayores. Están todas un poco locas, pero me caen bien y, aunque haya sido por el propio interés de Manuela para que no le cause problemas, todas me han admitido como a una más.

Dejo mi bandeja en la mesa y me siento justo al lado de Manuela, como siempre. Destapo mi botella de agua y cuando estoy a punto de echarla en el vaso, Lidia pasa por mi lado y hace volar mi bandeja hasta que se estrella en el suelo de forma estrepitosa.

La miro con los ojos desorbitados mientras se aleja como si ella no hubiese sido y, cuando voy a levantarme para coger la bandeja y darle con ella en la cabeza, la mano de Manuela me detiene.

—Ni se te ocurra, niña, ¿quieres convertir esto en una batalla campal?

Miro hacia delante roja de rabia. Entre las decenas de ojos que me observan tras el escándalo, me encuentro con los de Loya, que con un sutil gesto de cabeza negando, me dice que no haga nada.

¿En serio? Esa zorra me ha tirado la comida, que deja bastante que desear y a mi compañera le suele provocar cagaleras, pero es lo único que puedo comerme hasta la hora de la cena.

—Toma, puedes comerte mi pan—dice Manuela dejándolo frente a mí.

Aurora me da una pieza de fruta y entre las otras se quitan un poco de su ensalada para ofrecerme un plato.

—Gracias—titubeo algo desconcertada.

—A todas nos ha pasado alguna vez—se limita a decir Aurora.

Finalmente, acabo por no echar de menos mi bandeja de comida, por algún motivo, no tengo mucho apetito y con lo que ellas me han dado he tenido más que suficiente.

Por la tarde llega de nuevo la hora de ir al taller de jardinería y me froto las sienes resoplando antes de salir de mi celda.

—Sigo diciendo que algo tuviste que hacerle a la gitana para que la tome contigo—insiste Manuela mirándome por encima de las páginas del libro que está leyendo.

Me gustaría decirle que lo que hice fue acercarme a su alijo sin saberlo, pero eso solo podría causarme más problemas, a mí y a ella, y no seré yo la que provoque que a Manuela le alarguen la condena.

—Quizá esté celosa de Loya, la mira mucho—miento encogiéndome de hombros.

—Pues si es eso elige a otra, no te conviene enfrentarte a las gitanas. Flores te tiró la caña y es una niña muy bonita, como tú. Pégate a ella y folla todo lo que puedas, desestresa mucho.

Joder, ¿en serio?

—Hasta luego, Manuela.

Llego al taller al mismo tiempo que Lidia, solo que ella llega desde un lado y yo del otro. Me clava una mirada fulminante y me cede el paso para que entre al jardín delante de ella.

—Soy gilipollas, Lidia, pero no tanto como para darte la espalda—suelto deteniéndome frente a ella.

Me devuelve una sonrisa chulesca y se cruza de brazos elevando una ceja. Entonces me doy cuenta de que Nerea ya está entre las flores y nos está observando.

—Mira, no sé qué problema tienes con ese rosal, pero por mí, es todo tuyo. Si no quieres que me acerque a él te juro que no lo haré, esas rosas son todas tuyas, pero no quiero más problemas.

—Te estaré vigilando, Laboy, pon un pie cerca de mis rosales y yo misma te enterraré debajo de ellos, ¿te queda claro?

—Clarísimo—contesto alzando las manos—¿estamos en paz?

—Por ahora, de ti depende que siga así.

Joder, que imbécil es. Si no fuese porque Nerea me ha explicado lo que esconden debajo las gitanas, pensaría que Lidia es una jodida chalada.

—¿Haciendo amigas? —me pregunta Loya a modo de saludo.

—Más bien evitando enemigas, dudo que pueda hacerme amiga nunca de una psicópata como Lidia—respondo en voz baja.

—¿Sabes? —pregunta con media sonrisa—creo que tienes una especie de don para meterte en líos, seguro que te expulsaron alguna vez del instituto.

Su teoría me arranca una sonrisa que ella se toma como un sí.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te sigue doliendo? —pregunta interesada.

¿Soy yo, o el interés entre nosotras es mutuo?

—No mucho, aunque si me pongo nerviosa el corazón me palpita en la nariz y es una putada.

La carcajada que suelta atraviesa mis oídos y se instala en mi pecho provocándome un hormigueo que me desconcierta demasiado. Cuánto más la observo menos asesina me parece. ¿O eso es lo que quiero pensar porque cada vez me cae mejor? Me siento cómoda con ella, eso debo reconocerlo, hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto al lado de nadie. Es como si hubiésemos conectado, y la idea de que ella sea la asesina confesa de mi hermano me atormenta haciéndome sentir una rabia hacia mí misma por la que me daría cabezazos contra la pared.

—¿Qué piensas? —pregunta poniéndose seria.

—¿Qué?

—A veces me miras y te quedas como ida, igual que ahora, y eso es un poco raro—confiesa mordiéndose el labio.

Dios mío, ¿de verdad me quedo así? No puedo permitir que note la confusión que me está creando, lo último que necesito ahora que empieza a abrirse conmigo es asustarla con mis remordimientos.

—Lo siento, es que cuando estoy contigo me olvido del lugar en el que nos encontramos, pero hay momentos que vuelvo a la realidad y me desconecto—miento como una bellaca.

Parece que mi respuesta le vale y que además le gusta, porque me sonríe y sigue cavando una línea paralela a las plantas para el riego automático que pretendemos poner. Yo voy detrás de ella colocando el tubo, obviamente, de la parte de los rosales, se encarga solo Lidia.

—¿Cómo fue? Tu agresión digo, si quieres hablar de ello, claro—pregunta mirándome fijamente.

Me pongo nerviosa, si decido no contestarle no tendré derecho a preguntarle por la suya, pero si respondo debo sonar convincente y, la verdad es que no me he preparado ninguna historia que incluya detalles y voy a tener que improvisar.

—Lo conocí por internet, en una de esas aplicaciones de citas. Hablamos durante días y después pasamos a las videollamadas. No parecía un mal tío ni tenía cara de loco, no sé—carraspeo agobiada mientras ella me escucha con atención—primero tuvimos una cita en una cafetería y la siguiente pensé que ya podíamos dar un paso más, lo invité a cenar a mi apartamento.

—Y allí te atacó—continúa ella.

—Sí, forcejeamos y no sé de qué modo logré acercarme a la mesa, cogí lo primero que encontré y se lo clavé con todas mis fuerzas hasta en tres ocasiones.

Me sorprendo de nuevo por lo poco que me cuesta imaginar la escena, me pongo en la situación y la rabia me consume. Creo que lo que le cuento no está muy lejos de la realidad, porque si me pasase algo así y tuviese ocasión de apuñalar a mi agresor, creo que lo haría sin dudarlo.

—¿Y tú? ¿Qué fue lo que no hiciste para acabar aquí?

Nerea me mira fijamente otra vez y mi corazón late desbocado, necesito que responda, que me dé pie a entablar esa conversación por la que me he colado en una cárcel llena de mujeres dispuestas a amargarme la existencia.

—Lo que hice no importa, la cuestión es que estoy aquí y tengo que cumplir mi condena. Aunque para mí no hay mayor condena en el mundo que la de estar separada de mi hijo.

Sus ojos brillan de impotencia y su labio inferior tiembla cuando termina su frase. Nerea baja la mirada y yo apenas puedo respirar de la frustración que tengo. La sensación de que hay algo que no salió a la luz sobre el asesinato de mi hermano es cada vez más grande, y la de que esta mujer a lo mejor no mintió, también. ¿Y si Catalina tenía razón cuando dijo que a veces no conocemos de verdad a las personas que más queremos? ¿Y si realmente mi hermano la agredió y ella está aquí porque trató de luchar por su vida? Pensarlo me provoca escalofríos, sería intolerable que la justicia separe a una madre de su hijo por algo así de injusto.

Me giro hacia el otro lado porque ahora mismo no soy capaz de mirarla, necesito centrarme o me volveré loca. No puedo dudar de mi hermano, me niego, él jamás le haría daño a una mosca y mucho menos trataría de ligar con una mujer, por muy guapa que pueda ser Nerea Loya. Algo sigue sin encajar.

—¿Qué coño miras, Laboy? —berrea Lidia.

Joder, qué incordio de mujer, quizá debería hablar con Flores para que me eche un cable con esta loca.

La ignoro y me giro de nuevo hacia Nerea, que sigue cavando cabizbaja con la mente en un sitio muy lejano a este, probablemente al lado de su pequeño.

—No sabía que tenías un hijo—miento colocándome a su lado.

—Se llama David—dice sonriendo con una tristeza que me hace sentir ganas de abrazarla—me dejan verlo una vez al mes durante una hora.

—Dios mío—susurro poniéndome en su lugar.

—Al menos han dejado que se quede con mi madre, me daba pánico que los servicios sociales decidiesen hacerse cargo de él.

—Lo siento mucho, Nerea.

—Yo también. Solo tenía cinco años cuando entré aquí, me

voy a perder toda su infancia, pero supongo que es lo que hay. Una madre está para eso, para proteger a su hijo por encima de todo.

—No te entiendo—digo confusa—¿de qué le proteges?

Nerea me mira y noto en su mirada que desea explotar y soltar lo que sea que lleva dentro, pero se contiene y eso me hace suspirar de indignación.

—Puedes confiar en mí, Nerea, yo te he contado mi situación y te prometo que no le hablaré de la tuya a nadie.

—Tal vez otro día, Laboy, si sigo hablando lloraré y no quiero hacerlo delante de estas cabronas—dice esbozando una débil sonrisa que me acelera el pulso de un modo incomprensible.

—Está bien, en otro momento. Háblame entonces de Jordan, ¿qué tienes exactamente con ella?

Mi pregunta parece pillarla con el pie cambiado y, aunque al principio me observa algo desconcertada, finalmente, sonríe otra vez y noto como el rubor se instala en mis mejillas de un modo sofocante.

—Jordan y yo follamos cuando a ella le apetece—suelta calmada poniendo mis mejillas al rojo vivo.

Recuerdo ese momento en la lavandería cuando se han encerrado en el cuarto y los gemidos de Loya vuelven a mi mente provocándome una extraña sensación de excitación.

—¿Y a ti no te importa? Quiero decir, por aquí comentan que sois…

—¿Sus putas? —responde con un gesto extraño que no sé descifrar.

—Sí, bueno, algo así—contesto nerviosa.

—Supongo que podría decirse que sí, pero es mejor ser la puta de una sola presa que serlo para todas. Aquí hay demasiadas mujeres con hambre de sexo, Laboy, y no todas se conforman masturbándose o esperando para tener un vis a vis.

—Tu compañera, la que me amenazó el otro día, dijo que no te mirara si no podía pagar lo que vales. ¿Estás en venta?

—Si estás al lado de Jordan y otras cuantas cabecillas que hay por aquí, eres intocable, pero eso tiene un precio. En mi caso ahora se salda con sexo con ella, pero si alguien le paga por mí lo que ella considere que valgo…

—Madre mía, Loya, ¿te das cuenta de la barbaridad que dices? —pregunto poniéndome en pie indignada.

Ella imita mi gesto y se planta delante de mí cogiéndome por los hombros.

—Escúchame bien, Lara. Tú también necesitas protección y la necesitas pronto. ¿Cuánto tiempo más crees que vas a librarte de

que empiecen a acosarte? Puede que Jordan y las demás que dirigen el cotarro ejerzan de proxenetas, pero Jordan tiene principios, no nos trata como objetos ni nos agrede. Ya ves que yo voy a lo mío la mayor parte del tiempo, no te tiene atada a su lado como algunas que parecen mascotas. Así que, si te has de acercar a alguien, acércate a ella.

—¿Y si me acerco a ti?

—¿Qué?

—Manuela me dijo que vosotras tenéis libertad para estar con otras siempre que Jordan lo apruebe y que cualquiera que esté a vuestro lado tiene inmunidad.

Nerea se rasca el pelo mientras sonríe y niega con la cabeza.

—Pagando, Laboy, si quieres acercarte a mí y beneficiarte de esa protección que te confiere estar al lado de una chica de Jordan, siempre será pagándole a ella, y te aseguro que no sería barato. Te conviene más convertirte en otra de sus putas, ya sé que no es lo ideal, pero es buena tía y joder, está buena y folla bien. Teniendo en cuenta las circunstancias; Jordan es un chollo.

Todo lo que me explica Loya me deja tan desconcertada que no sé ni qué contestarle. No me puedo creer que este tipo de cosas sigan pasando. Es deplorable que una reclusa tenga que venderse a otra a cambio de protección. Follar con una para no terminar siendo el juguete sexual de todas. Increíble.

—¡Laboy! —me grita una funcionaria—tu abogada está aquí, vamos.

—No la hagas esperar, Sabrina tiene muy mala hostia—me aconseja Loya guiñándome un ojo.

Madre mía, definitivamente creo que esta mujer conseguirá que me vuelva loca.

Capítulo 11, día 4

Carlota

Cuando entro en la sala donde debo reunirme con mi abogada, Catalina se pone en pie con cara de espanto y se echa las manos a la cabeza.

—Madre mía, Carlota, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—¿Esto? —pregunto divertida señalándome la cara.

La parte de abajo del ojo derecho se me ha puesto morada y tengo un aspecto bastante lamentable.

—No es nada, un pequeño contratiempo que ya está resuelto.

—¿Resuelto? Charo me dijo que te metiste en un lío con dos presas.

—¿Estás aquí porque Cedillo se ha chivado?

—Claro, Carlota, parte del trato es que me mantenga informada de todo lo que te sucede aquí y, si alguien te parte la cara creo que es un dato importante que debe contarme. Voy a gestionarlo todo y mañana mismo te saco de este sitio.

—¿Qué? —pregunto casi gritando—ni se te ocurra, Catalina. Esto fue un malentendido y te he dicho que ya está resuelto.

—Esto no fue lo que acordamos, por encima de todo debe prevalecer tu seguridad y, si en cuatro días que llevas aquí ya te has metido en líos con dos presas, no quiero ni imaginarme lo que puedes hacer en diez. Ni hablar, esta noche es la última que pasas aquí.

—No puedes hacerme eso, Catalina—le suplico cogiendo su mano por encima de la mesa en la que nos hemos sentado—me estoy acercando a Loya, he avanzado mucho y comienza a confiar en mí. Si me voy ahora, estos golpes no habrán servido de nada, joder.

—Madre mía, como se entere tu madre me arruinará la vida, Carlota.

—Pues no se lo digas.

—Dudo que ese moretón haya desaparecido por completo cuando salgas.

—No te preocupes por eso, yo hablaré con ella.

—¿Te ha visto algún médico? —pregunta sin dejar de mirar mi ojo morado.

—Claro, y estoy bien, te prometo que solo es el golpe.

—Está bien—concede por fin—pero solo por esta vez, Carlota, si vuelves a meterte en líos o te pasa algo, te sacaré de aquí de forma inmediata, ¿queda claro?

—Muy claro.

—Bien. Entonces, ¿dices que te has podido acercar a Loya?

—Sí, de hecho, hoy ha sido el día más fructífero, estaba con ella cuando me han hecho venir aquí.

—Vaya, lo siento—se disculpa sinceramente—¿te ha contado algo relevante?

—No, pero sí que me dijo que estaba aquí por algo que no había hecho.

—Eso lo suelen decir todas las personas que hay aquí dentro, Carlota—suspira Catalina.

—Ya lo sé, pero hay algo en ella, Catalina, algo que me hace dudar. Nerea Loya no parece una asesina, solo una mujer que sufre mucho.

—Como todas las que están encerradas. No conozco a nadie que sea feliz en una cárcel.

—Ya lo sé, pero tengo una intuición que no sé cómo explicar. Creo que sabemos mucho menos de lo que en realidad pasó aquella noche, Catalina.

—Es normal que dudes, esta gente es experta haciéndose la víctima. Son capaces de convencer a cualquiera.

—Tú no la conoces, no se comporta igual que el resto de las reclusas. Es más cerrada, se limita a hacer sus tareas y a pasar el tiempo aquí del modo más tranquilo posible.

—Eso no significa nada, Carlota.

—Me metí aquí dentro porque había cosas sobre la muerte de mi hermano que no cuadraban, apenas se investigó al respecto y todos los hechos que rodeaban el crimen porque mi padre quería zanjar el tema rápido. Cuanto más se investigase más posibilidades había de que saliese a la luz que Oli era gay. Mi madre y yo no debimos permitirle que lo hiciera.

—Estabais rotas, Carlota, y tu padre también por poco que le gustase la condición de tu hermano. Sufristeis mucho con su pérdida y en aquel momento las cosas se hicieron como se hicieron.

—Exacto, por eso estoy aquí, porque no superaré nunca lo de mi hermano si no sé la verdad, y de lo que estoy segura es de que, si realmente fue Loya, no pudo hacerlo sola, es imposible.

—Pues te quedan seis días para descubrirlo, y eso suponiendo que no te metas en más líos, porque si lo haces…

—Me sacarás de aquí, me ha quedado claro.

—Bien. Por lo demás, ¿estás bien? ¿Necesitas algo?

—¿Un chuletón con patatas? —bromeo haciéndola reír.

—Un asco de comida, ¿no?

—Peor que eso, mi compañera se pasa el día cagando. Suerte que yo tengo el estómago a prueba de bombas.

Catalina se ríe y la tensión que le ha generado ver mi aspecto se relaja.

—Necesitaré dinero, Catalina, no sé cuánto todavía, pero cuando te lo pida necesitaré que me lo hagas llegar de forma inmediata.

—Sin problema. ¿Para qué lo necesitas?

—Para comprar protección.

Decido omitirle que la alternativa es pagar con mi cuerpo.

—Joder, Carlota. ¿Protección? ¿Te han amenazado? ¿Es eso?

—No, no me han amenazado, pero aquí las novatas somos carne de cañón, un juguete sexual nuevo.

—Madre mía—dice alarmada—¿Te han…?

—No, tranquila. No me han hecho nada todavía.

—¿Estás segura de que no quieres que te saque de aquí? Si has entablado algo de amistad con Loya puedes venir a visitarla.

—¿Y qué le digo? ¿Qué han eliminado mi condena por arte de magia? No puedo hacerlo, estoy muy cerca de conseguir lo que queremos, lo presiento, solo necesito un poco más de tiempo.

—Está bien. Escucha, hoy mismo le entregaré mil euros a Charo Cedillo, los tendrás disponibles mañana en cuanto ella comience su turno. Si necesitas más, me llamas y me ocuparé de traerlo de forma inmediata, pero compra esa protección de una vez, haz el favor.

—Lo haré, no te preocupes.

Nos ponemos en pie y Catalina me da dos besos para despedirse.

—Catalina—le digo antes de que salga por la puerta.

—Dime.

—¿Tienes modo de hacerte con el informe policial del caso de mi hermano?

Se queda pensativa y yo esbozo una sonrisa, eso es que sí.

—Conozco a alguien que quizá pueda dejarme verlo. ¿Para qué lo quieres?

—Para leerlo, quiero saber exactamente lo que pone, leer la declaración de Loya y la de cualquier testigo. Hemos de descubrir hasta dónde llegó la policía antes de que mi padre lo paralizase todo. No me vale con que te dejen leerlo, necesito una copia.

—Eso que pides es imposible, hacerse con un informe policial sin permiso y además compartir la información con una civil es

un delito—responde tajante.

—Pero has dicho que alguien podría ayudarte. Aquí hay algo que huele mal, Catalina, tú lo sabes tan bien como yo. Puede que esa mujer que está ahí dentro desde hace un año no sea todo lo culpable que parece, creo que deberían reabrir el caso.

—Joder, no vas a parar, ¿verdad? Tu madre ya me advirtió que eras una cabezota obstinada y que si se te mete algo en la cabeza es imposible hacerte cambiar de opinión—dice agobiada.

—Exacto. Y necesito que me ayudes. Mi madre te contrató porque eres una abogada excelente y con muy buenos contactos. Demuéstralo, Catalina, ayúdame a conseguir ese informe.

—No te equivoques, Carlota, no soy una mujer que tenga contactos, soy una mujer a la que le deben muchos favores porque me he dejado la piel en cada uno de mis casos para conseguir lo mejor para mis clientes. Te voy a ayudar, pero no cometiendo un delito. Si queremos conseguir ese informe, necesitamos que alguien se implique, generarle las dudas suficientes como para que quiera echar un vistazo y si lo considera oportuno, tratar de reabrir el caso.

—Tengo entendido que reabrir un caso es muy complicado.

—Y lo es, pero si hay indicios suficientes deben hacerlo, y conozco a una abogada con mucho poder a la que le sería fácil hacerse con el informe del caso. Solo necesito despertar su curiosidad, y es una mujer muy curiosa, te lo aseguro.

Sonrío y ella me arrasa con la mirada.

—No sonrías así, yo haré mi parte, pero tú has de prometerme que te comportarás y no te meterás en más follones mientras estás aquí dentro.

—Prometido.

—No sé por qué me he dejado liar por vosotras—refunfuña en voz alta antes de salir por la puerta.

Capítulo 12, día 5

Lara Laboy (Carlota)

Es la primera noche que he dormido como un tronco a pesar de los ronquidos de búfalo de Manuela. Estaba exhausta, ayer me resultó un día muy agotador psicológicamente. No me quito a Nerea de la cabeza ni las dudas que comienzo a tener sobre todo lo relacionado con su implicación en la muerte de Oliver.

Cuando entré aquí tenía clarísimo que alguien la había ayudado y seguramente traicionado después, pero no dudaba de que tuviese algo que ver con lo que le sucedió a mi hermano. Ahora ya no lo tengo tan claro. Hay algo en ella y una intuición en mí que me dice que Nerea Loya parece más una víctima que una criminal. Y no dejo de preguntarme si ese algo tiene que ver con todas esas sensaciones que me despierta cuando me sonríe o lo bien que me siento cuando estoy en su compañía.

Quizá debería haberle hecho caso a Catalina y haber permitido que me sacase de aquí hoy mismo, si sigo dudando de todo, al final meteré la pata y acabaré en la enfermería cosida a puñaladas.

Manuela sigue resoplando plácidamente y yo me estoy meando, así que cojo mis artículos de aseo y aprovecho el viaje para darme también una ducha.

Cuando entro en los baños, hay un pequeño grupo de latinas que me devoran con la mirada haciéndome sentir bastante incómoda y también estúpida por haber venido sola. Tendría que haber esperado a Manuela o incluso haber ido a ver a Jordan para tratar de comprar protección pagando por Nerea. Únicamente espero que no se ofenda.

Después de hacer un pipi que me alivia soberanamente, me encierro en una ducha y trato de respirar hondo para calmarme mientras rezo para que cuando salga, las latinas se hayan marchado o Manuela o Nerea hayan llegado.

Cierro el grifo de la ducha y me envuelvo en la toalla, cuando abro la puerta, el silencio me parece abrumador y siento un escalofrío. Los baños están vacíos, solo estoy yo con cuatro latinas que me miran de arriba abajo.

—Siempre es mejor esperar a que estén limpitas—le dice una

a la otra mientras contengo la respiración—a saber cuántos coños se comió ayer.

—No lo sé—contesta la más joven acercándose a mí—pero ahora se va a comer cuatro, comenzando por el mío.

La cabrona suelta su toalla para dejar su cuerpo desnudo al descubierto y, cuando me quiero dar cuenta, se me echa encima y me agarra del pelo para intentar que me arrodille.

—¡Socorro! —grito todo lo fuerte que me permiten mis pulmones.

Me retuerzo entre sus brazos y logro empujarla hasta hacerla caer de culo, eso provoca que las otras tres vengan hacia mí a la vez y me caigan encima como tres pesos muertos. Mi toalla ha volado y caigo al suelo de lado, alguna de ellas me coge del pelo para sujetarme y otra me golpea con una toalla mojada.

—Vas a aprender a estarte quieta y obedecer, zorra de mierda —escupe una de ellas.

Hago justo todo lo contrario, me revuelvo como una culebra mientras grito pidiendo ayuda sin lograr nada. Ahora me sujetan entre dos y la toalla me impacta en los muslos haciéndome rabiar de dolor, aunque no es mucho más del que siento cuando otra me abofetea la cara hasta cuatro veces seguidas dejándomela ardiendo y con el oído pitando.

Es entonces cuando me quedo quieta debido al aturdimiento y una de ellas se pone en pie delante de mí. Coloca una mano en su sexo y después me muestra sus dedos.

—¿Ves cómo me tienes, puta? Ahora vas a lamerme hasta que me corra.

Comienzo a temblar y las lágrimas saltan de mis ojos como dos chorros, me voy a defender hasta el final, pero sé que tarde o temprano no podré hacer nada, ellas son cuatro y yo estoy sola. La puerta se abre y el aire vuelve a mis pulmones, pero se me escapa de golpe cuando veo que son las gitanas.

—Largo de aquí, la paya es nuestra—suelta la tal Lola, puedo reconocer tras ella a Lidia y a Flores, además de otras cuatro que la acompañan.

Las latinas me sueltan sin rechistar y desaparecen de los baños antes de que pueda darme cuenta.

—Me han dicho que andas husmeando entre mis cosas—dice Lola, a la que le botan sus enormes tetas cuando camina hacia mí.

—Yo no husmeo nada—lloriqueo mirando a Lidia.

—Levantadla—les ordena.

Son precisamente Lidia y Flores las que me cogen por las axilas y me ponen en pie sujetándome.

—No he hecho nada, te lo juro—le digo a Flores.

—Lo siento, blancucha, no es conmigo con quién debes de rendir cuentas. Nadie se mete en los asuntos de la Lola, eso deberías haberlo aprendido ya.

—Eres una maldita zorra—le digo a Lidia antes de escupirle babas mezcladas con sangre a los pies.

—Así aprenderás.

No me da tiempo a contestarle. La Lola hace un gesto con la cabeza y una de las gitanas que hay tras ella se planta delante de mí y me da un rodillazo en el estómago haciéndome perder la cuenta de las veces que me han golpeado ahí desde que estoy aquí. Mientras intento coger aire como si fuese un pez fuera del agua, Lidia me alza la cabeza cogiéndome del pelo y la chica me suelta un puñetazo en la cara y dos en las costillas hasta que escucho la puerta otra vez.

—¿Qué haces aquí? Lárgate que tengo un asunto pendiente con la paya—suelta Lola dirigiéndose a alguien.

Medio mareada, alzo la vista y distingo a Jordan. Lo primero que hago es preguntarme si a ella también le he hecho algo que me ponga en peligro, no sé si aguantaré otra paliza, pero entonces, detrás de ella, distingo a Loya con una cara de preocupación que me impacta en el alma.

—Sé cuáles son tus asuntos con Laboy, pero es de las mías, así que no has de preocuparte—suelta Jordan dejándome atónita.

¿Soy de las suyas? ¿Desde cuándo? ¿Me la voy a tener que follar como hace Nerea? Pensarlo me marea más todavía, pero se me pasa cuando los ojos de Nerea se vuelven a clavar en los míos y me hace un guiño de complicidad que pasa inadvertido a todas las demás.

—¿Desde cuándo es de las tuyas? —se queja la Lola—nadie me ha dicho nada.

—Lo lamento, te lo digo ahora. Suéltala, Lola, tienes mi palabra de que vuestro secreto seguirá a salvo.

—Como pase algo, Jordan—la amenaza señalándola con el dedo.

—Sin amenazar, Lola, que nos conocemos. Sabes que soy una mujer de palabra y que ninguna de mis chicas te causa problemas.

—Está bien—concede haciéndome suspirar de alivio—soltadla.

Lidia y Flores me sueltan de inmediato y caigo de rodillas haciendo que estas impacten contra el suelo de forma escandalosa, incapaz de sostenerme en pie. Las gitanas se marchan y Loya corre hacia mí.

Jordan la ayuda a levantarme y entre las dos me sientan en uno de los bancos.

—Gracias—titubeo sollozando, dirigiéndome a Jordan.

—No me las des, Laboy, nada es gratis en este lugar.

Asiento, ya cuento con ello.

—Ocúpate de ella, Loya, y cuando esté lista venís a verme.

Nerea asiente, Jordan sale de los baños y en cuestión de segundos las reclusas comienzan a entrar como si no pasase nada.

—Estás hecha un asco, Laboy—dice Nerea colocándome una toalla para cubrirme.

—Se me da bien meterme en líos, ya sabes—digo entre toses.

—Me alegra que te queden fuerzas para bromear. Ahora deja que me ocupe de ti.

—¿Qué coño ha pasado, niña? —oigo berrear a Manuela, que se planta ante nosotras con los brazos en la cintura—te dije que no te metieses en líos.

—Está bien, Manuela—contesta Nerea—yo me ocupo de ella, tú tranquila.

—¿Cómo coño voy a estar tranquila si no se aguanta de pie? Venga, a la ducha—ordena haciendo reír a Loya.

Durante los siguientes minutos me dejo llevar. Manuela y Nerea vuelven a ducharme para quitarme toda la sangre y la suciedad que se me ha pegado cuando estaba en el suelo. Tras eso, me han ayudado a vestirme y Loya me ha llevado a mi celda después de que yo insistiese en no ir a la enfermería, lo último que necesito es un sermón de la doctora.

Nerea ha cedido y después de dejarme tumbada con un mareo importante, se ha marchado para volver unos minutos después con una bolsa de hielo y un par de gasas para limpiar la sangre que me sale del labio.

—¿Te duele mucho? —pregunta sentándose en el borde de mi cama.

—Me duele todo—contesto con la barbilla temblando.

—No te aguantes las ganas de llorar, es mejor que lo hagas y saques toda la mierda, acabas de pasar por una situación jodida, Lara. Llora.

Y lo hago de forma tan escandalosa que hasta yo me sorprendo. Rompo a llorar entre tremendos hipidos mientras recreo con todo lujo de detalles lo que ha sucedido y me imagino lo que podría haber llegado a suceder.

Lloro sin consuelo durante varios minutos mientras Loya permanece a mi lado en silencio, alternando la bolsa de hielo entre algunos de mis golpes con el gesto endurecido, como si estuviese en otro sitio y su cuerpo actuase de forma mecánica. Para cuando logro calmarme, ya no sé si lloro por lo que ha sucedido hoy, por lo que le sucedió a mi hermano o por lo mucho

que me frustra lo que comienzo a sentir por ella. ¿Qué pasará si me enamoro de Nerea Loya y resulta que al final es la única culpable de la muerte de Oli? No creo que esté preparada para soportar nada como eso.

—¿Mejor? —pregunta risueña cuando ve que me sueno la nariz por fases para no hacerme mucho daño.

—Sí, perdona por el número.

—Si piensas que eres la única que llora aquí te equivocas mucho—contesta mordiéndose ambos labios.

Madre mía, la besaría ahora mismo.

—Tú te las aguantas—suelto de sopetón.

—¿Lo dices por lo de ayer?

Asiento y ella sonríe, después me recoloca un poco el bajo de la camiseta porque al parecer se me veía la barriga y entonces recuerdo que antes me ha visto completamente desnuda. En ese momento me ha dado igual, pero ahora recordarlo hace que me ruborice.

—Creo que no me quedan lágrimas, Laboy, he agotado existencias aquí dentro.

—Lo siento—digo cogiendo su mano en un acto instintivo—no sé qué es lo que has llegado a aguantar aquí dentro, pero lo siento.

Nerea asiente de nuevo haciendo una mueca de agradecimiento con los labios y durante unos segundos permanecemos en un silencio que en absoluto resulta incómodo. Hasta que al acariciar su mano, mis dedos se rozan con algo en su muñeca y se la giro de golpe.

Loya aparta su mano de forma muy rápida y brusca, pero me ha dado tiempo a ver la cicatriz y tengo el corazón a punto de saltarme del pecho.

—Nerea…—susurro aguantando las ganas de llorar otra vez.

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada? ¿Intentaste suicidarte? —pregunto sin lograr que se me escapen las lágrimas esta vez.

—No quiero hablar de ello, Laboy—dice tragando saliva.

—Nunca quieres hablar de nada, joder—protesto enfadada.

Nerea apoya los codos en sus rodillas y agacha la cabeza provocando que toda su melena caiga en cascada por su lado izquierdo, dejando al descubierto su cuello por el lado de derecho, lo que me permite ver una cicatriz en la parte trasera de su oreja. Eso lo recuerdo, el día del juicio todavía arrastraba lesiones de la brutal paliza que había recibido y tenía una gasa con esparadrapo colocada justo ahí. Ahora tiene una cicatriz de unos seis centímetros que me provoca escalofríos.

Haciendo un esfuerzo enorme y aguantando el dolor que ahora mismo me supone incorporarme, lo hago y me siento a su lado adoptando la misma posición que ella. Nerea me mira un segundo y veo que su rostro está empapado en lágrimas.

—Parece que todavía te quedan algunas—sonrío pasando un brazo sobre sus hombros para atraerla hacia mí.

Esta vez es ella la que se rompe y llora de forma silenciosa y contenida entre mis brazos. Ahora mismo me siento como una puta mierda tanto por fuera como por dentro, porque debería repudiar a esta mujer hasta saber la verdad sobre lo que sucedió, y me siento incapaz de hacerlo. Siento su dolor como si fuese el mío propio y acabo llorando con ella otra vez mientras sujeto su mano y acaricio la cicatriz de su muñeca con mi dedo pulgar.

—Fue al principio de entrar aquí—comienza a explicar entre sollozos—no aguanté la presión, no conseguía asimilar toda la mierda que me había caído encima sin comerlo ni beberlo y que encima me hubiesen separado de mi hijo. Tuve un bajón muy fuerte y quise acabar con todo en un momento de debilidad.

—Lo siento mucho, Nerea—digo sin comprender nada todavía.

Está claro que ella cree que está aquí de forma injusta, pero si no me lo cuenta no puedo ayudarla.

—Jordan me encontró en los baños cuando todavía no había perdido el conocimiento. Me lio una toalla en la mano y me arrastró hasta la enfermería, donde la doctora me dio una charla y me obligó a hablar con ella durante varias semanas.

—¿También es psicóloga? —pregunto confusa.

—No, creo que no. Pero yo me negué a hablar con uno, así que el trato fue que hablase con ella. Teniendo en cuenta todo lo que hay aquí, la doctora es buena tía. Me aplicaron el protocolo anti-suicidio durante varias semanas en las que tuve a una presa llamada Aitana pegada a mí hasta cuando entraba en el baño.

—Vaya marrón—digo con los ojos muy abiertos haciendo que nos riamos las dos.

—¿Aitana es una de las chicas de Jordan?

—No, Aitana salió en libertad hace cuatro meses. En casos como el mío te ponen a una presa de confianza para que te vigile, y Jordan no lo es en ese aspecto—sonríe.

—¿Sigues pensando en…? —pregunto señalando su mano.

—No, te juro que no. Doy gracias cada día porque Jordan me encontrase. En aquel momento me vi sobrepasada por todo, pero la doctora me ayudó mucho, y yo quiero a mi hijo, Laboy. Me voy a perder su infancia, pero no tengo intención de perderme el resto de su vida.

Manuela entra justo en ese momento y nos mira con los ojos abiertos como dos platos, no sé el aspecto que tenemos, pero debe ser bastante lamentable.

—Deberíais ir a desayunar algo, quedan solo quince minutos antes de que cierren el comedor.

Capítulo 13, día 5

Nerea Loya

—Me debes una explicación, Nerea. Tienes que contarme de una vez por qué estás aquí—me exige Lara de camino al comedor.

—Lo haré, te lo prometo, pero antes tenemos que hablar de lo que le dirás a Jordan. Después de trabajar en la lavandería tenemos que ir a verla.

—Cierto. Había olvidado esa parte por completo y, la verdad es que también tengo un montón de preguntas sobre eso—dice mientras trata de disimular que cojea.

—¿Hay algo que no he visto? —pregunto deteniéndola en mitad del pasillo.

—¿Qué?

—Tu pierna, ¿qué es lo que te duele?

—El muslo, las latinas me han golpeado con una toalla mojada y ahora me arde la pierna—explica haciendo una mueca.

—¿Las latinas? Te han atacado las gitanas, Laboy, quizá debería llevarte a la enfermería para que te revisen esa cabeza.

—Las gitanas solo me han librado de tener que comerle el coño a cuatro latinas—dice angustiada dejándome estupefacta.

—Joder, de verdad que lo tuyo es un don, no sé si me conviene estar cerca de ti—bromeo tratando de quitarle hierro al asunto.

—Tal vez sea lo más conveniente, creo que bastante has pasado ya como para acarrear con el saco de *sparring* contigo.

—No digas tonterías, ahora eres una de las chicas de Jordan, eso te convierte en intocable.

Dejamos de hablar cuando entramos en el comedor, que está prácticamente vacío.

—Espero que traguéis rápido, Loya, no pienso quedarme más rato por vuestra culpa—se queja la cocinera.

—Tranquila, Ana, seremos rápidas, lo prometo.

—¿Cómo sabíais que las gitanas me estaban atacando? —pregunta Lara en cuánto nos sentamos—¿o ha sido casualidad?

—Un poco de las dos cosas. Cuando hay cola en la puerta de los baños solo significa que han acorralado a alguien, y cuando lo he visto, algo me ha dicho que ese alguien eras tú. Ha sido una

intuición, supongo.

Lara me sonríe agradecida y yo me embobo observando cada facción de su cara, hasta teniéndola hecha un mapa me parece atractiva, y también desconcertante. Lara Laboy es la mujer más inquietante que he conocido nunca, y para postre me gusta.

—¿Cómo has convencido a Jordan para que me ayudase?

—Bueno, eso quizá no te guste tanto—digo tras aclararme un poco la garganta.

—¿Por qué? —pregunta alzando una ceja.

—He tenido que improvisar un poco, Laboy, cada segundo que pasabas allí dentro era un golpe nuevo que te podías llevar.

—Me estás poniendo nerviosa, Loya—dice impacientándose.

—Le he dicho a Jordan que ibas a pagarle por mí, por mi protección, que me lo habías dicho ayer en el jardín—le digo azorada—y en realidad es medio cierto, lo insinuaste.

Lara me observa pensativa durante varios segundos que se me hacen largos hasta la extenuación, hasta que abre la boca lentamente mientras sigue hurgando en su mente. Después se humedece los labios con la lengua en un gesto casual que me hace triplicar el deseo que siento hacia ella desde que cruzamos las primeras miradas.

—Tampoco he mentido, Lara—digo nerviosa al ver que no acaba de decir lo que piensa—ayer me lo diste a entender. Solo espero que tengas dinero, si no las dos vamos a tener un problema con Jordan.

—Me has salvado la vida, Loya—dice por fin—y tienes razón, lo insinué porque es cierto, pretendía hablar con ella para pedirle protección.

—No te he salvado la vida, las gitanas son un poco intensas, pero no unas asesinas, ellas solo protegen lo que es suyo. Te hubiesen mandado un par de semanas a la enfermería, eso sí, pero nada de matarte.

—Vaya, no sabes lo tranquila que me dejas—ironiza.

—¡Tres minutos, chicas! —berrea la cocinera.

—¡Casi estamos! —le grito—escucha, Lara, ahora vas a tener que decirle a Jordan que pagas por mí, porque eso es lo que le he dicho y no me puedes dejar por mentirosa. Paga un par de semanas y después si quieres elige a otra, al fin y al cabo, solo es protección, nada más.

—Tranquila, pensaba pedirte a ti.

—Bien, ahora vámonos antes de que Ana nos eche a patadas.

En cuanto salimos del comedor, una de las funcionarias se acerca a nosotras y Lara se tensa.

—¿Sabrá lo que ha pasado y me voy a meter en líos?

—No te vas a meter en nada, salvo que tú lo denuncies, ellas no van a decir nada porque no les conviene.

—Loya, tienes visita—me dice con voz queda.

La que se tensa ahora soy yo, seguro que es mi madre.

—¿No vienes a la lavandería? —pregunta Lara asustada.

—No puedo, pero no tengas miedo, si Jordan ha dicho que eres una de sus chicas nadie se atreverá a tocarte, te lo prometo.

—Me quedo más tranquila si te tengo cerca—titubea nerviosa.

Me entran ganas de darle un abrazo y susurrarle que todo saldrá bien, entiendo su miedo después de lo que ha pasado, además, no se encuentra bien y eso con un poco de apoyo se lleva mejor, pero no puedo hacer nada.

—Estarás bien, en la lavandería hay una chica que se llama Sara, está en la zona de las lavadoras y también es novia de Jordan. Nadie se va a meter contigo estando ella.

—De acuerdo.

—No has de mostrarte débil, Laboy, recuérdalo. Es solo un rato, después hablaremos con Jordan y me tendrás a tu lado todo el día, te acabarás cansando de mí.

—Eso lo dudo.

Le guiño un ojo y yo me marcho en una dirección y ella en otra. Cuando me he alejado unos pasos me doy media vuelta y la observo alejarse cojeando. No me alegro de que Lara también haya terminado aquí dentro, pero sí de que haya aparecido en mi vida, por fin tengo algo de luz después de tanta oscuridad.

Cuando entro en la sala de visitas y la veo sentada, me entra esa sensación de impotencia que siento siempre que veo el modo en el que me mira mi madre desde que vino la primera vez. Un nudo angustioso me oprime la garganta y sé que ya no me voy a deshacer de él hasta que ella se marche.

—Hola, mamá—saludo sentándome frente a ella.

Mi madre me observa como siempre y se frota las manos mientras analiza cada detalle de mi anatomía. Sé que, aunque no me hable, viene para asegurarse de que no adelgazo más, de que no me han pegado una paliza y, sobre todo, de que sigo respirando.

Durante varios minutos aguanto estoicamente como hago siempre. Envuelta en un silencio incómodo que nunca me atrevo a romper, pero que, por algún motivo, y no sé si la aparición de Lara en mi vida tiene algo que ver. Hoy he decidido que ya no aguanto más y voy a perturbar los oídos de mi madre con mi voz.

—¿Sabes, mamá? Ya estoy harta de esto—digo molesta captando su total atención—si no vas a hablarme, ¿para qué vienes? Pierdes tu tiempo y me haces perder el mío, que no es

que aquí tenga muchas cosas interesantes que hacer, pero podría estar tumbada en mi cama sin tener a nadie delante que me mira como si no me conociese.

—¿Y te conozco?

La verdad es que su pregunta me coge completamente desprevenida, lleva sin hablarme un año, solo lo justo para decirme cómo está mi hijo o preguntarme si necesito algo, el resto del tiempo lo pasamos sentada la una frente a la otra sin decirnos nada, y viene cada semana.

—Yo pensaba que sí, pero parece que no mucho—contesto reprimiendo las ganas de llorar.

Me clava la mirada, creo que es la primera vez que me mira directamente a los ojos desde hace meses.

—Mataste a una persona, Nerea, después me dices que no me crea nada de lo que cuentan sobre ti, y yo lo hice a pesar de que confesaste el crimen, porque estaba segura de que era imposible que tú hubieses hecho algo como eso, y si lo habías hecho me parecía bien porque fue en defensa propia. Pero entonces vengo aquí por primera vez esperando que me cuentes la verdad, que me des detalles de todo lo que sucedió aquel maldito día y tú me dices que no me puedes contar nada. Claro que te conozco, hija, te conozco tanto que sé cuándo me mientes y me ocultas algo, y me duele en el alma que no confíes en mí.

Me sorbo los mocos y me paso los dedos por los ojos continuamente para recoger mis lágrimas mientras trago tratando de deshacer el nudo que tengo en la garganta. Ojalá pudiese contarle la verdad.

—¿No vas a decir nada?

—No puedo, mamá—sollozo temblando—puede que algún día, pero por ahora no puedo, es lo mejor para ti, para mí, y sobre todo para David.

Ella baja la mirada y afirma con la cabeza en un gesto que me indica que de nuevo va a volver el silencio, y ya no puedo más. Así que me pongo en pie y me acerco a ella.

—Creo que es mejor que no vengas más, mamá, no aguanto esta tensión, no la soporto—confieso llorando—para contarme como está David podemos hablar por teléfono. Ven solo cuando tengas que traerlo a él.

Tras eso, le doy un sonoro beso en la cabeza y abandono la sala sin que ella me detenga.

Capítulo 14, día 5

Lara Laboy (Carlota)

El tiempo en la lavandería se me pasa tremendamente lento, entre que me duele todo y que de repente siento que no quiero pasar ni un segundo separada de Nerea, los minutos se han convertido en horas hasta que ha llegado el momento de salir.

Tal y como me ha prometido Nerea, no he tenido ningún problema, y eso que entre las chicas que trabajan en la lavandería he reconocido a una de las latinas que pretendía que me la follase a la fuerza. Al pasar por su lado he sentido que mi pulso se aceleraba y todo mi cuerpo se ha puesto en alerta, pero ni siquiera me ha mirado.

Cuando salgo no sé muy bien hacia dónde dirigirme, Loya ya habrá terminado con su visita, pero no tengo ni idea de cuál es su celda, así que vuelvo a la mía y le pregunto a Manuela.

—En la setenta y tres, la comparte con Flores.

—¿Con Flores? —pregunto perpleja.

Pensar en ir allí y encontrármela sola después de lo que ha pasado no creo que sea buena idea. A ella en concreto creo que le tengo un odio especial, trató de seducirme y después no fue capaz de defenderme, me siento traicionada y como la vea le estamparé la cara contra la pared.

—A Loya no creo que la encuentres allí—me sorprende Manuela, que me habla otra vez sin levantar la vista de su libro.

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

—Siempre que recibe la visita de su madre se queda muy tocada, suele irse al jardín, aunque no haya taller.

—¿Cómo sabes que su madre ha venido? —pregunto cada vez más intrigada.

—Porque yo me entero de todo, niña—contesta de mal humor —tantos años aquí sirven para tener contactos, y nunca sabes cuándo te puede ir bien la información que consigues.

Joder, está claro que aquí cada una se busca la vida como puede.

—Deberías descansar, no tienes muy buen aspecto—dice mirándome de soslayo.

Quizá tenga razón, pero ya me tumbaré un poco después de

comer. Ahora me ha dejado preocupada por Nerea y, además, tengo una conversación pendiente con Jordan.

—Hasta luego, Manuela.

Mi compañera no se inmuta y yo salgo de la celda directa hacia el jardín mirando el reloj que hay colgado en una parte inaccesible de la pared del pasillo, pronto sonará la alarma para ir a comer y me gustaría encontrar a Nerea antes.

Voy todo lo rápido que puedo teniendo en cuenta que sigo algo coja por culpa de esas zorras. Al salir al exterior, veo a la Lola sentada en su banco de siempre rodeada de su séquito, entre ellas Flores y Lidia, a esta última le tengo más odio que a la anterior, que ya es decir.

Manuela tiene razón, Loya está en el jardín, sentada frente a unas amapolas mientras, absorta en sus pensamientos, traza dibujos en el suelo con un palo.

Estoy a un par de metros de ella y está tan ensimismada que no se ha percatado de mi presencia. Sin hacerlo a propósito, me quedo embobada observándola, puede que mi parálisis se deba a que mi corazón late muy deprisa desde que la he visto, o quizá a que siento un mariposeo en el estómago que no logro controlar ni comprender, o a ambas cosas.

De nuevo esa sensación de traición hacia mí misma y mi familia se instala en mi mente. Y en esta ocasión viene acompañada de una agobiante sensación de impotencia, porque es la asesina confesa de mi hermano y yo me estoy enamorando de ella, y lo peor de todo es que ya no me quedan fuerzas para contenerme.

Carraspeo para llamar su atención y dejar de pensar en todo lo malo que puede salir de todo esto. Quiero centrarme en ella y disfrutar de lo bien que me siento, pero Nerea no me escucha y solo logro atragantarme con mi propia saliva y comenzar a toser como una desesperada. Al menos eso sí que llama su atención.

—¿Estás bien? —pregunta a punto de levantarse.

Le hago un gesto con la mano para que se quede dónde está y toso un poco más hasta que por fin se me aclara la garganta.

—Hola—saludo sofocada como si hubiese llegado corriendo.

Loya me dedica una sonrisa, es de esas que, aunque estés triste, fuerzas para no preocupar a las personas que te importan, y sentir que le importo me hace suspirar a la vez que aumenta esa sensación de repulsión hacia mí misma.

—¿Te puedo hacer compañía un rato? —le pregunto señalando un sitio a su lado.

—Me encantaría—dice poniéndose en pie—pero Jordan está esperando, cuanto antes zanjemos esto mejor, Laboy—dice

sacudiéndose las manos.

—Vale, pero después tenemos que hablar tú y yo—afirmo rotunda cortándole el paso.

No he querido pegarme tanto a ella, pero lo he hecho y ahora sus ojos están fijos en mis labios.

—Te besaría ahora mismo, Laboy—suelta provocando que mi corazón se sacuda enfurecido y sienta un pinchazo de excitación que me deja completamente trastornada.

Trago saliva y no me muevo ni un centímetro, tampoco hablo porque no sé qué decir. Yo también me muero de ganas, pero a la vez tengo esa batalla interna conmigo misma que acabará por volverme loca del todo.

Nerea pone una mano en mi abdomen, pega su frente a la mía haciéndome cerrar los ojos suspirando y después retuerce mi camiseta con rabia entre sus dedos.

En un acto instintivo que no controlo, cojo con mis manos la suya para que no me suelte y hago fuerza contra su frente mientras cojo aire.

—Yo también te besaría—confieso con un susurro ahogado sin mirarla.

Ella sonríe y la calidez de su aliento barre mis labios provocándome un hormigueo que me hace resoplar.

Sé lo que me frena a mí, pero no sé qué es lo que la frena a ella. El caso es que ninguna da el paso y, finalmente, Nerea me da un intenso beso en la frente que resuena y me encanta, y después se separa y mira al cielo cogiendo aire lentamente.

—Vamos, no hagamos esperar más a Jordan.

Loya comienza a caminar y yo la sigo arrepintiéndome a cada paso de no haberla besado.

Capítulo 15, día 5

Nerea Loya

Camino delante de Lara con las pulsaciones disparadas y el cuerpo temblando de un modo tan exagerado que, no me explico como logro mantenerme en pie. No quiero girarme ni mirarla hasta estar más calmada, no sé qué me ha pasado ni el porqué de mi arrebato. Pero he sido sincera y no me arrepiento, le he dicho lo que pensaba y ahora al menos ya no siento ese peso que me devora cada vez que la tengo delante. Ahora lo sabe, sabe que me gusta y que me muero de ganas de besarla, pero no daré ni un paso más. Laboy va con el freno de mano echado por algún motivo y, hasta que no me lo explique o sea ella la que se lance, tengo intención de mantenerme a la espera. No quiero dar un paso en falso y hacer que se aleje, creo que no podría soportarlo.

—No corras tanto—la escucho decir a mis espaldas.

Me giro y la veo alejada de mí casi diez metros. He caminado rápido sin darme cuenta y sin recordar que ella todavía va cojeando.

—Perdona—me disculpo deteniéndome para esperarla—¿cómo te encuentras?

—Como si me hubiesen dado una paliza—jadea haciendo una mueca divertida.

Sonrío y la miro de arriba abajo negando con la cabeza, la pobre está hecha polvo y, a pesar de ello es la única que consigue arrancarme sonrisas cuando solo siento ganas de llorar.

—¿Cuál es el plan? —pregunta un poco azorada por el casi beso.

—Comeremos con Jordan, a solas, y ahí tendrás que llegar a un acuerdo con ella.

—Vale.

—Oye, Lara, ¿has pensado en cómo lo harás para pagar? —pregunto intranquila.

—Salvo que me pida un ojo de la cara, creo que tengo mis recursos, al menos para unos días, después ya veré lo que hago—explica muy segura.

—¿Unos días? Creo que no sabes el problema que tienes, Lara. Te la tienen jurada las gitanas y las latinas, tú no necesitas

protección unos días, la necesitas de forma permanente—le aclaro irritada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que lo que te conviene es pegarte a Jordan, ser una de sus chicas como yo.

—¿Cómo tú? ¿Quieres que me la folle? —pregunta con los ojos a punto de saltarle de las cuencas.

—Sinceramente, me parece mejor opción esa que la de que se te rifen en el patio o en los baños. A Jordan le gustas, he visto cómo te mira, y si lo único que quieres es pagar por poder ir al lado de una de sus chicas, te pedirá una cantidad que a la larga no podrás asumir, es imposible.

—Ese es mi problema, no pienso follar con nadie por obligación ni por protección, tengo mi dignidad.

No necesita que le diga nada para arrepentirse en el acto de lo que ha dicho. Supongo que mi expresión ha reflejado lo mal que me ha sentado su comentario.

—Perdona, Nerea—se disculpa poniéndose las dos manos en la nuca y juntando los codos debajo de su cara.

—¿Crees que no tengo dignidad porque prefiero follarme a una tía antes que pasarme todo el día en tensión pensando en cuándo alguna de estas depravadas intentará violarme? —pregunto rabiosa—jódete, Laboy, tú no tienes ni puta idea de lo que es estar aquí.

Me doy la vuelta sin esperar su respuesta mientras trato de que se deshaga el nudo que tengo en la garganta, y entonces Lara vuelve a cortarme el paso justo cuando estamos a punto de entrar al comedor.

—Nerea, de verdad que lo siento, no he querido decir eso. Ya sé que no es excusa, pero estoy muy cansada y dolorida, solo tengo ganas de acabar con esto para poder tumbarme un rato en la cama y cerrar los ojos para desconectarme. No me hagas caso, por favor—insiste avergonzada.

—Pasa—digo algo molesta cediéndole el paso hacia el interior.

Ella me dedica una mirada suplicante antes de entrar y le devuelvo una mueca que ni siquiera yo sé lo que significa. Entiendo que todo esto le cueste y la perdono, pero no pienso permitir que me cuestione alguien que no lleva aquí ni una semana. A veces creo que no es consciente del lugar en el que está, en el poco tiempo que lleva aquí dentro se ha metido en más líos que yo en un año, y actúa como si supiese a ciencia cierta que no va a pasarle nada. Lara me desconcierta mucho, y es una putada porque lo que siento por ella cada vez es más fuerte y me

da pánico que su propia imprudencia y estupidez me la arrebaten.

Cuando entramos, Jordan ya nos está esperando en su mesa de siempre, solo que esta vez está sola, las demás chicas se han cambiado de mesa para que ella pueda hablar de negocios, siempre lo hacemos así.

Llenamos las bandejas y nos dirigimos hacia ella. Como siempre, Jordan preside la mesa, así que le indico a Laboy que se siente a su izquierda y yo lo hago a su derecha. En cuanto estamos acomodadas, Jordan se inclina hacia mí y me besa en los labios sin que me lo espere. Además, no es un simple beso casto, es un beso lento con lengua que me da la impresión de que es más bien para que Lara tenga claro a quién pertenezco y cuanto valgo.

Por primera vez me siento incómoda, y mucho, hace unos minutos hemos estado a punto de besarnos en el patio y ahora los labios de otra mujer reclaman los míos en su presencia haciéndome sentir humillada. Supongo que esto es lo que Lara quiere evitar a toda costa y ojalá tenga recursos para hacerlo, pero yo no me lo puedo permitir.

Cuando Jordan rompe el beso tardo unos segundos en atreverme a mirar a Lara, que tiene el ceño fruncido y enseguida aparta la mirada.

—Hoy te has librado de una buena—le dice Jordan rompiendo el hielo.

—Sí—contesta Laboy escueta.

—Perfecto, ¿qué te parece si hablamos de negocios y acabamos rápido con esto? —sonríe Jordan devorándola con la mirada.

El corazón me late a toda prisa. Sé que la mejor opción para Lara y que, además, yo misma le he aconsejado, es que se pegue a Jordan y se convierta en una de sus chicas, pero la realidad es que pensar en ellas dos juntas me produce una desazón que me acaba de cerrar el estómago.

—Iré directa al grano, Laboy—suelta Jordan apoyando los brazos en la mesa e inclinándose un poco hacia ella en un gesto seductor que conozco muy bien—tenemos tres opciones, tres planes de precios, para que me entiendas.

Veo a Lara tragar saliva, ha llegado el momento de la verdad.

—¿Cuál es la opción A? —pregunta la mujer que me vuelve loca.

—Treinta euros al día y podrás caminar al lado de Loya, quien ya sabes que es intocable aquí dentro. Creo que ya estabas pensando en hacerlo, según me ha contado.

—Sí, se lo comenté ayer.

—La opción B son ochenta euros al día, y entonces cualquiera

de mis chicas es toda tuya, para todo en exclusiva—especifica alzando una ceja—siempre que a la que elijas esté de acuerdo, por supuesto.

Me siento extraña, rabiosa cuando utiliza su derecho a vendernos como mercancía y en parte agradecida de que no lo haga si nos negamos, aunque eso aumente nuestra deuda con ella.

—¿Y la C? —pregunta Laboy, que tiene una expresión que me hace muy difícil saber en qué piensa.

—La C soy yo—sonríe señalándose a sí misma con chulería y prepotencia, Jordan es muy consciente del deseo que despierta en las mujeres y presume de ello—te conviertes en una de mis chicas, igual que Loya, y eso te sale totalmente gratis. La única condición es que has de estar disponible para mí siempre que yo lo decida, no tú.

Me entra un escalofrío muy desagradable cuando llegamos al momento de la verdad. Lara tiene la mirada clavada en el centro de la mesa mientras sopesa las opciones y me estoy poniendo muy nerviosa.

—Quiero la opción B—afirma clavando la mirada en Jordan.

Yo la miro estupefacta, la opción B son ochenta euros diarios, ¿cómo coño pretende pagar eso durante dos años? Son más de dos mil euros al mes.

—¿Estás segura? —le pregunta Jordan sorprendida—puedo ser muy tolerante, Laboy, pero si no me pagas, lo que te ha pasado esta mañana solo es un anticipo de lo que te espera. Te venderé a la mejor postora sin pestañear.

No conozco a nadie aquí dentro que haya elegido esa opción nunca por un precio tan desorbitado, no es lo habitual, está claro que Jordan la ha apretado para que se quede con ella, y parece que le ha salido el tiro por la culata.

—Estoy segura, quiero la opción B con Loya—suelta mirándome.

Se me corta el aliento de golpe. Como no me había planteado siquiera que eligiese esta opción, tampoco he valorado la posibilidad de que me escoja a mí. Antes no me ha besado porque algo la retenía, ¿es esto? ¿Cree que soy una puta y por eso no ha querido? Me agobio mucho y me cuesta respirar, por lo que miro hacia otro lado para tratar de calmarme mientras siento el peso de la mirada de ambas sobre mí.

Tras carraspear un poco y beberme casi toda la botella de agua, las miro a ambas de forma alternativa. Jordan parece realmente sorprendida y a la vez molesta por el rechazo, y Laboy está nerviosa, no para de rascarse la palma de la mano derecha.

—Así que quieres a Loya…—comenta Jordan pensativa.

—Sí, has dicho cualquiera de tus chicas.

—Por supuesto, pero Loya es muy especial para mí, y tiene un precio extra de veinte euros.

—Habías dicho ochenta—protesta Lara ante mi mirada de estupefacción.

—Sé lo que he dicho, pero ahora son cien—escupe Jordan.

—De acuerdo, cien.

No me lo puedo creer, ¿en serio?

—Espero que tengas ese dinero, Laboy—la amenaza—¿tú qué dices, Loya? ¿Aceptas ser su juguete?

No sé qué coño pasa ni por qué se ha puesto de tan mal humor Jordan, o quizá sí. Supongo que estaba convencida de que Laboy iba a elegir el camino que elegimos todas a las que nos da la oportunidad, no debe estar acostumbrada a una negativa y su ego se ha visto amenazado.

Miro a Lara, estoy muy molesta y me siento como una simple mercancía a punto de cambiar de manos, pero la respuesta la tengo clara.

—Acepto.

—Vuelvo enseguida.

Lara se levanta y desaparece antes de que pueda pestañear.

—¿Estás liada con ella? —me pregunta Jordan de sopetón.

—No—contesto enfadada.

—¿Tiene el dinero?

—No lo sé, Jordan, apenas la conozco, es una mujer un poco desconcertante—digo tratando de mostrarle que me siento incómoda con lo que acaba de pasar.

—Pero has aceptado.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé—respondo encogiendo los hombros.

—Bueno, si en algún momento te arrepientes o no te trata bien, dímelo. Romperé el trato y también sus piernas.

—Gracias.

Joder, no entiendo a Jordan, unas veces la odio y otras la adoro. Puede que nos use como mercancía a su conveniencia, pero también nos protege y nos permite escoger, podría ser mucho peor.

Laboy aparece sin aliento como si hubiese corrido una maratón por los pasillos, se sienta y entrega algo a Jordan por debajo de la mesa.

—Ahí tienes lo de diez días.

Jordan mira hacia abajo y eleva las cejas casi tan sorprendida como yo.

¿De dónde cojones ha sacado ese dinero tan rápido?

Capítulo 16, día 5

Lara Laboy (Carlota)

Tras cerrar el trato con Jordan, sus chicas vuelven a su mesa y yo cojo la bandeja y me voy con Manuela y sus amigas mientras Loya me observa con el gesto endurecido. Sé que se ha enfadado, todavía no se le ha pasado lo de mi comentario de antes y ahora he pagado por ella en exclusiva sin habérselo consultado antes.

Luego hablaré con ella y trataré de solucionar esta tensión extraña que ahora hay entre nosotras que no me gusta y me hace sentir mal, pero ahora necesito comer y descansar.

—¿Has hecho un trato con Jordan? —pregunta Manuela en voz baja en cuanto me siento a su lado.

—Dijiste que me buscase protección, y eso he hecho.

—No te estoy juzgando, niña, has hecho bien, lo que te ha pasado esta mañana podría pasarte a diario si la toman contigo. ¿Te has convertido en una de sus chicas? —pregunta interesada.

—No.

—¿No? —se sorprende—encajas en el perfil de mujer que le gusta, pensé que te lo ofrecería.

—Y lo ha hecho, pero lo he rechazado.

Manuela comienza a reírse a carcajadas provocando que Aurora y las demás la observen sin comprender nada, ya que la conversación la estamos teniendo solo entre nosotras.

—¿De qué te ríes? —pregunto cabreada.

—Joder, niña, eres un auténtico misterio para mí, en serio. Es como si hubieses entrado aquí para ser la excepción de todas las normas que rigen este lugar.

—No sé si tomármelo como un cumplido.

—No lo hagas, no lo es. Tu comportamiento es peligroso, y si sigues jugando con fuego acabarás quemándote—me advierte convencida.

¿Lo dice por Jordan o en general? Supongo que es lo segundo, porque por el precio que voy a pagarle o que ella piensa que le pagaré, le conviene que no me pase nada.

—Entonces, ¿a qué acuerdo habéis llegado? —insiste muerta de curiosidad.

—Le pagaré por disponer de Loya en exclusiva para mí.

—¿En exclusiva? —pregunta pasmada—¿te refieres en todos los sentidos?

—Sí.

—Joder, con la niña, y parecías tonta.

—Vaya, gracias—contesto ofendida, aunque a ella no parece importarle.

—¿Loya está de acuerdo?

—Sí, aunque creo que no le ha sentado muy bien.

—Ponte en su lugar, ¿te gustaría que alguien te vendiera?

Joder, pues claro que no. No he pagado por ella con la intención de que se sienta mal, pero eso es algo que aclararé con Nerea, no con Manuela, ahora solo quiero dormir.

—Me voy a descansar, Manuela, si no me tumbo un rato creo que me desmayaré.

—Pues aprovecha, yo tengo sesión de peluquería y no te molestaré—dice coqueta atusándose el pelo.

—¿Aquí hay peluquería? —pregunto confusa.

—Claro, niña, ¿cómo te piensas que nos cortamos el pelo? ¿A mordiscos? —pregunta rodando los ojos.

Pues no me extrañaría.

En cuanto me pongo en pie, veo que Loya también lo hace, deja su bandeja en el carro y se dirige hacia mí sin perder su gesto sombrío.

—¿Qué ordena la señora? —pregunta descolocándome.

—¿Qué dices, Nerea?

—Me has comprado, ¿no? Ahora soy tu perrito faldero y tu putilla cuando te pique ahí abajo.

Madre mía, está enfadada de verdad.

—No he pretendido ofenderte, Nerea, de verdad. Hablemos esto luego, necesito tumbarme, por favor.

—Haremos lo que tú digas cuándo tú lo digas. Vamos, te acompaño a tu celda.

No protesto, no creo que haga falta que sea mi niñera continuamente, se trata de que todas sepan que ahora estoy bajo la protección de una de las chicas de Jordan para que me dejen tranquila, nada más. Quizá yo lo he interpretado mal y comprar seguridad significa comprar una sombra, aunque si esa sombra es ella, no me importa.

Llegamos a mi celda y Nerea se sienta en la cama de Manuela apoyando los codos en las rodillas.

—No tienes que quedarte, Loya, solo necesito descansar un poco. No me va a pasar nada aquí.

—Lo sé. Duérmete, solo me quedaré un rato, si no te importa, aquí hay silencio y me apetece estar a solas conmigo misma.

—Claro—contesto sintiéndome fatal conmigo misma.

Y entonces pasa, me siento en la cama más rápido de lo normal y me mareo de tal modo que, en lugar de caerme hacia el lado, me caigo hacia delante. Por suerte para mí, Loya reacciona muy rápido y le da tiempo a cogerme antes de que me estampe contra el suelo y añada un golpe más a mi maltrecha cabeza.

—¿Qué te pasa? —pregunta asustada.

—Nada, solo me he mareado un poco—aclaro un poco nerviosa.

La verdad es que estoy preocupada, hacer rato que siento flojera.

—Vamos a ir a la enfermería, y no es una petición ni espero la aprobación de mi ama.

—Para de decir eso, Nerea, no eres mi esclava sexual ni nada parecido—me quejo mientras me ayuda a ponerme en pie.

—¿No? ¿Y por qué coño has pagado por todo? —bufa pasándome una mano por la cintura para asegurarse de que no me caigo.

—No lo sé, te juro que no lo había pensado, ha sido un arrebato.

—¿Un arrebato? ¿De repente te han entrado ganas de que follemos?

No sé si sería mejor quedarme callada, porque cuanto más respondo, más se enfada.

—No es eso, Loya, no te pongas así, por favor.

—¿Entonces no vamos a follar? ¿O es que te has arrepentido de no besarme en el patio y has decidido pagar para hacerlo cuando a ti te apetezca?

—¡Vale ya, Loya! —me enfado deteniéndonos a las dos en medio del pasillo.

Me suelto de su agarre y la enfoco, sigo con algo de flojera todavía, pero ya no estoy mareada.

—No lo tenía planeado, ¿de acuerdo? No esperaba esa oferta y he actuado por impulso…

—¿Por impulso? —me corta negando y dirigiendo la mirada al suelo.

—Sí, joder—contesto alterada—no pienso hacer nada contigo que tú no quieras, Nerea, he escogido esa opción porque no quiero que te toque ella.

Ale, ya está, ya lo he soltado. Nerea se gira de golpe y me mira con la boca abierta sin saber qué decir.

—Eso, no digas nada ahora, por favor—digo algo avergonzada mientras ella me observa sin salir de su asombro—¿podemos ir a la enfermería ya?

Loya asiente, todavía impactada por lo que acabo de confesarle y me vuelve a coger de la cintura para caminar hasta la enfermería en silencio. Mientras esperamos a que nos dejen pasar porque hay alguien dentro, soy yo la que piensa en la conversación que acabamos de mantener. Me ha salido del alma, de muy adentro, porque es la pura realidad por mucho que yo me niegue a aceptarla, me he enamorado de ella y eso me hace suspirar provocando que me mire, me dedique una de sus sonrisas y por poco me provoque también un paro cardiaco.

Capítulo 17, día 5

Nerea Loya

La puerta de la enfermería se abre por fin y de ella sale Lidia con un par de puntos de papel en el labio y el ojo amoratado. Ni yo ni Lara le decimos nada, aunque me contengo para no aplaudir y decirle que me alegro de que alguien por fin le haya partido la cara.

—Loya…—exclama la doctora sorprendida de verme.

—Hola, Silvia.

Verla de nuevo me produce una sensación muy extraña, su presencia me trae recuerdos muy duros, pero también muy buenos.

—No es que te echase de menos como paciente, pero me alegra verte—dice muy seria a la vez que alarga un brazo y me atrae hacia ella para estrujarme con fuerza.

Que Silvia me abrazase me coge desprevenida, pero lo que más me sorprende es que se lo devuelvo y los pocos segundos que permanecemos así, me hacen sentir mucho mejor de lo que esperaba. Quizá sea porque ella es la única persona que hay aquí antes de llegar Laboy, con la que me he sentido cómoda y en confianza, aunque jamás llegué a explicarle el motivo real del porqué estoy aquí dentro.

—Me alegra ver que tú no eres la paciente—dice haciendo una mueca de disgusto cuando ve a Lara.

—No, yo solo vengo de acompañante, se ha dado un golpe y se ha mareado un poco—le miento—ahora está mejor, pero nos quedamos más tranquilas si le echas un vistazo.

—Un golpe, claro—dice en tono irónico—pasad.

—¿Yo también? —pregunto confusa.

—Sí, si alguien dice algo diré que yo te he pedido ayuda, hace tiempo que no hablamos, Loya, pasemos un rato juntas, anda—me pide con gesto suplicante.

Acepto. Silvia nos cede el paso y ella entra en último lugar.

—Segunda vez en una semana, Laboy—protesta indicándole que se siente en la camilla.

—Ha sido una caída desafortunada—contesta mirándome a mí.

—Conmigo no, Laboy—le advierte Silvia cogiendo su mentón para enfocar sus ojos con la linterna—a mí no me tomes por idiota, haz el favor. No sabes la de reclusas que cruzan esa puerta cada semana, y casualmente todas os habéis caído.

—Lo siento, tienes razón, me han partido la cara dos o tres veces—confiesa arrancándome una sonrisa.

Tras examinarla detenidamente y comprobar que no hay ninguna lesión en su cabeza por la que preocuparse, Silvia le pide que se quite la ropa para examinar el resto de los golpes que hay escondidos bajo ella.

—Estoy bien—se niega Lara.

—Cojeas, deberías dejar que te eche un vistazo en la pierna—intervengo.

—Quítate la ropa o te la quito yo, Laboy—exige Silvia.

Lara obedece resoplando y se deshace de todo hasta quedarse en ropa interior. La visión de su cuerpo me impacta en varios sentidos, primero porque me parece una jodida tentación, y segundo porque tiene una serie de hematomas que esta mañana no tenía cuando Manuela y yo la hemos metido en la ducha.

Mi mirada conecta con la de Laboy unos segundos y las dos la apartamos de golpe.

—Puedo salir a esperar fuera, Lara—digo sin mirarla mientras siento la taquicardia invadiendo mi pecho.

—No, quédate, por favor—me pide ella mientras Silvia nos va observando de reojo alternativamente.

La hace tumbarse para poder hacer bien su trabajo y yo aprovecho para sentarme en su silla. Durante los siguientes minutos, Silvia atiende a Lara mientras habla conmigo y me hace una serie de preguntas digamos que, en clave, omitiendo detalles para no hacerme sentir incómoda por la presencia de Laboy. Yo le respondo del mismo modo hasta saciar su curiosidad o preocupación por mí, hasta que llega a la conclusión de que no le miento, no tengo intención de volver a atentar contra mi propia vida.

—Bueno, esto ya está, pero me gustaría que te quedases unas horas en observación para asegurarnos de que no vuelves a marearte—le dice a Laboy, que permanece inmóvil en la camilla, parece que se ha relajado y aunque está despierta, su cuerpo descansa.

—¿No sabes por qué le ha pasado? —me intereso yo mientras la aludida nos observa como si no fuese con ella.

—Tendría que hacer pruebas más específicas para descartar lesiones internas y aquí no disponemos de equipos médicos. Tendríamos que trasladarla a un hospital y, personalmente no me

parece necesario, ha recibido varios golpes en la cara y probablemente alguno de ellos haya sido el culpable, pero es normal en casos así. Se quedará aquí el resto de la tarde, y si por la noche se encuentra bien, le daré el alta.

Silvia coge una sábana y tapa a Laboy, que sigue desconectada del mundo con la mirada clavada en el techo.

—Ven—me susurra la doctora.

La sigo hasta su pequeño despacho y me indica que me siente para después hacerlo ella al otro lado de la mesa.

—¿Te quieres quedar? —pregunta tan directa como siempre.

—¿Quedarme?

—Con ella, Loya. Te estoy preguntando si te quieres quedar con ella para hacerle compañía.

—Creía que no se podía…

—Y no se puede salvo que yo lo autorice.

La miro fijamente y afirmo sin hablar. No sé qué decirle ni cómo agradecerle que me deje quedarme, tampoco sé el motivo por el que me lo permite.

—¿Qué piensas, Loya? Me preocupabas mucho cuando te quedabas así.

—Eran otras circunstancias, Silvia, ahora estoy bien, la prueba está en que desde que me diste el alta de nuestras charlas obligadas no has vuelto a verme por aquí.

—Lo sé, y te di el alta porque te ganaste mi confianza y te vi recuperada de aquello.

—¿Ya no te fías de mí?

—Sí que me fío. Solo quiero escucharte decir, ahora que estamos a solas, que no has vuelto a pensar en aquello como una opción—me pide mirándome sin parpadear.

—Te prometo que no, no se me ha vuelto a pasar por la cabeza.

—Bien—sonríe poniéndose en pie.

—Voy a salir media hora a comer si te parece bien. Por motivos de seguridad, tendré que pedir que una funcionaria vigile la entrada, pero aquí dentro estaréis solas salvo en algún momento que se asome para asegurarse de que seguís enteras, aprovecha y habla lo que tengas que hablar con Laboy, nadie os molestará.

—¿Qué hable? —pregunto notando como me arden las mejillas.

—Venga, Loya, se os ve a una legua, aclarad lo que sea que hay entre vosotras y rebajad un poco esa tensión, no es buena. Y no te confundas—me aclara—que ha sonado un poco ambiguo, no te ofrezco la camilla para que eches un polvo, lo que te digo es

que charléis como personas adultas y os dejéis las cosas claras.

—De acuerdo—respondo algo descolocada, ¿tanto se nos nota?

Silvia se quita la bata, coge su bolso y se dirige hacia la puerta mientras yo la miro todavía perpleja por su capacidad de deducción.

—Loya—me llama antes de salir.

—Dime.

—Después trata de convencerla de que se calme un poco y deje de meterse en líos, si no lo hace, será peligrosa para sí misma y también para ti.

Tras eso me dice adiós levantando la mano y se marcha sin que yo tenga muy claro qué es lo que acaba de pasar.

Capítulo 18, día 5

Lara Laboy (Carlota)

—¿Se ha marchado? —pregunto en cuánto Loya vuelve.

—A comer, deberías descansar un poco, Laboy.

—Estoy bien así, no tengo sueño. Toda la mañana deseando dormir, y ahora que puedo no me apetece—resoplo haciendo una mueca—¿te vas a quedar?

—Si es lo que quieres…

—No empieces, Nerea. Sí que quiero que te quedes, pero porque tú quieras hacerlo, no porque yo te lo pida. Ya te he explicado por qué he escogido esta opción, así que, si quieres marcharte, hazlo, aquí no me pasará nada.

—Perdona—se disculpa un poco nerviosa—está siendo un día muy intenso y me está costando asimilarlo todo. ¿Me puedo sentar?

Nerea señala la camilla en la que estoy tumbada. Me pego a un lado y le dejo un hueco en el otro. Se sienta subiendo solo una pierna y dejando la otra apoyada en el suelo mientras me observa pelearme con las palancas de la camilla.

—¿Qué intentas?

—Levantar el respaldo, se puede, ¿no?

Igual me estoy flipando y la camilla es más antigua que el desierto. Loya no contesta, pero sí que sonríe de ese modo que me altera hasta la última molécula y se agacha un segundo para accionar la palanca hasta que prácticamente quedo sentada.

Cuando ella recupera su posición, nuestras miradas se cruzan y sin mediar palabra, Loya se acerca lentamente y me deshago ante la idea de que sus labios rocen los míos. Cierro los ojos deseosa como nunca, y de pronto siento sus labios rozar mi mejilla hasta depositar el beso más tierno y dulce que me han dado en mi vida.

—Creía que ibas a besarme—susurro cuando todavía sus labios permanecen rozando mi mejilla.

—Acabo de hacerlo, Laboy—contesta muy cerca de la comisura de mis labios.

Nunca me había sentido tan paralizada con nadie como con ella. Nerea permanece pegada a mí y me da un nuevo beso que

me agita por dentro. Es desesperante el cúmulo de sensaciones y sentimientos que me despierta, mi corazón parece un martillo percusor ahora mismo y mi cuerpo de gelatina.

Entonces me besa de nuevo y ya no puedo más, coloco mi mano en su cuello y la guío hasta mis labios, que impactan contra los suyos en un sonoro beso que rápidamente se convierte en algo profundo e intenso que me hace olvidarme de mi propia existencia.

Nerea saborea mis labios con deleite y su lengua entra poco a poco en mi boca hasta que contacta con la mía para volverme adicta a las desbordantes sensaciones placenteras que me provoca. Durante varios segundos, disfrutamos de ese beso como si el mundo estuviese a punto de acabarse y esta fuese la última oportunidad de unir nuestras bocas.

Cuando coloca una mano en mi cuello y su pulgar roza mi oreja, siento que desfallezco y me quedo sin aliento en su boca, lo que provoca que rompamos el beso y ambas necesitemos varios segundos para recomponernos y procesar lo que acaba de pasar.

No sé ella, pero si tuviese que expresar todo lo que he sentido con este beso, me sería muy difícil. Hay cosas que se pueden describir y otras que simplemente se tienen que vivir y disfrutar, y eso es lo que ha sido para mí nuestro primer beso, una experiencia tan intensa y agradable que no se puede explicar.

—Me tiemblan las manos—explica colocándolas ante ambas para demostrar que no miente.

Yo coloco las mías frente a las suyas para que vea que me sucede lo mismo y ambas acabamos dedicándonos una sonrisa ahogada y tímida como si fuese la primera vez que besamos a alguien.

—¿Te soy sincera? —pregunta mirándome fijamente—pensaba que no te atreverías a besarme.

—¿Por qué? —pregunto todavía acalorada.

—No lo sé, en el patio también tuviste la oportunidad y no lo hiciste, tengo la sensación de que algo te frena conmigo y lo que acaba de pasar me ha sorprendido—sonríe otra vez.

Yo inflo mis pulmones hasta que no puedo más y expulso el aire lentamente para tratar de serenarme de una vez, porque cada vez que rememoro ese beso, un destello de lo que me ha hecho sentir me atraviesa el alma haciendo que la desee de forma constante. Pienso en mi hermano y en mis padres, en lo mucho que les decepcionaría si me viesen besar a Nerea y en cómo debería odiarme a mí misma por lo que acabo de hacer, pero no lo hago, ese sentimiento de culpa ha desaparecido por completo. Los sentimientos no se pueden controlar, el amor es así de hijo de

puta y aparece cuando menos te lo esperas en el cuerpo de una mujer acusada de haber destrozado a mi familia.

—Otra vez te has quedado ida, Laboy—dice nerviosa cogiendo mi mano.

Ahora me siento como una completa extraña, no consigo acostumbrarme a este nombre falso ni me siento bien mintiéndole.

—Necesito saber qué piensas, me vas a volver loca—insiste.

—En ti, estoy pensando en ti, Loya, en que necesito conocerte de una vez por todas, me prometiste que me contarías lo que de verdad te ha traído aquí. Si vas a hacerlo, este es el momento.

Nerea se tensa y traga saliva. Veo como su labio tiembla mientras decide qué hacer y le concedo un tiempo en el que no insisto ni le digo nada, parece realmente incómoda y nerviosa, pero creo que por fin he tocado la tecla correcta.

—No se lo he contado a nadie por un motivo, Lara. Hay cosas en juego, entre ellas la vida de mi hijo.

Eso sí que no me lo esperaba, y por lo angustiada que parece por la situación me queda claro que no miente ni está interpretando el papel de su vida. La puerta de la enfermería se abre provocándome un susto de muerte y Charo Cedillo asoma medio cuerpo, mira en nuestra dirección un segundo y después desaparece cerrando la puerta de nuevo. Menos mal.

—Puedes confiar en mí, Nerea—le aseguro apretando su mano.

—Y lo hago, a pesar de que eres una jodida chiflada que no deja de meterse en líos y de la que me debería alejar el máximo posible, lo hago. Ya no aguanto más guardando esta mierda, Laboy—dice rompiendo a llorar de golpe.

Nerea baja la pierna que tenía subida en la camilla y la apoya también en el suelo a la vez que se lleva una mano a los ojos y trata de contener sin éxito las lágrimas que se derraman a raudales por sus mejillas mientras la angustia se apodera de ella de un modo que me parte el corazón. Me incorporo y me coloco detrás de ella para rodearla con los brazos y apretarla con fuerza contra mi cuerpo.

—Déjame ayudarte—le susurro besando su cabeza—deja que te demuestre que no soy esa irresponsable que parezco, sea lo que sea te apoyaré, Nerea, te lo prometo.

Madre mía, mis palabras son tan sinceras que un escalofrío me recorre de arriba abajo mientras ella asiente sin dejar de llorar. Ha llegado el momento de la verdad y lo que me cuente podría destrozarme el alma y, aun así, parece tan rota por dentro que no me veo capaz de dudar de una sola palabra que salga de

su boca, sea lo que sea lo que me explique.

La mantengo abrazada mientras saca parte de su mierda en forma de lágrimas, ella se aferra con las manos a mis brazos como si fuese un salvavidas y comprendo en ese instante lo que de verdad significo para ella. Está dispuesta a abrirse conmigo a pesar de que, según dice, si yo la traiciono podría tener consecuencias fatales para su hijo.

—Podemos ir a otro sitio si quieres—le digo en cuanto empieza a calmarse.

Nerea niega con la cabeza y se acerca a la silla donde cuelga mi ropa para traerme la camiseta.

—Póntela, eso me desconcentra—dice señalando mi pecho.

No recordaba que sigo en ropa interior, y cuando miro hacia mi escote y veo que solo llevo el sujetador, las dos nos reímos y ella se relaja un poco. Cuando me pongo la camiseta, vuelve a acomodarse como estaba antes, dejando una pierna suspendida y la otra apoyada en el suelo. Coloco mi mano sobre su muslo y ella coge la sábana que me cubre hasta la cintura y retuerce el dobladillo entre sus dedos.

—No sé ni por dónde comenzar. Tienes que prometerme que esto quedará entre tú y yo, Lara, por favor. No se lo he contado nunca a nadie, pero creo que si no lo saco de una vez me consumirá del todo.

—Te lo prometo, empieza por el principio.

—Estoy aquí porque confesé un crimen que no cometí, ni siquiera conocía a aquel chico—suelta a bocajarro cortocircuitándome el cerebro.

—¿Qué? —pregunto temblando.

—Una tarde fui a recoger a mi hijo al colegio y no estaba, Lara. ¿Sabes lo que sentí en aquel momento? Fue como si todo mi mundo se desmoronase y la vida dejase de tener sentido para mí. Sentí un pánico horrible, es lo peor que he experimentado en mi vida.

—Lo siento mucho, Nerea—acierto a decir sin salir de mi asombro.

No comprendo nada, no sé qué tiene que ver la muerte de mi hermano con la desaparición de su hijo, pero ha dicho que no lo mató y esa frase no deja de rebotar en mi cerebro de un lado a otro. Porque la creo, y eso significa que el asesino de mi hermano sigue en la calle disfrutando de una vida que él ya no tiene, y Nerea tampoco.

—Recibí una llamada en aquel momento, era un hombre que afirmaba que se había llevado a David. Me dijo que si quería recuperarlo debía acudir aquella noche al puerto, a un lugar muy

concreto.

Trato de disimular como puedo lo mucho que me está afectando todo lo que me explica. En el puerto fue donde los encontraron a ambos, a él muerto y a ella gravemente herida, cada vez que pienso en ese sitio siento frío y unas terribles ganas de llorar.

—¿Cómo sabías que realmente tenía a tu hijo? —pregunto tratando de ponerme en situación y responder todas las dudas que me van surgiendo.

—Porque me dejó hablar con él unos segundos.

Más lágrimas vuelven a caer por sus mejillas, esta vez no se molesta en tratar de recogerlas porque creo que ni siquiera es consciente de ello. Así que lo hago yo, yo recojo esas lágrimas con mis pulgares y aprovecho que la tengo cogida para inclinarme hacia delante y besarla en los labios de forma cariñosa. Ella responde forzando una de esas sonrisas que tanto me gustan y yo empiezo a arrepentirme de no haber tomado la decisión de infiltrarme en esta prisión antes.

—Sigue—le pido colocándole varios mechones detrás de las orejas.

—Me amenazó con matarlo si avisaba a la policía, así que no lo hice y me presenté en el lugar a la hora que me dijo. No recuerdo gran cosa, de repente comenzaron a golpearme violentamente hasta que en alguno de aquellos golpes perdí el conocimiento.

—¿No pudiste ver a quién te agredió?

—No. Ni siquiera sabría decir si eran dos, tres o una docena.

—¿Era más de uno?

—Eso creo—suspira temblorosa.

—¿Y qué pasó entonces?

La puerta se abre sobresaltándonos a las dos y vemos entrar a la doctora. Ahora no, por favor.

Capítulo 19, día 5

Nerea Loya

—¿Todo bien por aquí? —pregunta Silvia mientras se dirige a su despacho para dejar el bolso.

Ninguna de las dos contestamos, su interrupción no llega en el mejor momento, y eso que ha pasado más de media hora.

Cuando sale del despacho viene hacia nosotras y yo bajo la cabeza. Tengo la cara empapada en lágrimas y preferiría que no me viese así, pero un hipido inesperado me delata y la doctora, que ya se ha puesto su bata, se planta delante de mí y coloca sus dedos en mi mentón.

Su gesto se transforma en una mueca de disgusto cuando la miro, pero no me dice nada y se dirige a un cajón del que saca un paquete de pañuelos y al entregármelo, se da cuenta de que una de mis manos está entre las de Laboy, que no ha dejado de acariciarme la parte superior en ningún momento para tratar de relajarme.

Silvia parpadea un par de veces sorprendida, pero no dice nada y saca su linterna del bolsillo. Enfoca los ojos de Lara para hacer un examen rápido y después me mira a mí.

—¿Estáis bien las dos? —pregunta sin cortarse.

—Sí—contesto tras sorberme los mocos.

—¿Por fin estás soltando tu mierda, Loya?

—Eso creo.

—Ya era hora—suelta con los ojos en blanco—no puedo volver a marcharme sin que llame la atención, pero me voy a meter en mi despacho, cerraré la puerta y seguiré viendo mi serie favorita por el ordenador. Si necesitáis algo me avisáis.

—Gracias—contesta Laboy sorprendida por el comportamiento de la doctora.

—No hay de qué, no pares hasta que no se lo saques todo—le dice a Lara señalándola con el dedo antes de marcharse.

—Te aprecia—comenta Laboy cuando volvemos a quedarnos solas.

—Sí, nunca he comprendido por qué, pero me trata como si fuese alguien de su familia.

—Yo sí lo comprendo, eres especial, Nerea, cualquiera que

vea un poco más allá se da cuenta.

—Si fuese tan especial no estaría metida en este lío. Pienso cada día y cada puta noche en aquel día, en si pude haber hecho algo diferente o si hay algo que pueda hacer ahora para arreglar mi situación, pero no lo encuentro, Laboy. Aquella noche en el puerto, dejé de ser una persona para convertirme en una muerta en vida, que vaga por aquí contando las horas y los minutos que faltan para que llegue el día de visita y poder ver a mi hijo durante una hora.

—Para mí sigues siendo una persona especial, Nerea, da igual lo que hayas hecho—asegura volviendo a besarme.

—Ese es el problema, Lara, que yo no he hecho nada, salvo proteger a mi hijo.

Capítulo 20, hace un año, en el puerto

Nerea Loya

Cuando despierto el dolor es insoportable y todo mi cuerpo está entumecido por el frío. Consigo abrir un ojo y tragar un poco de saliva sintiendo el sabor de mi propia sangre en la boca. Apenas veo, pero sé que es de día. No dejo de escuchar un ruido de fondo, un ruido de sirenas que probablemente es lo que me ha despertado y que cada vez suenan más cerca.

Quizá alguien me ha visto y ha avisado a la ambulancia, pero yo en lo único que puedo pensar en este momento es en David. Trato de gritar su nombre, pero la voz no me sale, me siento demasiado débil y cansada y tengo los músculos entumecidos.

Oigo varios coches aparcar a mi lado y soy incapaz de distinguir nada, por el único ojo que veo, veo borroso.

—Señora, soy policía, ¿puede contarme qué le ha pasado? —pregunta alguien a mi lado.

No puedo contarle nada, porque en cuanto intento moverme veo que a mi lado hay un cadáver de un hombre y vuelvo a desmayarme.

Para cuando vuelvo a despertar apenas siento dolor, estoy en una cama de hospital y aunque tardo en enfocar, puedo ver bien por uno de mis ojos. Trato de mover todo el cuerpo temiendo que mis daños sean demasiado graves, pero lo que me paraliza de miedo es ver que mi mano derecha está esposada a la baranda de la cama.

Una enfermera toma mis constantes y avisa a un médico, que después de examinarme me explica que tengo cuatro costillas rotas, el pómulo, la clavícula y tres dedos fracturados. También tres cortes profundos en la cabeza y varias contusiones por todo el cuerpo que me van a mantener dolorida varios días y postrada en esta cama al menos una semana.

—¿Y mi hijo? ¿Saben algo de él?

—Lo siento, señorita Loya, solo la trajeron a usted, pero puede hablar con los agentes que esperan fuera.

Trago saliva. ¿Qué demonios está pasando?

El médico y la enfermera abandonan la habitación y cuando espero que entre la policía, lo hace un hombre trajeado, de estatura media, pelo cano y cara de hijo de puta.

—¿Qué tal se encuentra, Nerea? —pregunta dejando un maletín a

los pies de mi cama.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Néstor Palermo, soy su abogado—dice abriendo el maletín.

—Yo no he pedido ningún abogado.

—Cierto, pero lo va a necesitar, porque ahí fuera hay un inspector esperando para interrogarla por el asesinato de Oliver Márquez.

Trato de incorporarme de la impresión que me produce lo que acaba de decirme, pero el dolor en mis costillas me lo impide y tengo que respirar despacio varias veces para conseguir que se me pase.

—No haga esfuerzos, estoy aquí para ayudarla.

—¿Ayudarme? Yo no conozco a ningún Oliver, si quiere ayudarme busque a mi hijo, ayer lo secuestraron.

—Shhh—me invita a callarme acercándose a mí—no le conviene decir eso, ¿recuerda?

—Decir, ¿qué? —pregunto asustada.

El abogado saca una carpeta de su maletín, se sube un poco la pernera de su pantalón y se toma la libertad de sentarse a mi lado.

—¿Es este su hijo?

El cabrón me entrega una fotografía de David jugando en el patio de la casa de mi madre, a ella se la ve de fondo sentada en el balancín. Tengo ganas de llorar y de gritar, pero algo me dice que no me conviene hacerlo.

—Como ve, señora Loya, David ahora se encuentra bien, pero depende de usted que él y su madre sigan respirando.

—¿Cómo sé que esa foto es de hoy? —pregunto llorando. ¿Es que esta pesadilla no va a acabar nunca?

Me tiende un teléfono.

—Llame a su madre, no se le ocurra decirle lo que sucede—me advierte.

Tecleo su número con los dedos temblando y espero a que descuelgue.

—¿Diga?

—Mamá, soy yo—saludo tratando de no llorar.

—Ay, Nerea, hija, ¿qué has hecho? La policía ha venido esta mañana a traer a David, dicen que yo debo hacerme cargo porque tú has hecho algo y vas a pasar mucho tiempo en la cárcel—dice angustiada—dime que no es verdad, Nerea.

Me quedo sin habla mientras mi mente trata de atar cabos, es imposible que la policía haya llevado a David sin más, tienen que haber sido ellos.

—Escucha, mamá, necesito que cuides de él y que no te creas nada de lo que cuenten sobre mí, prométemelo.

—Pero, Nerea…

—Suficiente—dice el abogado quitándome el teléfono—ya ve, su hijo está bien, haga lo que le digo y seguirá así.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Esta mañana la policía la ha encontrado junto al cadáver de un hombre mutilado, le faltaba un dedo.

—Dios mío—digo sintiendo como se me remueven las entrañas.

—Usted confesará el crimen.

—¿Qué? —titubeo llorando.

—Ya me ha oído, dirá que le conoció en un bar de esos a los que cualquier furcia va en busca de alguien que pueda follarla, yo le facilitaré el nombre y un par de testigos que asegurarán que los vieron salir juntos. Se subió en el coche con él y la llevó al muelle. Allí usted se arrepintió y él trató de violarla amenazándola con un cuchillo.

—Está usted loco—le interrumpo con rabia.

—Cállese. Él la golpeó, es evidente—dice señalándome—y usted logró hacerse con el cuchillo y se lo clavó, fin de la historia. Alegaremos que fue en defensa propia, con suerte reduciremos su condena unos cuantos años y quizá pueda ver a su hijo graduarse en la universidad.

Esto no puede estar pasando. Miro en todas direcciones tratando de buscar la cámara oculta, pero el abogado chasquea sus asquerosos dedos ante mí para llamar mi atención.

—No pienso contar esa sarta de mentiras, yo no he matado a nadie, cuando entre la policía le contaré la verdad, que secuestraron a mi hijo y me dieron una paliza, y que lo de ese hombre es un montaje, yo no le conozco de nada.

Coloca su mano huesuda en mi garganta y aprieta con una fuerza desmedida que me deja sin aire de inmediato.

—Nos llevamos a David una vez y podemos hacerlo otra, si eso pasa, le aseguro que no volverá a verlo, se lo venderemos a un proxeneta y tal vez acabe subastado en manos de algún viejo al que le gusten los niños, es muy guapo con ese pelo rubio.

Sigo sin respirar y empiezo a ver borroso.

—Confesará el crimen, Nerea, lo hará porque quiere que su hijo siga viviendo feliz y ajeno a todo esto, ¿verdad?

Asiento como puedo y su mano me libera de golpe. Toso varias veces mientras trato de dar grandes bocanadas de aire.

—Yo seré su abogado, no hablará con nadie que no sea yo. Prepararé su declaración y usted dirá lo que yo le diga.

—¿Por qué yo? —pregunto llorando de impotencia.

—Porque tiene algo que perder y nadie que pueda ayudarla, solo una madre jubilada. Lo sabemos todo sobre usted y su familia, Nerea, considérese afortunada, su familia estará a salvo a cambio de que

usted pase unos cuantos años en la cárcel, podría haber sido mucho peor, se lo aseguro, podría haber acabado como el cadáver que tenía a su lado.

Capítulo 21, día 5

Lara Laboy (Carlota)

—Joder—digo impresionada por todo lo que acaba de contarme—necesito que me dé el aire, Loya. Hemos de salir de aquí—le pido tan agobiada que por poco me caigo de la camilla intentando bajarme.

—Tranquilízate, Laboy—me pide agarrándome.

—¿Cómo voy a tranquilizarme, Nerea? —bufo conteniendo la voz y la rabia—esa gente mató a… mató a ese chico y te ha hecho cargar a ti con el crimen. Llevas un puto año encerrada aquí, separada de tu hijo y de tu familia por algo que no has hecho—digo llevándome las manos a la cabeza.

—Baja la voz, joder—dice molesta—¿crees que no lo sé? ¿Que la rabia y la impotencia no me consumen a diario? Pero no puedo hacer nada, Lara, esa gente ha amenazado con matar a David si cuento la verdad. No me lo puedo permitir.

—Algo podremos hacer.

Me estoy ahogando, sé que ahora debería estar apoyándola y centrándome solo en ella, pero no puedo, la impotencia y la desesperación me están devorando por dentro. El asesino de mi hermano sigue suelto, la policía hizo un puto trabajo de mierda y una mujer está encarcelada injustamente gracias a eso y probablemente a las prisas y la influencia de mi padre. Tengo que hacer algo.

—Hay que contárselo a la policía.

Cuando me doy cuenta estoy paseando de un lado a otro de la habitación en camiseta y bragas. Me detengo al ver que no dice nada y la encuentro apoyada en la camilla con una mano en la frente y la otra aguantando el codo de ese brazo. Llora, Nerea vuelve a llorar y entonces me doy cuenta de lo gilipollas, egoísta e insensible que soy.

—Perdona, perdona—digo corriendo hacia ella para abrazarla—lo siento, Nerea, no se lo diremos a nadie, te lo prometo—le susurro llorando también.

—No he debido decirte nada, si ellos se enteran…—solloza.

—Sí que tenías que contármelo, no puedes cargar con esta mierda tú sola. Perdona mi comportamiento, he sido una egoísta,

es que me ha impresionado mucho lo que me has contado y no he reaccionado bien, pero te prometo que no te voy a traicionar, ¿de acuerdo?

Esta vez coloco mis manos en sus mejillas para asegurarme de que me mira, quiero que me crea porque le digo la verdad, no voy a traicionarla, jamás me perdonaría que le pasase nada malo a su hijo por mi culpa.

—Pensaremos en algo, Loya, tú y yo. Juntas somos más fuertes y dos cabezas piensan mejor que una. Te prometo que encontraremos el modo de sacarte de aquí sin poner en peligro a tu hijo, tienes mi palabra.

Nerea asiente, pero su angustia cada vez es más fuerte, ya no sé si llora porque se arrepiente de habérmelo contado o porque al haberlo exteriorizado por fin está saliendo toda la agonía que guardaba dentro. Su respiración se entrecorta y empieza a tensarse. Me asusto, creo que está sufriendo un ataque de ansiedad y la cosa cada vez va a peor.

—¿Qué hago, Nerea? ¿Qué necesitas?

—No puedo respirar…—dice de carrerilla.

Coloco la mano en su pecho, no sé qué hacer, a mí me calma que me hablen o me distraigan, pero creo que a ella no. Nerea se incorpora y camina a trompicones hacia la pared mientras yo la sigo pegada a su espalda, muerta de impotencia por no saber cómo ayudarla. Pega la espalda a la pared y se escurre hasta el suelo, donde apoya las dos palmas para ayudarse a hacer fuerza y poder coger más aire. Y entonces recuerdo que estamos en la enfermería.

—¡Doctora! —grito bien fuerte.

La puerta de su despacho se abre casi de inmediato y la mujer saca la cabeza y nos mira.

—Creo que tiene un ataque de pánico de esos, no sé qué hacer —sollozo de rodillas ante Loya.

La doctora viene corriendo y me pide que le ceda mi lugar. Observa a Loya un segundo y le toma el pulso, después le coge las dos manos con firmeza y le pide que la mire a los ojos. Nerea alza la vista, está pálida y los labios le tiemblan cuando trata de coger aire.

—Me ahogo—exhala asustada.

—No te vas a ahogar—contesta calmada—quiero que me mires y que no dejes de hacerlo. Te has de centrar en mí, ¿de acuerdo?

Nerea asiente y yo también, necesito que se le pase porque no soporto verla así, me estoy haciendo añicos por dentro.

—Ahora quiero que cojas todo el aire que puedas por la nariz

y lo expulses lentamente por la boca, como si soplases una vela, hazlo como yo—dice haciéndole una demostración.

Nerea trata de hacerlo, pero cuando llega la hora de soltarlo por la boca no puede controlarse y le sale todo de golpe.

—No pasa nada, seguimos intentándolo hasta que lo consigas —dice la doctora con el tono más conciliador que he escuchado en mi vida sin soltar las manos de Loya.

Me gustaría estar en su lugar, pero ahora solo puedo concentrarme y memorizar todos los pasos porque si le vuelve a pasar, quiero poder ayudarla.

La doctora sigue haciendo con paciencia varias respiraciones que Loya trata de repetir. Al principio tengo serias dudas sobre ese método y pienso que lo más efectivo sería darle alguna pastilla para la ansiedad. Pero poco a poco, Nerea logra respirar como la doctora le indica y para mi sorpresa, por fin logra calmarse y respirar pausadamente.

—¿Mejor? —pregunta la doctora.

Loya asiente y traga saliva, después toma una gran bocanada de aire y lo expulsa de forma controlada.

—No pretendo que me expliques nada, Loya, pero si hay algo que yo pueda hacer para que tu situación mejore, pídemelo.

—Gracias, Silvia—contesta Nerea recuperando su sonrisa forzada.

—¿Y tú, Laboy? ¿La puedes ayudar?

Nerea me dedica una mirada tímida, en cambio, Silvia me observa fijamente como si yo fuese ahora la única esperanza del planeta.

—No lo sé, pero mi intención es hacer todo lo que esté en mi mano para conseguirlo. Tienes mi palabra.

—Me vale—dice mirando su reloj—todavía estáis a tiempo de salir al patio y que os dé un poco el aire, creo que os irá bien a ambas, sobre todo a ti, Loya. ¿Cómo te encuentras, Laboy?

—Bien, me duele un poco todo, pero estoy bien.

—¿Te has vuelto a marear?

—No.

—De acuerdo, pues ponte los pantalones y marchaos de aquí —dice tirando de Loya para que se ponga en pie.

Mientras me visto, Loya bebe un vaso de agua que le ofrece la doctora y se hace una coleta alta.

—Gracias por todo, doctora—digo todavía sorprendida por su preocupación por Loya.

—No me las des, estoy aquí para ayudar—contesta sincera—si le vuelve a pasar ya sabes lo que tienes que hacer—me sonríe.

—Descuida.

Nos despedimos de la doctora y mientras caminamos por los pasillos hacia el patio, mi cerebro hierve buscando una solución que no ponga en peligro la vida del hijo de Nerea.

Capítulo 22, día 5

Nerea Loya

Cuando salimos al patio el día se ha encapotado y prácticamente parece que sea de noche. Lara y yo caminamos hacia la parte opuesta del jardín. A pesar de que el taller terminó hace media hora, las gitanas suelen pasear por la zona para controlar su escondite y no me apetece cruzarme con ninguna o sentiré la tentación de partirle la cara a Lidia por lo que le han hecho esta mañana a la mujer que hace que mi corazón lata de un modo distinto desde hace unos días. Nos situamos en una de las esquinas, hay un pequeño banco de hormigón al que nadie suele venir por ser demasiado incómodo y eso nos da algo de intimidad.

Las dos nos sentamos en el respaldo y miro al cielo cerrando los ojos, dejando que la suave brisa me acabe de relajar.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Laboy rozando suavemente mi mano.

—Sí, ya se me ha pasado. Siento el numerito.

—No lo sientas, creo que ha sido culpa mía, no he reaccionado como debía y solo he conseguido asustarte más de lo que ya estás—se lamenta suspirando.

—No ha sido eso, Laboy, o al menos no solo eso. Llevo un año guardándome esto y ya no podía más, al sacarlo me he sentido tan libre durante unos segundos que me he desmoronado.

—Lo importante es que estás bien. Y ahora hemos de buscar la manera de hacer justicia y sacarte de aquí cuanto antes—dice convencida.

—No podemos hacer nada, Lara. Esta gente va en serio—digo enfadada—si los delato matarán a mi hijo y si muere por tu culpa te juro que te mato yo a ti—la amenazo muy en serio.

—Al menos así la condena por asesinato sería real—dice sarcástica sin que me haga ninguna gracia—perdona, es que me cuesta procesar lo que me has contado.

—No hagas que me arrepienta, Laboy, he confiado en ti…

Lara salta del banco y se pone de pie frente a mí.

—Escucha—dice en voz muy baja—ya te he dicho que no te traicionaré, pero no me pienso quedar de brazos cruzados. Tengo contactos, Nerea, muchos y muy buenos. Mi familia tiene dinero y

puedo conseguir a alguien muy discreto que investigue esto.

—¿A alguien muy discreto? —pregunto asustada al ver su determinación.

—Sí, joder. No voy a permitir que te pases media vida aquí por un delito que no has cometido. Pediré cita con mi abogada, es la mejor, Nerea, te lo prometo. Si lo hacemos bien, podemos descubrir quienes son los que te amenazan y delatarlos a la policía.

—Lo que dices es tentador—reconozco suspirando—pero yo no lo tengo tan claro, tú tienes contactos, pero esa gente también, Lara.

—Pero jugamos con ventaja, ellos no saben que lo sé y…

—Basta, no sigas—la corto—ahora lo sabes tú, y después tu abogada, y tu abogada se lo dirá a otra persona y al final llegará a oídos de ellos. Ni hablar, te lo prohíbo—me niego rotunda.

—No se lo diré a mi abogada, al menos no todavía, pero sí que le puedo pedir que investigue a ese hijo de puta que te visitó en el hospital. Es abogado, ¿no?

—Sí, tiene que serlo, de lo contrario no hubiese podido representarme en el juicio—contesto pensativa.

—Podemos empezar por ahí, que lo sigan o lo que sea que se hace en estos casos. Está claro que ese tío es un peón de un juego mucho más grande, y tal vez sin saberlo nos acabe llevando a alguna pieza clave.

—No sé, Lara—dudo cada vez más asustada.

—Hay que intentarlo, esto no puede quedarse así. ¿De qué sirve que me lo cuentes si no podemos hacer nada?

—Me he desahogado, ¿te parece poco?

—No, claro que no, pero haremos algo más que eso. Confía en mí, a tu hijo no le va a pasar nada y a ti tampoco.

—Pareces muy segura de lo que dices.

—Te he dicho que puedo tener acceso a los mejores investigadores, Loya. Déjame intentarlo al menos—insiste—sé que tienes miedo por tu hijo, pero ¿se merece él criarse sin su madre por culpa de estos cabrones?

Su pregunta hace que la impotencia vuelva a apoderarse de mí, esa con la que he convivido siempre y que al principio se me hacía insoportable. La idea de no poder ver a mi hijo solo porque alguien ha decidido joderme la vida es algo que me carcome por dentro. Tiene razón, mi obligación como madre es proteger a mi hijo, pero también luchar por mantenerlo a mi lado.

—Está bien, habla con tu abogada y haz lo que tengas que hacer, pero con discreción.

—Esa es mi chica—dice feliz antes de colocar las manos en mi

cuello y acercarse para besarme.

—¿Soy tu chica? —pregunto entornando los ojos tras romper el beso.

Laboy endurece el gesto y sube una pierna al banco colocándola en medio de las mías. Acaricia mi rostro y vuelve a darme un beso lento que me eriza la piel y me provoca un cosquilleo por debajo del estómago.

—Si tú quieres, a mí me encantaría que fueses mi chica.

Ahora soy yo la que se pone de pie y se pega a ella agarrando su cintura para sentir el calor de su cuerpo.

—Tu chica está agotada y necesita descansar. ¿Qué te parece si entramos a cenar y después nos tumbamos juntas en tu celda? —le propongo pegando mi frente a la suya.

—Es el mejor plan que se te ha ocurrido desde que te conozco, Loya.

Cuando entramos, Lara le pregunta a una funcionaria si puede hacer una llamada, pero se la niegan porque ya se ha pasado la hora y vuelve toda indignada. A veces pienso que todavía no es muy consciente del lugar en el que se encuentra.

—No me lo puedo creer—resopla mientras entramos al comedor.

—Aquí son muy estrictos con los horarios de las llamadas, Lara, y ahora no vas a solucionar nada.

Durante la cena, hemos acordado que yo cenaría con Jordan y el resto de las chicas y ella con Manuela y sus amigas como ha estado haciendo hasta ahora. No le conviene perder los pocos apoyos que tiene y estando yo en el mismo sitio que ella no le puede pasar nada.

Tras poco más de veinte minutos, me busca con la mirada para asegurarse de que he terminado y se pone en pie. De nuevo vuelve a estar pálida, creo que las dos necesitamos descansar, así que nos despedimos de nuestras respectivas compañeras de mesa que todavía agotarán los minutos antes de volver a la celda y nos marchamos.

—¿Esto se puede hacer? —pregunta confusa cuando nos tumbamos en su cama y la abrazo desde atrás.

—No. En la ronda de las diez cada presa debe estar en su celda, pero hasta entonces falta más de una hora y me apetece quedarme aquí contigo.

Beso su cabeza y ella se revuelve entre mis brazos hasta que es su cara la que está frente a mí.

—Me gustaría que te quedases—confiesa acariciando mi cara —pero, por otro lado, te librarás de los bufidos de Manuela— bromea antes de cerrar los ojos.

Capítulo 23, día 6

Lara Laboy (Carlota)

Cuando me despierto, Manuela ronca como un oso pardo y estoy bastante atolondrada al principio. Me duele medio cuerpo y tengo cansancio acumulado, es de esos días que de estar en mi casa me quedaría toda la mañana en la cama si pudiese.

Me incorporo hasta sentarme en la cama y me atuso el pelo para tratar de no parecer una loca que se acaba de pelear con un gato cuando vaya a los baños.

—Te queda bien, te da un aire muy seductor.

Alzo la mirada de inmediato en busca de la procedencia de esa voz que comienzo a conocer tan bien y que echo de menos, y me encuentro a Loya sonriendo desde la puerta.

—Hola—saludo tan feliz como sorprendida de verla—¿qué haces aquí?

—Hacer rentables esos cien euros que pagas por mí cada día —bromea arqueando una ceja.

Me pongo en pie y miro un segundo hacia mi compañera, que sigue resoplando hasta casi levantar las sábanas.

—Ojalá yo pudiese dormir una sola noche así de bien—se lamenta Loya mirándola.

Me planto frente a ella y tras colocar mi mano en su mejilla la atraigo hacia mí y le estampo un beso tan sincero en los labios que hasta yo me sorprendo de lo que siento.

—Algún día tú también podrás dormir así, te lo prometo—le aseguro.

—Me conformo con que me beses de este modo cada mañana, si tengo que elegir, sin duda me quedo con esto.

Ahora es ella la que me besa y poco a poco gana terreno hacia el interior de la celda, acorralándome contra la pared justo detrás de la puerta. La sensación me provoca un intenso cosquilleo que me hace suspirar, sobre todo cuando Nerea, de forma lenta y sutil, acaba llegando con una de sus manos a mi nalga izquierda y la aprieta pegándome todavía más a ella. Ese cosquilleo se multiplica y también se traslada entre mis piernas, recordándome de nuevo lo que se siente cuando deseas a alguien, cuando te sientes tan a gusto que lo único que quieres es explorar cada

centímetro de ese cuerpo hasta desfallecer.

—Buscaos un hotel, coño—resopla Manuela antes de darse la vuelta para seguir durmiendo.

Nerea y yo nos miramos con las mejillas encendidas y acabamos riendo como dos crías.

—Venga, coge tus cosas y vamos a darnos una ducha para que se nos baje el calentón—dice Loya suspirando.

Le hago caso sin perder la sonrisa a la vez que me lamento de estar en un lugar donde gozar de intimidad es quizá el mayor de los privilegios.

—No sé si será suficiente con la ducha—me quejo de camino a los baños.

Loya suelta una de esas sonrisas que hacen que otro tipo de cosquilleo me recorra el cuerpo, ese que se produce cuando la persona de la que te has enamorado te mira, te sonríe o simplemente te lanza un beso.

Nos encontramos con la doctora en mitad del pasillo y nos detiene para preguntarnos cómo estamos, es Loya la que responde por ambas, y mientras lo hace veo que Charo Cedillo está vigilando la puerta de los baños.

—Ayer tuve que dar parte de lo que sucedió—explica Silvia—no he dado los nombres de quienes te agredieron y he dicho que no supiste reconocerlas para que no te interroguen ni tengas problemas, pero al menos ahora habrá vigilancia en los baños.

—Eso durará unos días, Silvia, como siempre—dice Loya haciendo una mueca.

—Lo sé, pero yo no puedo hacer más, al menos durante unos días nadie que entre en los baños tendrá que mirar hacia atrás.

Nos despedimos de la doctora y cuando estamos a punto de entrar y aprovechando que Nerea se ha distraído hablando con una de las chicas de Jordan, yo me acerco a Charo.

—Necesito que llames a Catalina y le digas que venga a verme, es urgente—le susurro sin mirarla.

Charo no contesta, pero sí que resopla, lo que me hace saber que me ha escuchado y que me hará caso.

Después del desayuno, Nerea me propone que demos un par de vueltas por todo el patio paseando, según ella, eso servirá para que poco a poco a cualquier presa le vaya quedando claro que de mí tienen que pasar igual que hacen con ella y otras muchas.

—¿Cómo se ganó Jordan el respeto de todas las presas? —le pregunto intrigada—o la Lola. ¿Qué es lo que las convierte en líderes e intocables?

—No conozco el caso de Lola, pero sé que Jordan apuñaló con su cepillo de dientes a las dos primeras presas que trataron de

tocarla. Esto es como la jungla, Lara, o cazas o te cazan.

Mi siguiente pregunta iba a ser si fue ella la que se acercó a Jordan o Jordan a ella, pero tendrá que ser en otro momento, porque al parecer, tanto Charo Cedillo como Catalina, son muy eficaces.

—Laboy, ha venido tu abogada a verte—me anuncia otra funcionaria.

Loya me observa perpleja y yo me encojo de hombros como si fuese una mera casualidad.

—Me quedaré un rato por aquí y después iré a la lavandería—dice Nerea cuando le doy un beso en los labios de despedida—te espero allí.

—De acuerdo—le sonrío.

Mientras camino junto a la funcionaria no dejo de pensar en el giro que ha dado mi vida en cuestión de unos días. El tiempo aquí dentro sin duda es mucho más largo que fuera, las mismas horas dan para mucho más y las cosas se viven de un modo más intenso. Entré hace casi una semana y a veces tengo la sensación de que hace meses de aquello, por no hablar de lo que me ha pasado con Loya. Me acerqué a ella en busca de información porque estaba segura de que no era la única implicada en la muerte de mi hermano, entonces la odiaba a muerte, ahora la echo de menos a cada segundo que paso alejada de ella.

El gesto de Catalina se descompone al verme y se pone en pie tan rápido que su silla cae al suelo.

—Madre mía, ¿qué te ha pasado esta vez? —pregunta en cuanto la funcionaria cierra la puerta y nos deja a solas.

—Ah, esto—digo señalando mi cara—tuve otro pequeño conflicto.

—¿Pequeño? ¿Te has visto la cara? Voy a sacarte de aquí ahora mismo—anuncia nerviosa.

—No vas a sacarme. Venga, Catalina, siéntate—le pido haciéndolo yo también—te prometo que estoy bien y que nada como esto volverá a sucederme.

—¿Ahora eres adivina?

—No, pero he comprado protección como te dije, a Loya para ser exactas.

Sus ojos se abren con asombro y se queda con la boca abierta unos segundos.

—Está bien, pero como tu madre se entere.

—Mi madre no se enterará si tú no se lo dices—contesto rotunda.

—Tú no conoces a tu madre, el otro día cuando salí de aquí me estuvo haciendo preguntas durante más de media hora,

imagínate hoy que sabe que encima has sido tú la que me ha pedido que venga.

—¿Sabe que has venido?

—Estaba con ella cuando Charo me ha llamado, pero eso ahora no importa, cuéntame qué hago aquí—exige sin rodeos.

—Tengo algo de información, es muy delicada, Catalina, tanto, que no sé muy bien cómo gestionarla.

Mientras hablo con ella caigo en la cuenta de que no le he preguntado a Nerea por el nombre de su abogado, aunque supongo que no importa, Catalina puede averiguarlo.

—¿Qué tipo de información?

Miro en todas direcciones para asegurarme de que no hay cámaras y bajo mucho la voz por si hay micros. Sé que le dije a Loya que no le contaría nada a Catalina, pero si no lo hago, no puedo ayudarla.

—Creo que Nerea Loya no tiene nada que ver con la muerte de Oliver.

—¿Qué?

Le explico de forma muy breve y resumida el motivo por el que Loya se encontraba en el puerto aquella noche.

—¿Cómo sabes que no miente?

—Simplemente, lo sé, Catalina. Tú no la has visto ni has hablado con ella, esa mujer está hundida y asustada las veinticuatro horas del día porque teme que le pase algo a su hijo.

—¿Te das cuenta de lo que dices? Si esto es cierto, no solo significa que el asesino de tu hermano sigue suelto, también hay una mujer encarcelada injustamente.

—Exacto. Hemos de investigar, Catalina, si descubrimos quién amenaza a Loya, llegaremos también al asesino de Oliver.

—¿Qué pruebas tiene?

—Ninguna, solo su palabra.

—Pues lo tenemos difícil—dice sarcástica.

—Dijiste que conocías a alguien que podía ayudarnos.

—Y es cierto, ayer mismo me reuní con ella y logré que se interesase por el caso. Conociéndola, a estas alturas ya debe haber movido todos los hilos necesarios para que le consigan la copia del informe.

—Eso es genial, hemos de leerlo cuánto antes—digo eufórica.

—Ese informe quizá aporte algo, pero desde luego no pondrá lo que te ha dicho Loya—dice bajando la voz.

—Su abogado, Catalina. El hombre que la representó en el juicio trabaja para ellos, es el mismo que la fue a ver al hospital. Si llegamos a él…

—Tengo su tarjeta en el despacho—dice sorprendida—el muy

gilipollas me la dio cuando terminó el juicio por si quería llamarlo para cenar.

—¿Te pidió una cita? —pregunto sin salir de mi asombro.

—Más o menos, aunque jamás lo llamé.

—Pues hay que investigarlo, pero con mucho cuidado, Catalina. La discreción aquí es una prioridad porque si llamamos la atención podrían ir a por su hijo y eso no me lo perdonaría nunca.

—Parece que crees ciegamente en ella, Carlota—dice entornando los ojos.

—Y lo hago. Sé que no miente, es una intuición o cómo quieras llamarlo.

—Está bien, si quieres que investiguemos a ese abogado sin llamar la atención, la mejor opción vuelve a ser la persona con la que me reuní ayer. Volveré a hablar con ella.

—Gracias, Catalina—digo sinceramente cogiendo su mano—y por favor, esto no se lo comentes a mi madre, que quede entre tú y yo, prefiero no contarle nada hasta no saber algo más definitivo.

—¿Te refieres a algo que podamos demostrar con pruebas y no con la palabra de una mujer condenada por asesinato? —pregunta rodando los ojos.

—Sí, a eso me refiero, y si la conocieras te darías cuenta como yo de que no miente.

—La gente dice lo que sea para sobrevivir o salirse con la suya, Carlota. No la conoces de nada, apenas llevas unos días aquí, no deberías fiarte tan rápido.

—Bueno, tú haz lo que te he pedido, por favor—digo poniéndome en pie.

—Espera, Carlota, siéntate un momento—me pide arrugando la frente.

—Dime.

—Si ella te ha contado su versión y tú la has creído, no tiene sentido que sigas aquí dentro. Te puedo sacar ahora mismo y continuamos la investigación desde fuera. Puedes venir a reunirte con mi contacto y…

—No me voy—afirmo categórica.

—¿Qué?

—Que no me voy de aquí, Catalina. Me conseguiste diez días y voy a agotarlos.

—Eso no tiene sentido, Carlota, este sitio es peligroso, ya lo has visto—dice molesta señalando mi cara—Loya ya no te va a contar nada nuevo, lo sensato es marcharte ahora mismo.

—Me quedan cuatro días con Nerea y pienso aprovecharlos—pienso en voz alta.

Catalina arquea una ceja y se echa hacia atrás, recostándose en el respaldo de la silla y cruzándose de brazos.

—¿Nerea?

—Déjalo, he dicho que no me voy, fin de la discusión.

Catalina se impulsa hacia delante y me coge la mano por encima de la mesa.

—¿Ha pasado algo entre esa chica y tú? ¿Algo que yo deba saber?

Mi plan era no responderle, pero al pensarlo me acaloro y me delata el color rojizo de mis mejillas.

—¡Madre mía! —exclama estupefacta.

—No ha pasado nada—respondo con rapidez.

—Claro que ha pasado, Carlota, te has enamorado de la mujer que asesinó a tu hermano.

—Baja la voz. Ella no lo hizo—protesto sofocada.

—Eso no lo sabes, joder. ¿Se te ha olvidado que confesó el crimen?

—Porque la amenazaron, Catalina, ya te lo he dicho—insisto nerviosa.

—Eso da igual, a ojos de todos ella es culpable. Este plan es un desastre—dice más para ella misma que dirigiéndose a mí.

—No lo es. El plan ha funcionado, he conseguido información y ya tenemos un hilo del que tirar, lo demás es secundario.

—Está bien—se rinde con las manos en alto—tú mandas, pero voy a pedirle a Charo que me informe de todo, y como alguien te mire mal te saco de aquí, y esta vez va en serio, Carlota.

—De acuerdo, y no se lo cuentes a mi madre, por favor—le suplico.

—¿Contarle yo que te has enamorado de Loya? —pregunta susurrando con una sonrisa divertida—no, bonita, eso ya se lo contarás tú cuando salgas.

—Gracias, Catalina—sonrío yo también—ya sé que esto es una locura, pero si te sirve de algo no lo he buscado, créeme, ha pasado sin más.

—Me lo imagino, el amor suele ser así de cabrón. ¿Y ella? ¿Esto es recíproco?

—Eso parece.

—Pues aprovecha el tiempo con Loya, Carlota, porque si lo que dice es verdad, creo que nos va a costar mucho demostrarlo.

—Lo haré.

Me despido de Catalina y corro por el pasillo hasta llegar a la lavandería para ver a Nerea, porque no quiero perderme ni un segundo del tiempo que me queda a su lado.

Capítulo 24, día 6

Nerea Loya

Cuando salimos de la lavandería el ambiente parece cargado. Muchas presas parecen tensas y nerviosas y otras cuchichean mirando por los pasillos como si esperasen algo.

—¿Qué está pasando? —me pregunta Lara con inquietud.

—No lo sé, pero no me gusta—contesto nerviosa—vamos a buscar a Jordan, quizá ella sepa algo.

—De acuerdo.

La cojo de la mano y, contagiadas por el ambiente tan incómodo que se respira, comenzamos a caminar rápido por los pasillos. A la hora que es, es probable que Jordan ya esté en el patio, pero no logro acceder a él porque antes de llegar, salta la alarma de incendios y en cuestión de segundos todo se convierte en un caos.

Muchas reclusas comienzan a gritar asustadas mientras que otras empiezan a correr tirando por el suelo todo lo que encuentran a su paso. Una funcionaria grita desde la parte alta de la galería que nos tranquilicemos, pero nadie le hace caso.

—¡Vamos, corre! —le grito a Laboy tirando de ella.

Comenzamos a correr por el pasillo y salimos a la parte central de la prisión, la que divide un ala de la otra. Desde abajo vemos los pasillos de arriba, sale humo de una de las celdas y mientras las funcionarias tratan de apagarlo, unas presas se les echan encima y logran reducirlas y quitarles las porras y las llaves.

—Joder—dice Laboy asustada.

—Mierda, es un motín—susurro mientras miro a un lado y a otro.

Vuelvo a tirar de Lara en dirección a las escaleras que bajan a la lavandería, la biblioteca y las salas de los talleres interiores.

—¿A dónde vamos? —pregunta asustada.

—A escondernos hasta que logren controlar este desastre.

—¿Aquí hay sitios para esconderse? —se sorprende.

—Solo si sabes buscar, vamos.

Antes de llegar a las escaleras nos cruzamos con un grupo de reclusas que viene gritando y arrollando todo lo que encuentra a

su paso. Nosotras nos pegamos a la pared para evitar el impacto y aun así, acabamos en el suelo cubriéndonos la cabeza hasta que terminan de pasar.

Le pregunto a Lara si está bien, pero no me escucha porque ahora se oyen caer objetos desde los pisos superiores hasta la planta baja.

Nos ponemos en pie algo confusas y volvemos a iniciar la marcha hacia las escaleras, bajándolas de dos en dos cuando llegamos a ellas. Una vez abajo hay más calma, pero no durará mucho, así que cuanto antes nos escondamos, mejor.

—Por aquí—le digo señalando la puerta de la lavandería.

—Espero que no pretendas que nos metamos en una lavadora de esas.

—No.

La puerta, obviamente está cerrada con llave, pero todas las que trabajamos aquí sabemos que está rota por dentro y que con un leve empujón la cerradura cede. Me coloco de lado y le doy un golpe seco con el hombro.

—¡Ala! —exclama Laboy con los ojos abiertos de par en par.

Sonrío divertida por la cara que ha puesto y le doy un beso en la mejilla al mismo tiempo que veo a tres presas cruzar a toda prisa el pasillo y entrar en la biblioteca.

—Vamos.

Cuando abro, el silencio en el interior es absoluto y las luces están apagadas.

—Atranquemos la puerta con algo, nos quedaremos aquí hasta que esto acabe.

Entre las dos, empujamos una de las mesas que utilizamos para doblar la ropa y la colocamos delante de la puerta.

—Esto no las va a detener si deciden entrar—asegura Laboy con la respiración agitada.

—No, solo las entretendrá un poco, pero el ruido nos servirá de aviso para saber que han entrado. Ven, sígueme—le pido tirando de ella otra vez.

Caminamos hasta el fondo de la sala y abro la puerta del lugar donde se guarda la ropa limpia, son varios armarios a un lado y a otro de las paredes que ahora se encuentran cerrados con llave.

—Aquí es donde vienes con Jordan a…, ya sabes—dice en cuanto entramos.

Me giro hacia ella sorprendida.

—Os escuché el otro día.

—Ya. Bueno—contesto algo incómoda—es uno de los pocos sitios donde puedes tener algo de intimidad, pero hay otro mejor

que descubrí por casualidad.

—¿Aquí? —pregunta sorprendida.

—Sí.

Voy hasta el fondo de la habitación, justo donde acaban los armarios y un punto donde desde la entrada parece que no hay nada, sin embargo, hay un pequeño espacio en el que hay una puerta. Es un cuartucho pequeño donde guardan los productos de limpieza que utilizan para limpiar la sala y que salvo que sepas que está aquí, desde la entrada no se ve.

La puerta está abierta igual que la vez que la descubrí, así que enciendo la luz y le muestro el interior a Laboy.

—Aquí estaremos a salvo.

—¿Pretendes que nos encerremos aquí dentro? —pregunta torciendo el gesto.

—Sí, ¿por qué?

—¿No es un poco pequeño?

Miro el cuarto una vez más, evidentemente, es pequeño, pero dos personas caben perfectamente, incluso podríamos colocar bolsas de basura en el suelo y tumbarnos a esperar, porque esto puede ir para largo.

La sirena de la alarma de incendios se detiene por fin, eso significa que, de un modo u otro, alguien lo ha apagado. La falta de ese sonido hace que el que hay fuera se magnifique y escuchemos estruendos y gritos por todas partes. La sala de la lavandería se encuentra justo debajo del comedor, que parece que estén arrollando con una excavadora. Se oyen golpes tremendos de lo que suponemos que son sillas volando y en ese mismo momento también un fuerte golpe en la puerta de la lavandería que nos hace saltar del susto.

—Escucha, Laboy, estas mierdas lo único que traen consigo son problemas y algunos meses extras a la condena. Yo no estoy dispuesta a pasar ni un minuto más de la cuenta alejada de mi hijo, así que vamos a entrar ahí y dejar que esas locas destrocen lo que quieran, ¿queda claro?

Laboy asiente tragando saliva justo en el momento que se va la luz y al cabo de unos segundos se activan las de emergencia.

—Este cuarto también es pequeño—dice asustada pegando la espalda a la pared.

—¿Este? —pregunto sin comprender nada.

—Necesito luz, no me gustan los sitios tan cerrados—suspira agitada.

—No me jodas, Lara, ¿tienes claustrofobia?

—Un poco—contesta cada vez más agobiada.

Descarto de inmediato meternos en el otro cuarto, si en este

ya está así, como nos metamos en ese se desmaya. De todas formas, tampoco creo que tengan mucho interés en destrozar la lavandería, la ropa interior limpia es sagrada para todas.

—Vale, nos quedamos aquí, si quieres abro esta puerta, no creo que entren y si lo hacen se marcharán enseguida.

—¡No! —grita asustándome cuando voy a hacerlo.

—Vale, vale, la puerta cerrada—le digo tratando de calmarla.

—Mejor, estar aquí da miedo, pero lo que pasa ahí fuera me da más.

Veo como le brilla la frente y ella se ahueca la camiseta.

—Dime que hago, Laboy, ¿cómo te calmo?

—Distráeme—me pide frotándose la cara con las manos.

—¿Qué te distraiga?

Joder, yo también me estoy poniendo nerviosa. A mi niño le contaba cuentos cuando estaba inquieto, mi voz tenía un efecto balsámico sobre él y puede que sobre ella también, pero hay tanto escándalo fuera que tendría que estar gritando todo el rato y creo que eso la pondría más nerviosa.

—¿Hay algo que te guste hacer? —pregunto absurdamente.

—¿Aquí?

—Bueno, aquí o dónde sea.

—No lo sé, ahora no puedo pensar—dice cada vez más angustiada.

Igual hubiese sido mejor correr hacia la enfermería, Silvia hubiese echado la llave y estaríamos a salvo. Silvia, al pensar en ella recuerdo lo de las respiraciones, si eso funcionó conmigo debería funcionar también con Laboy.

—Vamos a respirar como ayer…

—¡Yo no quiero respirar! —me corta histérica, solo espero que no lo diga en serio.

Estoy en blanco, no sé qué hacer, así que me acerco a Lara para abrazarla con la esperanza de que eso la relaje, pero cuando me pego a ella, Laboy me mira a los ojos y siento unas ganas irrefrenables de besarla. Y lo hago, me aferro a su cintura con una mano y coloco la otra en su mejilla menos afectada por los golpes.

Aunque al principio el beso es muy torpe porque ella tiembla y respira muy acelerada, poco a poco se va intensificando. Mis manos comienzan a recorrer su cuerpo de forma lenta, pero como si tuviesen vida propia. No soy capaz de contenerme. En cambio, ella, llevada por la tensión y los nervios del momento, es más rápida, tanto, que sus manos se encuentran ahora en mis nalgas y me acaba de apretar contra ella en un gesto desesperado que me ha hecho hervir por debajo del estómago.

—Joder…—exhala ella mirándome con los labios temblando

—esto me gusta.

—¿Esto te gusta? —pregunto sonriendo contra su boca—pues nada, si ya hemos encontrado algo que te distrae, igual no deberíamos parar.

—Estoy de acuerdo.

Laboy comienza una lenta y más controlada exploración dentro de mi boca y, mientras mis manos se pierden por su cuerpo, coloco una pierna entre las suyas, dejando la suya entre las mías justo antes de ejercer presión. Lo que siento es tan intenso que rompo el beso para mirarla y asegurarme de que a ella también le gusta y quiere seguir, porque como comience a frotarme contra ella no podré parar.

—¿Por qué te detienes? —pregunta con voz ronca.

—No sé, quería asegurarme de que tú…

—Joder—me corta—no pares.

Sus manos se posan en mis nalgas y es ella la que con un gesto algo brusco me aprieta contra ella y nos arranca un pequeño gemido a ambas.

El ruido en el exterior no cesa, pero a nosotras nos da igual porque ahora mismo podría arder el mundo y yo seguiría aquí, pegada a ella, disfrutando cada segundo de nuestro primer y extraño encuentro hasta que ninguna de las dos puede más y liberamos toda la tensión de la mejor forma posible.

Después de sonreírnos como dos crías al mirarnos a la cara, nos besamos y nos sentamos en el suelo. Lara es la que apoya la espalda en la pared y yo la que se coloca entre sus piernas, sintiéndome bien por primera vez en mucho tiempo.

—Ha estado bien—reconoce provocando que el aliento de su sonrisa me sople el pelo.

—¿Verdad? —respondo contagiándome de su risa.

Durante algunos segundos nos permitimos el lujo de reír sin parar ante lo curioso del momento que hemos escogido para algo tan íntimo.

—¿A que ahora este cuartucho ya no te parece un lugar tan horrible?

—Para nada, se acaba de convertir en mi sitio preferido de la prisión.

Lara me coge ambas manos y me estruja entre sus brazos tras decir eso, después besa mi hombro y yo apoyo la cabeza en el suyo completamente relajada.

—¿Qué tal con tu abogada? —le pregunto después de unos cuantos minutos de silencio en los que a pesar de lo que se escucha fuera he cerrado los ojos.

—Bien, nos va a ayudar. Le he pedido que sea muy discreta,

te prometo que no has de preocuparte.

—Que no me preocupe estando yo aquí y mi hijo fuera es muy difícil, pero me toca confiar—suspiro.

—Exacto, deja que esta vez alguien cuide también de ti—dice dándome un tierno beso en el cuello.

No es hasta más de dos horas más tarde, cuando los ruidos cesan y por los altavoces se anuncia que las funcionarias han recuperado el control de la prisión y que nadie debe moverse del lugar en el que está porque están revisándolo todo puerta a puerta.

—¿Eso qué significa? —pregunta Laboy.

—Que cuando lleguen aquí no debes hacer ningún movimiento brusco.

—¿Has estado en más motines como este?

—No, pero Jordan sí y alguna vez me ha hablado de ello.

Escuchamos como abren la puerta de la lavandería y nos ponemos en pie de un salto.

—¿Hay alguien aquí? —grita una funcionaria.

—¡Laboy y Loya! —grito.

—Tumbaos en el suelo, vamos a entrar.

—Haz lo que dicen, túmbate y separa los brazos y las piernas en forma de cruz.

Me tumbo en el suelo haciendo lo que he dicho y Lara me imita con gesto incrédulo. Lo de la cruz lo sé porque es lo que piden cuando tienen que intervenir en una pelea, y de esas he visto muchas.

Capítulo 25, día 7

Lara Laboy (Carlota)

—¡Laboy!

Loya y yo nos giramos en mitad del pasillo de camino a la lavandería, es sorprendente lo rápido que todo ha vuelto a la normalidad después del caos que se montó ayer. Veo a Charo Cedillo acercarse hasta nosotras con paso militar y el rostro tan impávido como siempre.

—Tienes visita, tu abogada.

—¿Otra vez? —pienso en voz alta mientras Nerea me hace una mueca y se encoge de hombros.

—Si no llegas a tiempo para la lavandería, nos vemos en el patio.

—Claro.

Le doy un beso en los labios ante la mirada inmutable de la funcionaria y Loya se marcha en una dirección contraria a la mía.

Cuando entro en la sala de visitas me extraño al ver que Charo se queda dentro con nosotras. Catalina se levanta de su silla y mi corazón comienza a latir de un modo extraño e inquietante, como la alerta inminente de que algo malo va a pasar.

—Nos vamos, Carlota.

—¿Quién? ¿Charo y tú? —pregunto dando un paso hacia atrás.

—Sabes que no, nos vamos tú y yo, tu tiempo aquí dentro ha terminado en cuanto has entrado en esta sala.

—Y una mierda—me enfado girándome hacia la puerta, donde encuentro a Charo bloqueándome el paso, irguiendo los hombros hasta parecer un armario.

—No lo compliques, Carlota, sabes que esto iba a pasar.

—¡Pero no hoy! —le grito sin conseguir que mis ojos se encharquen de pura desesperación—todavía me quedan tres días, Catalina, te dije que no saldría de aquí hasta agotarlos.

—Sé lo que dijiste, pero lo que sucedió aquí ayer salió en las noticias y tu madre está muy preocupada—explica tratando de calmarme.

—Pues dile que estoy bien, por favor, ya me estás viendo, no

me ha pasado nada.

—Lo siento, Carlota, ya está hecho. Te vienes conmigo ahora —suelta cortándome la respiración.

—¿Ya está hecho? ¿Cómo que ya está hecho? Yo también puedo decidir, ¿no?

Catalina se acerca y, aunque trato de zafarme, me coge de las manos para impedir que me sigan temblando. Esto no tenía que ser así, me quedan algo más de sesenta horas que tengo que pasar con Nerea.

—Tu madre me ha dado la orden y ya he movido los hilos necesarios.

—¡Pues te rebato esa puta orden, joder! —le grito conteniendo las ganas de llorar.

Catalina suspira y se muerde los labios, noto que empatiza con mi angustia y que se siente mal, pero no puedo evitar berrear para escupir toda mi rabia.

—No puedes, no trabajo para ti, Carlota, me contrató tu madre y me ha dado una orden. No lo hagas más difícil, por favor —me susurra en voz baja detenida frente a mí.

Ya no consigo aguantar más y, aunque me resisto a sollozar, las lágrimas resbalan por mi cara sin control. No me puedo creer que la idea de separarme de Loya me esté afectando tanto.

—Déjame despedirme de ella.

—No puedo, Carlota, ya no puedes entrar.

La miro con el ceño fruncido y hago lo que toda adolescente enrabietada haría, girarme hacia la puerta y tratar de esquivar a Charo para correr por el pasillo en busca de mi chica y poder despedirme de ella. Evidentemente, la funcionaria me bloquea sin mucho esfuerzo y Catalina se acerca corriendo para tirar de mí y llevarme a un rincón.

—Escucha, sé que es una putada hacerte esto ahora, pero puedes venir a verla mañana y explicárselo, lo arreglaré para que te concedan una visita, o un vis a vis, lo que tú quieras.

—¿Un vis a vis? —pregunto tras aclararme un poco la garganta.

Catalina arquea una ceja cuando ve que dejo de llorar.

—Eso he dicho, vis a vis. Dios mío, no me puedo creer que esté negociando contigo para sacarte de una cárcel—reconoce desconcertada.

Suspiro y me pongo las manos en la cabeza juntando los codos delante de mi cara. No es justo salir así, sin darle una explicación. Loya me esperará y cuando vea que no aparezco se preocupará.

—¿No puede entrar Charo? Solo quiero que sepa que estoy

bien y que no ha pasado nada malo—le suplico a Catalina.

—Lo siento, Carlota, pero hemos de irnos ya. Charo ni siquiera trabaja hoy, ha entrado para hacerme el favor y, además, tiene prisa.

—Se enfadará conmigo—susurro rendida mientras seguimos a Charo hacia otra puerta.

—Se le pasará.

Qué fácil es para ella, si supiera lo que es estar ahí dentro teniendo a alguien de quien preocuparte, no hablaría de esta manera. En esa jungla ahora respiras y media hora después puedes haber intentado acabar con todo, o todo contigo.

Pasamos por lo que a mí me parece un procedimiento habitual. Firmo algunos papeles ante otra funcionaria, me entrega mis cosas y salgo a la calle por la puerta principal junto a Catalina, que ya tiene un coche esperando. Nos despedimos de Charo y le doy las gracias por todo a pesar de que estoy de muy mal humor.

—¿Cómo te lo has montado para sacarme sin levantar sospechas? —pregunto intrigada una vez nos montamos en el coche.

—Supuestamente, he encontrado un defecto de forma en tu sentencia y ha quedado anulada—dice encogiendo los hombros mientras escribe a alguien en su móvil. Supongo que a mi madre para decirle que ya estoy fuera.

Conforme nos alejamos de la cárcel, el nudo en mi pecho se va haciendo cada vez más grande. No puedo quitarme a Loya de la cabeza, ahora mismo seguro que ya comienza a inquietarse.

—¿Crees que alguien se lo dirá? Que me he marchado.

—Si da con una funcionaria que lo sepa, sí, no veo motivo para que no le contesten si pregunta.

Eso me alivia un poco, aunque no lo suficiente.

—¿Te puedo preguntar algo, Carlota?

—Dime.

—¿Loya sabe ya quién eres? Me refiero a tu verdadera identidad.

—No. Todo ha pasado muy deprisa, quería contárselo antes de marcharme, pero no me ha dado tiempo—resoplo todavía más angustiada.

Ese es otro tema que me atormenta prácticamente desde el primer día. ¿Cómo se tomará que le haya mentido? ¿Y si me aparta de ella? Suspiro y el aliento se me entrecorta.

—¿Qué te parece si te doy una buena noticia para que lleves el día un poco mejor? —propone Catalina entornando los ojos.

—¿Qué noticia?

—Mi contacto ya se ha hecho con el informe del caso de Oliver.

—¿En serio?

Joder, pues realmente me siento mejor.

—Sí. Todavía lo está estudiando, pero ya me ha avanzado que hay varias cosas interesantes. Ahora iremos a ver a tu madre para que confirme por ella misma que sigues de una pieza y esta noche nos reuniremos con ella para que nos dé detalles.

Casi preferiría que no me lo hubiese contado, alguien puede haber encontrado algo que puede demostrar que Loya no miente y tengo que esperar hasta la noche para saberlo.

Capítulo 26, día 7

Nerea Loya

—¿Dónde está tu encargo? —suelta Jordan apareciendo a mis espaldas mientras estoy preparándome para salir de la lavandería.

—Joder, Jordan, qué susto—me quejo haciéndola reír.

—No deberías distraerte con tanta facilidad, te lo he dicho mil veces—me regaña.

—Sí, que vigile siempre mi espalda.

—Exacto, y tu culo—añade con una palmada en mi nalga.

La miro y arqueo una ceja, sé que ha sido algo amistoso, pero si me ha vendido me ha vendido.

—Vale, qué susceptible estás. Bueno, cuéntame, ¿dónde está Laboy?

—Ha venido su abogada a verla—digo mirando el reloj que cuelga en la parte más alta de la pared para que no haya forma humana de alcanzarlo.

—Esa tía te gusta bastante, ¿verdad? —pregunta sentándose sobre la mesa.

Las demás abandonan la lavandería poco a poco y me siento a su lado. Jordan es un personaje bastante misterioso y hasta diría que un poco bipolar, nunca sabes cómo va a estar de carácter hasta que no te habla, y hoy tiene un día de esos en los que es muy fácil hablar con ella.

—Sí, me gusta mucho—reconozco azorada.

—¿Entonces no te utiliza? —pregunta mirándome de reojo.

—No, no lo hace.

—Pues es genial—dice riendo—todas ganamos, tú y ella disfrutáis y yo cobro por permitirlo.

El comentario es algo desafortunado, pero no me ofende. Jordan es lo que es, pero sé que si lo necesito sacará las uñas por mí.

—Dudo que pueda mantener el pago mucho tiempo—pienso en voz alta—es una pasta.

—Vales ese dinero y más, Loya—dice muy seria—no te menosprecies, pero por ser tú, y por verte sonreír de vez en cuando, puede que le acabe haciendo descuento—suelta bajando de la mesa para desaparecer sin más.

Sonrío negando, cada vez me resulta más indescifrable esa chica.

Vuelvo a mirar el reloj, han pasado tres horas y me sorprende que no haya venido. Quizá la conversación con su abogada no ha ido muy bien y ha preferido escabullirse en su celda alegando que se encuentra mal o alguna excusa parecida.

Salto de la mesa yo también y voy directa hasta su celda. Está vacía, Laboy no está y tampoco Manuela para que pueda preguntarle, lo que me provoca una pequeña desazón e inquietud, ¿y si le ha pasado algo cuando estaba de camino? Trato de sacarme ese pensamiento de la cabeza, a estas alturas aquí ya deben saber todas que está con una de las chicas de Jordan.

Salgo al patio y no tardo en dar con Manuela.

—¿Has visto a Laboy? —pregunto cegada por el sol.

—No, la última vez que la he visto ha sido esta mañana cuando me habéis despertado.

—No te ha costado seguir durmiendo, roncabas como una cerda—contesto con los ojos en blanco.

—Solo lo fingía.

—No mientas—se ríe Aurora—se te oye desde el pasillo.

Todas rompen a reír a carcajadas, pero yo permanezco seria ante Manuela tratando de encontrar en mi cabeza un lugar al que Lara haya podido ir.

—Me estás preocupando, Loya. ¿Desde cuándo no la ves? —pregunta su compañera de celda poniéndose seria.

—Desde esta mañana, vino a visitarla su abogada a primera hora y ya no he vuelto a verla.

—Eso es mucho tiempo, ¿has ido a la celda?

—Sí, no está. Tampoco en la lavandería, voy a ir al jardín, aunque espero que no sea tan estúpida de estar allí—refunfuño yo sola dándole la espalda al grupo de amigas.

—Dime algo si la encuentras, Loya. Esa niña es un jodido imán para los problemas.

Levanto el brazo y el pulgar para que entienda que lo haré y ni siquiera me giro. De hecho, acelero el paso y al final acabo corriendo hasta el jardín imaginándome lo peor. Que haya ido a buscarme allí y se haya encontrado con la zorra de Lidia.

Llego jadeando y suspiro de alivio al ver que no están ni ella ni Lidia, pero sí que me encuentro a mi compañera de celda, Flores, a quién parece que le toca hacer la ronda de vigilancia para proteger su alijo de mierda.

—¿Has visto a Laboy? —pregunto secamente.

—No, por aquí no ha venido.

Cojo mucho aire por la nariz y lo expulso lentamente por la

boca como me dijo Silvia, estoy comenzando a ponerme muy nerviosa.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta Flores.

La ignoro y sigo haciendo respiraciones a la vez que pienso en algún sitio en el que se pueda haber metido. ¿Y si se ha vuelto a marear y ha ido a la enfermería?

—¿Hasta cuándo vas a seguir sin hablarme?

La pregunta de Flores me coge algo desprevenida y en un momento que no es nada oportuno, pero me giro hacia ella y le dedico una mirada furiosa.

—Estaré sin hablarte el tiempo que me quede aquí.

—Vamos, Loya—se queja metiéndose las manos en los bolsillos como si quisiese hacerse pequeña—siempre nos hemos llevado bien.

—Cierto, hasta que le diste una paliza a Laboy en los lavabos.

—Yo no le hice nada—se defiende absurdamente.

—No, tú solo la sujetaste para que se lo hiciesen otras.

—¿Y qué podía hacer? —se lamenta—ellas son mi familia aquí dentro, Loya, sabes muy bien cómo funciona esto.

—Podrías haber intervenido a su favor, Laboy no había hecho nada la tarde que Lidia la atacó, solo acercarse a esos putos rosales porque ahora forma parte del taller.

—Te creo.

—¿Me crees? —sonrío irónica—¿y eso tiene que hacer que me sienta mejor?

—No. Supongo que no.

Flores se acerca a mí cabizbaja y se para justo delante.

—Intenté que no le hicieran nada, te lo prometo—asegura—Laboy me cae bien, aunque la muy zorra me rechazó y no estoy tan mal, ¿no? —bromea señalando su cuerpo.

Cabeceo negando y me aguanto las ganas de reírle el comentario. Flores es esto, una chica jovial y divertida que pasa los días aquí tratando de animar a todo el mundo, cosa que nadie hace con ella. Ni siquiera yo.

—¿Intentaste liarte con ella? —pregunto un poco celosa.

—Bueno, más o menos, le ofrecí lo mismo que tú, pero gratis. En fin, ese no es el tema, Loya, toda esta mierda es culpa de Lidia, que quiere escalar posiciones—explica bajando la voz mientras mira en todas direcciones.

—¿Escalar?

—Sí. A la Lola le han diagnosticado un tumor bastante chungo y le van a conceder una especie de indulto para que pase sus últimos meses en su casa—asegura apenada dejándome perpleja.

—Lo siento, sé que la aprecias mucho.

—Gracias. Lidia quiere ocupar su lugar aquí e intenta ganar puntos inventándose mierdas, por eso acusó a Laboy, para dejarle claro a la Lola que ella es la indicada para proteger el negocio. Quizá no me creas, Loya, pero me alegré mucho cuando Jordan y tú irrumpisteis en el baño y aseguró que era una de las suyas. Lidia la tiene tomada con ella y creo que no hubiese parado.

—No entiendo nada, ¿por qué la ha tomado con ella? Sabe que no hizo nada, eso solo está en su puta cabeza—me quejo resoplando.

—Creo que tú tienes algo que ver.

—¿Yo? —pregunto estupefacta.

—Sí. A Lidia le gustas, le has gustado desde el primer día y te aseguro que si hubiese tenido pasta, hubiese pagado por ti hace tiempo. Verte con Laboy no le ha hecho ninguna gracia.

Quiero contestarle algo, pero estoy tan sorprendida por lo que acaba de contarme que no logro salir de mi asombro.

—Me gustaría que todo volviese a ser como antes entre tú y yo, Loya. Eres mi compañera de celda, pasamos muchas horas juntas, ya sabes—se encoge de hombros.

—Estamos bien, Flores. Olvídalo todo.

—¿Segura? —pregunta con una amplia sonrisa.

—Segura.

Flores me abraza estrujándome con fuerza y se lo devuelvo. Siempre me ha caído bien, es de las personas más leales que hay por aquí, de hecho, salvo Lidia y alguna más, todas las gitanas me parecen buena gente. Todas sobrevivimos aquí dentro como podemos, ellas venden droga, Jordan protección e incluso sexo, y yo permito que me vendan, así que tampoco soy muy diferente.

—Tengo que irme, Flores, no encuentro a Laboy por ningún sitio y me estoy preocupando.

—Claro, si la veo le diré que la buscas.

—Gracias.

—Loya—me llama cuando ya llevo unos cuántos pasos.

—Dime.

—No le comentes a nadie lo que te he contado. Por favor.

—Tranquila.

De nuevo vuelvo a correr hasta que llego a los pasillos y una funcionaria me llama la atención para que deje de hacerlo. Camino lo más rápido que puedo hasta la enfermería y me alegro de que no haya nadie custodiando la puerta, eso significa que Silvia está libre, así que llamo y entro cuando me da paso.

—Loya—se sorprende—¿qué haces aquí? ¿Te encuentras mal?

—No, pero pronto lo haré. Laboy no está aquí, ¿verdad? —

pregunto bastante agobiada.

—No, pero pasa, siéntate y me cuentas lo que sucede.

Silvia cierra la puerta y yo me dejo caer en la silla con cansancio, en realidad no hay mucho que contar.

—No encuentro a Laboy por ningún sitio, creo que le ha pasado algo.

—No digas tonterías, ¿cuánto hace que no la ves?

—Cuatro horas, acudió a la visita de su abogada y no he vuelto a verla.

—¿Has mirado en su celda? —pregunta frunciendo el ceño.

—En todas partes, también le he preguntado a su compañera, nadie la ha visto, Silvia.

Echo la silla hacia atrás y apoyo los codos en las rodillas bajando la cabeza. No sé qué más puedo hacer y la angustia me está devorando.

—Seguro que le ha pasado algo—digo alzando la cabeza con los ojos encharcados—ya has visto como es, no sabe pasar un día sin meterse en algún lío. Joder, ¿y si la han llevado a aislamiento?

—Si fuese así, yo lo sabría. Tranquilízate, Loya.

—No puedo—digo poniéndome en pie para caminar de un lado a otro sin lograr que se me ocurra nada.

Silvia se pone en pie y pasa a mi lado de la mesa, apoyando el culo en ella mientras me pide con una seña que me siente.

—Estoy bien en pie.

—Siéntate y haré un par de llamadas. Sería raro, pero la visita con su abogada puede haberse alargado porque tengan que discutir algún tema sobre su defensa.

—¿Durante cuatro horas? —pregunto alzando una ceja.

—¿Te sientas y lo averiguo?

Vuelvo a expulsar aire lentamente y accedo a sentarme frente a ella. Silvia descuelga el teléfono y marca una extensión. No tardan nada en contestarle ni ella en preguntar si alguien puede decirle dónde está Laboy.

—Ayer se hizo una herida muy fea que quiero revisar—miente dedicándome una mirada de ojos achinados—sí, espero.

—Gracias—le susurro.

Silvia me guiña un ojo y escucha con atención lo que quién sea que hay al otro lado de la línea le está explicando. Conforme pasan los segundos su gesto se contrae y pasa de un estado simpático que mostraba conmigo, a uno muy serio mientras clava la mirada en mis pantalones.

—¿Segura? No entiendo nada, ¿eso puede pasar así de rápido?... Entiendo, está bien. Gracias—dice por fin colgando el teléfono.

—¿Qué pasa?

Silvia me clava su mirada y carraspea, lo que me pone más nerviosa todavía y me levanto de un salto.

—¿Le ha pasado algo? —pregunto con el pulso disparado.

—No, nada malo, Loya.

—¿Entonces?

—Ha salido—explica sin poder esconder su sorpresa.

—¿Qué ha salido? ¿Cómo que ha salido?

—Al parecer su abogada ha conseguido anular la sentencia y la han dejado en libertad esta misma mañana.

Doy un paso atrás y mi espalda choca contra la pared. Trato de procesar lo que me acaba de decir, pero no encuentro el modo de encajarlo. Debería alegrarme por ella, en cambio, solo siento rabia y ganas de llorar. Mi pulso se dispara, mi respiración vuelve a agitarse y vuelvo a entrar en un estado ansioso como el de la otra tarde, solo que esta vez me mantengo en pie.

Silvia se detiene frente a mí, coge mi cara entre sus manos y me insiste en que la mire hasta que por fin lo hago.

—Inspira, espira, inspira, espira—me pide calmada.

Trato de centrarme en ella y, sin apartar mi mirada de sus ojos, voy repitiendo lo que dice hasta que mi respiración comienza a normalizarse.

—Se ha ido—digo en voz alta.

—Sí, cariño. Alégrate por ella.

—No puedo—me lamento con las manos temblando—me había acostumbrado a ella, Silvia, con ella era más fácil y ya no está.

Empiezo a llorar de rabia, impotencia y dolor, sobre todo de lo último, porque se ha marchado sin molestarse siquiera en despedirse.

—No me ha dicho nada. No se ha despedido, ni siquiera un mensaje.

Dejo de llorar de pronto, el dolor se acaba de transformar en ira.

—He sido un entretenimiento para ella—digo apartando a la doctora, necesito espacio.

—No digas eso, Loya. Os vi la otra tarde y te aseguro que no te miraba como a un entretenimiento.

—Porque pagó por mí, era su juguete.

—¿Qué? —pregunta descolocada.

La ignoro. Sigo divagando y diciendo cosas que solo yo entiendo, me siento traicionada.

—Le conté cosas, Silvia—digo tras hacer un par de respiraciones—me abrí a ella y se ha largado.

—No sabes las circunstancias, Loya, no saques las cosas de quicio. Estoy segura de que vendrá a verte y te dará una explicación.

—¿Tú crees? —cuestiono incrédula.

—Claro, ya lo verás. Ahora deja de pensar y vamos a dar una vuelta por el patio, te vendrá bien que te dé el aire.

Trago saliva y me centro en ella mientras pueda estar conmigo, porque lo que realmente me aterra es la idea de quedarme a solas y echar de menos a Laboy de forma constante.

Capítulo 27, día 7

Carlota

—Tu padre no puede verte hasta que todos esos cardenales hayan desaparecido por completo—dice mi madre, que todavía tiene cara de susto a pesar de que llevamos dos horas en mi casa tratando de convencerla de que estoy bien.

—No me verá, dile que voy a alargar un poco las vacaciones y ya está, en una semana como mucho podré disimularlo con maquillaje. Deja de preocuparte.

—¿Cómo voy a dejar de preocuparme? Eres una descerebrada, y tú, me prometiste que estaría a salvo—protesta señalando a Catalina.

—Solo fue un encuentro desafortunado, mamá, y Catalina no ha tenido la culpa, yo le insistí para quedarme dentro.

—Pero pago yo y se tiene que hacer lo que yo digo, no lo que dices tú.

Cuando se pone así es mejor dejarla hasta que se le pasa porque no hay forma humana de que entre en razón. Catalina me hace un gesto señalándose el reloj, hemos quedado en media hora con su amiga misteriosa y no quiero que se presente aquí y encuentre a mi madre. Debo inventarme alguna excusa, sigo manteniendo mi decisión de no contarle nada hasta confirmar nuestras sospechas, la pobre ha sufrido mucho y ahora encima se culpa de mi aspecto, como si ella me hubiese puesto una pistola para que me encerrase en la cárcel.

—Mamá, he quedado con unas amigas para salir un poco y despejarme. ¿Te llevo a casa?

—No hace falta, hija. Iré dando un paseo, a mí también me irá bien que me dé un poco el aire.

Asiento conforme porque la casa de mis padres está a quince minutos a pie de la mía y ya ha hecho este trayecto a pie muchas veces.

—Yo también me marcho enseguida, pero antes, ¿puedo usar tu baño? —disimula Catalina.

—Claro.

Acompaño a mi madre a la puerta de la calle atravesando el jardín y me quedo mirando hasta que dobla la esquina, después

vuelvo al interior y la abogada se asoma por la puerta del baño.

—¿Ya se ha marchado?

—Sí, perdona que te acuse por mi culpa.

—No pasa nada, ojalá las peores situaciones con las que tenga que lidiar, sean las de madres que me gritan porque se preocupan por sus hijas.

—¿Quieres beber algo que no sea agua? —pregunto mirando la jarra de la que hemos bebido mientras estaba mi madre.

—Si tienes cerveza te lo agradecería.

Yo también lo agradezco, me apetece tomarme una, pero no me gusta beber sola.

—¿Quién es tu contacto? ¿De qué la conoces?

—Trabajó de fiscal durante un par de años. La primera vez que me tocó enfrentarme a ella me comió viva literalmente, y la segunda también—reconoce haciéndome reír.

—¿Ya no es fiscal?

—Pidió una excedencia cuando nació su segundo hijo, no quería perderse sus primeras palabras como le pasó con la primera. Ahora está lista para volver, se incorpora en un par de semanas y lleva demasiado tiempo aburrida, si hay caso, se dejará la piel para encontrar la verdad.

—Pero una fiscal es la acusación, eso va en contra de los intereses de Loya.

—Una fiscal es abogada ante todo.

—Ya. Pero hablamos de que si Loya no miente, el estado no quedaría en buen lugar y la fiscalía tampoco.

—No veo el motivo. Si no recuerdo mal, Loya confesó el crimen desde el principio y prácticamente pasó de la detención policial a la prisión.

—Sí, me sorprendí mucho porque pensé que sería como esos juicios de la tele que se alargan durante meses, pero en apenas unos días estaba todo resuelto. Loya en la cárcel, el caso cerrado y mi hermano en una urna.

—Cuando hay un autor confeso todo se agiliza muchísimo, y si encima hay influencias por el medio, más. Confía en ella, Carlota, es la mujer más terca que conozco y tiene mejores contactos que yo. Tiene buena relación con abogados, jueces y la policía, y lo más importante, su mujer es inspectora y si le tiene que echar una mano, no dudes de que lo va a hacer. Es nuestra mejor opción.

—Pero dices que no está oficialmente activa.

—Le quedan unos días, pero eso no es un problema, como abogada seré yo quien represente a Loya en caso de ser necesario. Confía en mí, Carlota, si alguien puede descubrir algo, esa es

Irene Navarro.

Voy a decirle que si ella confía yo también, pero el timbre suena y Catalina se pone en pie para acompañarme a abrirle. Después de las presentaciones y de ofrecerle también una cerveza a Irene que acepta con gusto, nos sentamos las tres alrededor de la mesa y la fiscal deja una carpeta sobre la mesa.

—¿Lo has podido leer todo ya? —le pregunta Catalina.

—Hasta cinco veces—contesta dejándome atónita—¿sabes por qué? Porque es una basura de informe.

Irene abre la carpeta y la arrastra por la mesa hasta Catalina.

—Meli y yo lo hemos revisado y, sinceramente, no entiendo cómo se aceptó la declaración de Nerea Loya como confesión.

—¿Por qué? —pregunto nerviosa.

—Porque hay demasiadas cosas que no se tuvieron en cuenta. No se puede aceptar una confesión tan rápida así a la ligera, y menos de una mujer que había recibido una paliza de muerte a manos de alguien que quería forzarla.

—¿Entonces lo que Loya cuenta puede ser verdad?

—Por supuesto. Aquí hay una declaración en la que tú le dices al inspector encargado del caso que tu hermano no puede haber hecho algo así porque es gay. Creo que es un dato relevante, Meli dice que lo lógico hubiese sido cuestionarse qué motivo podía llevar a un hombre gay a tratar de forzar a una mujer. Además, tampoco se comprobó si realmente los dos estuvieron en el bar del que habló Loya en su declaración. No se buscaron testigos, no se habló con nadie del entorno de ella. Joder, como fiscal, no se me hubiese ocurrido acusar a nadie con una mierda como esta—dice cabreada.

La miro perpleja y a la vez feliz de que Catalina la haya elegido, esta mujer no se anda con rodeos y parece tan indignada por ver un trabajo tan chapucero, que creo que se dejará la piel para que nada como esto vuelva a suceder.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto alternando la mirada entre las dos.

—Sin hacer ruido, poco podemos hacer—contesta la fiscal.

—Hemos de ser discretas, esa gente tiene amenazado al hijo de Loya.

—Ya lo sé, pero es muy difícil ayudarla sin levantar sospechas, Carlota. Para descubrir que pasó en realidad, tenemos que hacer preguntas que van a incomodar a más de uno, y eso llegará muy rápido a oídos de esa gente.

—¿Entonces ya está? ¿Dejamos que Loya se pudra en la cárcel mientras el asesino de mi hermano sigue suelto? —me levanto indignada.

—Algo se nos ocurrirá, Carlota, para eso nos hemos reunido— trata de calmarme Catalina.

—Ya se me ha ocurrido—dice Irene captando mi atención— pero necesitamos la aprobación de Loya.

—¿Para qué? —pregunto intrigada.

—Para llevarnos a su hijo y a su madre y ponerlos bajo vigilancia hasta que esto se resuelva. Sin ellos por el medio, podemos hacer todo el ruido que queramos.

—El plan me gusta, pero entonces podrían ir a por Loya en la cárcel—digo preocupada.

—También lo he pensado. Podemos ponerle protección, no será la primera vez que infiltramos agentes para custodiar a presos dispuestos a delatar a alguien. Mi mujer ha investigado un poco al abogado que trata con Loya, creemos que es solo un pelele, un peón que hace de enlace, nada más.

—¿No es peligroso?

—No mientras su cuenta engorde cada mes como lleva haciendo los últimos dos años.

—¿Le habéis intervenido las cuentas? —pregunta Catalina perpleja.

—No—se ríe Irene con malicia—sabes que no podemos hacer eso estando el caso cerrado, solo hemos echado un vistazo en nuestros ratos libres.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos exactamente? —le pregunto un poco perdida.

—Mucho ruido, Carlota—contesta la fiscal—con lo que hay en esta carpeta no nos tendría que costar mucho que se reabra el caso, pero lamentablemente, esto no es un caso cualquiera porque tu padre llenó muchos bolsillos para que se resolviese rápido por lo que Catalina me ha contado. Eso convierte a cada persona que aceptó ese dinero en alguien corrupto, incluido él, caerá mucha gente si destapamos esto y harán todo lo posible para impedirlo.

Sorprendentemente, las implicaciones que esto pueda tener para mi padre, no me preocupan tanto como Loya. Él eligió tapar la vergüenza que le producía la homosexualidad de mi hermano con dinero y Nerea está pagando un precio muy alto por eso. Me pregunto qué cara se le quedará cuando se entere de que su hija se ha enamorado de una mujer, ¿tratará de sobornar a Nerea para alejarla de mí?

—Loya no va a salir nunca de la cárcel—me lamento agobiada.

—Por supuesto que va a salir—asegura la fiscal, que cada vez que habla me desconcierta más—hay algo que no os he comentado todavía—dice buscando entre los papeles del informe

hasta dar con los que busca y exponerlos sobre la mesa.

—¿Qué es? —pregunto cuándo Catalina los coge y empieza a leer.

—La autopsia de tu hermano.

—¿Y qué le pasa?

—Que faltan datos—contesta Catalina sin dejar de ojear el documento—muchos datos, joder, ¿faltan hojas? —le pregunta a Irene.

—Está claro que sí. No solo no se investigó ni se tuvieron en cuenta detalles que ponían en duda la veracidad de lo que contaba Loya, también se omitieron datos de la autopsia que pueden ser muy relevantes. Ahí no se menciona el número de puñaladas ni cuál de ellas fue la que le causó la muerte, tampoco se habla del tipo de orificio, ni el ángulo ni la fuerza usadas.

—¿Y ahora, qué? Decidme que tenemos un puto plan, joder—me desespero.

—Por supuesto. Tú irás mañana a ver a Loya y no saldrás de allí sin que te firme este documento, donde te autoriza a nivel personal, porque no tenemos nada que justifique que la policía proteja a su familia, para que les asignemos protección.

—¿Y cómo lo haremos?

—Contratando seguridad privada y llevándolos a un lugar seguro.

—Tengo una casa que heredé directamente de mi abuela a más de doscientos kilómetros de aquí, está en un pequeño pueblo de montaña, nadie los buscará allí. Y la seguridad privada no es un problema, yo correré con los gastos—afirmo decidida.

—Bien, pues resuelto esto, tú, Catalina, acompañarás a mi mujer mañana por la noche a ese bar donde Loya asegura que conoció a Oliver. Le mostraréis la foto de ambos a todos los camareros y clientes habituales, bueno, que te voy a explicar, Meli ya te dará instrucciones.

—De acuerdo, ¿qué vas a hacer tú?

—En cuanto me confirmes que Loya ha firmado y ponga bajo custodia a su familia, le haré una visita a ese abogado para ver si me quiere explicar amablemente lo que sucedió aquella noche.

—Puede ser peligroso, Irene—la advierte Catalina.

—No te preocupes, nadie con dos dedos de frente iría contra una fiscal porque se les echarían encima, además, no iré sola, me acompañará el ex de Meli, también es policía y es de fiar.

Casi que prefiero no preguntar por qué se lleva bien con el ex de su mujer. A mí lo que me interesa es que se exponga la verdad y Nerea salga cuanto antes de la cárcel, e Irene, además de tener un plan, parece que también tiene las cosas muy claras y

respuestas para todas mis preguntas, es justo lo que necesita Loya.

Capítulo 28, día 8

Nerea Loya

No he podido dormir prácticamente en toda la noche. La echo de menos y a la vez estoy enfadada con ella. La incertidumbre no es buena compañera cuando dispones de tantas horas para pensar, y eso me hace dudar de todo. ¿Sabía Lara que iba a salir y no se atrevió a decírmelo? El día antes su abogada ya había venido, tal vez no solo hablaron de mi caso. Aunque lo que más me inquieta es que le confesé mi situación, y ahora está en la calle con una información que le puede costar la vida a mi hijo. Soy la madre más estúpida del mundo y también una irresponsable, no debí fiarme de ella, mi obligación era mantener silencio, eso es lo único que puede mantener a salvo a David.

—Id recogiendo—dice la funcionaria que hace rondas cerca de la lavandería.

Miro el reloj y veo sorprendida que ya es la hora. Quizá tenga algo bueno el hecho de tener la cabeza a punto de explotarme, el tiempo doblando ropa se me ha pasado volando. Cuando salgo decido que no tengo ganas de ir al patio y mezclarme con la gente, me apetece estar sola, así que me dirijo hacia mi celda y de camino a ella me intercepta otra funcionaria, la misma que vino a buscar a Lara ayer.

—Tienes visita, Loya.

—¿Quién? —pregunto con el corazón desbocado.

—Laboy.

—No quiero verla.

Cedillo me mira casi tan sorprendida como yo por lo que acabo de decir. ¿Por qué he dicho eso? Supongo que por rabia, pero en el fondo, lo estoy deseando.

—¿Estás segura?

—No.

La funcionaria arquea una ceja y suspira.

—Sí que quiero.

—Pues sígueme y deja de marearme.

El trayecto, a pesar de ser corto se me hace interminable. Cada paso que doy me acerca más a Lara y parece que nunca van a terminarse. Por fin llegamos, pero la funcionaria pasa de largo

la sala de visitas y se detiene frente a otra puerta antes de que pueda preguntar qué pasa. Cuando la abre, veo que al otro lado hay una sala con dos puertas numeradas.

—En la sala dos—indica Cedillo.

—¿Qué?

—Es un vis a vis, Loya—me aclara dejándome perpleja—tenéis una hora y el tiempo empieza a correr ya.

La miro algo sofocada y me dirijo hacia la puerta con el número dos. La mano me tiembla cuando la abro, y mi corazón hace lo mismo cuando entro y encuentro a Laboy sentada a los pies de una cama jugueteando con sus dedos en gesto claramente nervioso.

Alza la mirada y cuando me ve se pone de pie de inmediato. Yo cierro la puerta y me quedo paralizada en el sitio sin saber muy bien qué hacer, llevo algo más de un año aquí y jamás había visto estas habitaciones.

—Perdona si te incomoda esto—habla Lara acercándose a mí—quería que tuviésemos intimidad, necesito hablar contigo y explicarte algunas cosas.

—Vaya, qué decepción—ironizo enfadada—y yo que pensaba que venías a cobrarte lo que pagaste por mí.

Tengo el corazón a punto de saltarme por la boca, no sé por qué me comporto así ni el motivo por el que me siento tan molesta. ¿Será por el mal rato que pasé hasta que descubrí que había salido?

—No digas eso, joder.

Laboy se detiene muy cerca de mí y ese agradable cosquilleo que me produce su cercanía vuelve a sacudir mi cuerpo y a desconcentrarme por completo. Coloca una mano en mi mejilla y me besa en los labios con calidez, lo que me hace suspirar, cerrar los ojos y devolverle el beso.

—Sabes que estoy loca por ti, Loya, no vuelvas a sacar el tema del puto dinero, por favor—suplica molesta.

—De acuerdo.

Nos separamos y la situación se vuelve algo tensa, hasta que Laboy señala la cama y me pide que nos sentemos en ella para hablar.

—Creo que prefiero estar de pie—digo nerviosa.

—Vale, como quieras.

—¿Desde cuándo sabías que ibas a salir? —suelto sin poder disimular mi enfado.

Laboy está a punto de soltar una respuesta rápida, pero después titubea unos segundos y eso me hace pensar que está elaborando una excusa, lo que me descoloca y me molesta todavía

más.

—No lo sabía, quiero decir, que no sabía que iba a salir ayer. Fue inesperado y no sabes cuánto me dolió no poder avisarte.

Su respuesta ha sonado tan sincera que me siento mal. Debería alegrarme por ella, haber cruzado esa puerta loca de alegría porque haya podido abandonar este infierno, pero no me siento así porque la idea de no verla a diario me ahoga y eso me hace sentir rabia, porque otra vez me lo están arrebatando todo.

—Ya, pues hubiese sido un detalle, me habrías ahorrado la agonía de pensar que te había pasado algo.

—Lo siento.

—No lo sientas, ya está hecho—digo cruzándome de brazos a la defensiva.

—Pero no es excusa, te prometo que intenté que me dejasen entrar para avisarte, pero fue imposible.

Tengo sentimientos contradictorios, por un lado, sigo enfadada y por otro no puedo dejar de pensar en aprovechar este momento y llevarla a esa cama que parece que me pida a gritos que deje de dudar.

—¿Y qué es lo que te ha sacado de aquí? Silvia me dijo que tu abogada consiguió anular la sentencia.

Mi voz suena más seca y cortante de lo que me gustaría, pero no logro calmarme y ponerme un poco en su lugar.

—Siéntate, Nerea, por favor. Tengo que contarte algo importante, es posible que te enfades, pero te prometo que cada cosa que te he dicho y ha pasado entre nosotras ha sido sincera por mi parte.

Ahora sí que me estoy poniendo nerviosa de verdad, ¿se habrá ido de la lengua? ¿David está en peligro porque yo no supe mantener la bocaza cerrada?

—¿Qué has hecho? —pregunto agitada, conteniendo las inexplicables ganas que tengo de besarla en un momento tan tenso como este.

Laboy parece adivinar lo que siento y en un movimiento rápido, reduce la distancia entre nosotras y trata de besarme, pero como parece que mi cuerpo y mi mente ahora mismo no están compenetrados, aparto la cara en el último momento y le pongo la mano en el pecho.

—Habla, Lara, ¿qué coño has hecho?

—Prométeme que me vas a escuchar sin interrumpirme.

—No voy a prometerte nada—digo cada vez más agitada.

—Está bien.

Lara se sienta a los pies de la cama y me señala un sitio a su lado, no me apetece sentarme, pero parece que ella no piensa

hablar si no lo hago, así que la imito y me siento sobre mi pierna izquierda mirando hacia ella.

—No me llamo Lara Laboy—confiesa tras expulsar una gran cantidad de aire.

—¿Qué estás diciendo?

—Muchas cosas de las que te he contado no son ciertas, Nerea, pero no porque pretendiese mentirte, o tal vez en un principio sí.

Se rasca el pelo claramente nerviosa mientras yo la miro conteniendo el aliento. ¿Qué demonios pasa? ¿Es una broma?

—Me llamo Carlota Márquez, soy la hermana pequeña de Oliver, el chico al que supuestamente mataste.

Las lágrimas comienzan a resbalar por mi rostro en silencio mientras yo permanezco totalmente inmóvil mirándola a los ojos, que también se le han encharcado. De repente se mueve y avanza un poco hacia mi dirección y es entonces cuando mi cuerpo reacciona y me pongo en pie de un salto. Las manos me tiemblan y el corazón me late desbocado, apenas puedo pensar con normalidad, y mucho menos procesar lo que está diciendo.

—No me toques—le pido llorando.

Lara o Carlota, se pone en pie, y cuando le vuelvo a pedir que se aparte de mí, hace justo lo contrario. Se acerca lentamente y yo lloro con más fuerza porque a pesar de lo que me está contando lo único que me apetece es que me abrace.

Me sorbo los mocos y trago saliva sin dejar de mirarla. Me siento dolida, engañada, traicionada y cualquier cosa que se le parezca, pero ni con todo eso consigo que se me pasen las ganas de besarla.

—Tú escúchame—me pide susurrando.

Coge mis dos manos con las suyas y sus lágrimas caen sobre las mías. Miro hacia abajo y vuelvo a tragar saliva, y ella aprovecha ese momento para pegarme a su cuerpo en el abrazo más sincero que me han dado nunca. Mi cara se hunde en el hueco entre su hombro y su cabeza y Carlota me da un beso en la mejilla antes de comenzar a susurrarme mientras yo permanezco entre sus brazos completamente inmóvil.

—Mi madre y yo sospechábamos que había algo raro en todo lo que sucedió aquella noche. Estábamos convencidas de que era imposible que lo hubieses hecho sola, y pensar que alguien que tenía que ver con la muerte de Oli siguiese libre, era algo que no nos dejaba dormir. Ya te dije que mi familia tiene dinero, así que a escondidas de mi padre porque jamás lo hubiese aprobado, movimos algunos hilos y dimos con alguien que tenía los contactos necesarios para meterme aquí unos días.

—Para espiarme—sollozo sin moverme—te acercaste a mí para espiarme.

La rabia me sacude en ese momento y la aparto de un empujón.

—¡Me fie de ti! —le grito—¡te confié la vida de mi hijo y tú me lo has pagado con mentiras! Dime una cosa, Carlota o como coño te llames, ¿cuándo te corriste también fingías?

Voy dando pasos hacia atrás hasta que mi espalda se topa con la pared. Ella no da ni un paso, permanece a cierta distancia tratando de liberar sus ojos de tanta lágrima.

—Te he dicho que muchas cosas de las que te he contado no son ciertas, pero todo lo que siento por ti, sí—dice con rabia como si la ofendida fuese ella—cada beso que te he dado, cada mirada, cada sonrisa o cada gesto, Loya, todo ha sido sincero. Sé que lo que te cuento te está doliendo y que te sientes traicionada, pero no eres la única que lo ha pasado mal aquí. Creo que comencé a sentir cosas por ti la primera vez que hablamos, ¿sabes cómo me sentí al darme cuenta de que me estaba enamorando de la mujer que había asesinado a mi hermano?

Trago saliva e intento calmar mi respiración mientras la observo temblar roja de impotencia.

—En eso no he mentido nunca, Nerea—asegura rota en llanto —te quiero, y ya está, no puedo decirte mucho más.

Me sorbo los mocos y miro al techo mientras cojo mucho aire, cuando bajo la mirada, Carlota está avanzando en mi dirección con decisión.

—Mírame a los ojos—exige a pocos centímetros de mí.

—Apártate, Carlota, ni siquiera puedo decir tu nombre sin que me suene raro. Para mí eras Laboy.

—Y lo sigo siendo, Carlota Márquez y Lara Laboy son la misma persona, nunca me he comportado diferente por ese hecho. Llámame Laboy si te sientes más cómoda, para mí es algo nuestro, algo que cree para llegar hasta ti y gracias a lo cual he conocido a la mujer más maravillosa y valiente del mundo.

Cabeceo y sonrío ligeramente a la vez, no es precisamente valiente como me siento.

—Mírame, Nerea.

Carlota coloca sus manos en mis mejillas y me fuerza un poco a mantenerle la mirada. Yo agarro sus dos muñecas con fuerza y me mantengo en tensión mientras me pregunto si realmente quiero apartarla de mí.

—Sé que en el fondo sabes que no te estoy mintiendo, y también que puedes comprender el motivo por el que hice lo que hice, ¿no hubieses hecho tú lo mismo por tu hijo?

Qué cabrona, eso es lo que yo llamo tocar la tecla apropiada. Aprovechando que la tengo cogida por las manos, hago un movimiento rápido e invierto las posiciones, ahora es la espalda de Carlota la que está pegada a la pared y yo la que se mantiene frente a ella con la mirada fija en su boca.

Separo los labios y me los humedezco, noto como me tiemblan de ganas y aun así permanezco quieta, observando como la respiración de Carlota se va haciendo cada vez más pesada. Su pecho sube y baja cada vez más rápido y mi interior se deshace cuando una lágrima aterriza en sus labios, volviendo una parte tan brillante y apetecible, que pego sus manos a la pared y atrapo sus labios con los míos en un beso nervioso y desesperado que refleja la tensión del momento.

Carlota reacciona agarrando la base de mi camiseta y tirando de ella hacia arriba hasta sacármela por la cabeza, rompiendo de esta forma nuestro beso para permitir que nos miremos un segundo antes de que me coja por la cintura y me guíe con decisión hasta la cama.

Mi sexo palpita con desesperación mientras millones de mariposas recorren mi interior arrancándome un largo suspiro.

Se supone que no debería estar haciendo esto, que debería contenerme y seguir discutiendo y enfadada porque me haya mentido, pero las ganas por sentirla me pueden y poco a poco se me va pasando el enfado porque en el fondo entiendo sus motivos.

—Tenía muchas ganas de hacer esto—confiesa en un suspiro debajo de mi cuerpo.

Noto la humedad empapar mi ropa interior y suelto un pequeño gemido cuando Carlota introduce una mano por debajo de mi ropa para llevarla a mi sexo. Sus dedos se mueven a su antojo haciéndome delirar de placer, hasta que me penetra y tras varios movimientos que me arrancan un suspiro tras otro, alcanzo un lugar en el paraíso que me deja completamente rendida sobre su cuerpo.

Carlota me abraza con fuerza y reparte besos en mi cuello a la vez que se sorbe los mocos. Alzo la mirada y veo que vuelve a estar llorando, lo que me provoca un nudo en la garganta que me estrangula.

—No me hagas caso, ahora lloro de felicidad—sonríe besando mi frente—es que no sabes el miedo que me daba que me apartases de ti.

—Creo que te va a costar mucho deshacerte de mí, aunque tenemos una conversación pendiente—digo antes de desabrochar sus pantalones y besar su pubis.

Carlota levanta el culo para facilitarme que le quite la ropa, y durante los siguientes diez minutos la saboreo lentamente hasta que no puede más y me obsequia haciéndome partícipe de sus sonidos más íntimos.

Capítulo 29, día 8

Carlota

—¿Sigues pensando que soy una asesina? —pregunta tumbada junto a mí.

—Claro que no—contesto incorporándome de golpe—te creí desde el primer momento, Nerea, y lo sigo haciendo.

—Tenía que preguntártelo—dice encogiéndose de hombros.

Miro el reloj por casualidad y me doy cuenta de que solo nos quedan doce minutos.

—Joder, qué rápido ha pasado el tiempo—me quejo.

Nerea se incorpora y se sienta frente a mí cruzando las piernas como un jefe indio.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunta con la voz estrangulada.

—Muy pronto—digo cogiendo sus manos—Catalina tiene contactos aquí y seguro que puede conseguirme más de una visita.

—¿Catalina?

—Mi abogada, y la tuya cuando demostremos que tu condena no se sostiene por ningún sitio.

—Yo no puedo pagar a una abogada como esa, Carlota.

—Y no vas a hacerlo. Eso es cosa mía—aseguro colocando un dedo en sus labios cuando intenta protestar—escucha, no tenemos mucho tiempo y te tengo que contar unas cuantas cosas.

Nerea besa mi dedo y asiente.

—Ayer Catalina y yo nos reunimos con una amiga suya, es una fiscal que ahora mismo está de excedencia, pero ha leído el informe del caso y en palabras textuales, dice que fue un trabajo chapucero.

—¡No podías contárselo a nadie, Carlota! ¡Mi hijo, joder! —grita masajeándose la frente con los dedos.

—Lo sé, tú confía en mí. Lo tenemos resuelto, pero para eso necesito que me firmes este documento—digo sacándolo del bolsillo de mi pantalón, se ha arrugado un poco, aunque servirá igualmente.

—¿Qué es?

—Una autorización en la que me permites llevarme a tu hijo y

a tu madre a un lugar seguro. Les pondremos protección privada, Nerea—digo mientras me observa con los ojos muy abiertos—tengo una casa muy lejos de aquí, los llevaremos allí y se esconderán con un par de escoltas privados hasta que todo esto pase. Si esa gente no tiene acceso a tu hijo, podemos levantar la liebre y hacer preguntas a quién debamos. Dame tu permiso y déjame sacarte de aquí, Loya.

No sé por qué en ocasiones la sigo llamando por su apellido, quizá sea porque me gusta cómo suena y porque fue así como la conocí aquí dentro.

—No sé, Carlota—titubea asustada—¿y si los encuentran?

—No lo harán, te lo prometo. Venga, si lo hacemos bien, podrás volver a estar con tu hijo—añado haciendo que sonría al pensarlo.

—Está bien—acepta suspirando.

Voy corriendo hacia la puerta por la que ha entrado Nerea y la abro ante su cara de asombro. Charo Cedillo está al otro lado y me entrega un bolígrafo, ya que fuera me han registrado y lo único que no les ha parecido peligroso ha sido el papel.

—Charo ha sido mi persona de contacto aquí dentro—le explico en cuanto la funcionaria se marcha—y también será la tuya, si pasa algo o necesitas comunicarte conmigo de forma urgente, recurre a ella.

—Joder, esto parece una película.

—Sí, pero no lo es, es tu vida y no voy a permitir que te la sigan jodiendo solo porque mi padre decidió que tenía prisa por acabar con el asunto.

—¿Sabe lo que estás haciendo?

—No, no lo sabe ni debe saberlo por ahora, no le costaría nada volver a mover sus tentáculos para complicarnos la vida—explico molesta, cada vez que pienso en lo que hizo mi padre me siento un poco más alejada de él.

—¿Cómo sabré que mi familia está bien, Laboy?

—Porque yo te lo diré, pero es importante que tu madre no se comunique contigo, una vez sacudamos la manta habrá gente a la que no le interese que todo esto se destape y no sabemos hasta dónde pueden llegar. Es posible que tengamos que ponerte protección aquí dentro.

—¿Aquí? —se sorprende.

—Sí, eso dijeron Irene y Catalina.

—No te preocupes por mí, tú asegúrate de que mi familia está bien.

—No lo dudes. ¿Hay algo que le pueda decir a tu madre para que confíe en que lo que digo es cierto? No creo que le haga

gracia que nos presentemos allí y le digamos que se tienen que venir con nosotros, y es mejor que no hables con ella por teléfono.

—Últimamente no me llevo muy bien con mi madre—dice suspirando—tú dile que es por el bien de David, que todo lo que hice y lo que hago es por él.

Nerea me quita el documento de las manos y escribe algo en la parte trasera, algo que me eriza la piel cuando lo leo: *te quiero y confío en ti, aunque tú no te fíes de mí.*

—Con eso bastará para que esté segura de que soy yo.

Asiento y me guardo la hoja otra vez en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Cuál es el siguiente paso?

—Para ti, mantenerte a salvo y vigilar muy bien tu espalda, lo demás, déjalo en mis manos, no pienso parar hasta demostrar que han encerrado a la persona equivocada.

Nerea se inclina hacia delante y me da un beso que no me espero y que me desarma por completo. Miro de reojo el reloj y me frustro al ver que solo tenemos un par de minutos más.

—Me gustan los polvos rápidos, pero dos minutos son pocos—se ríe entre mis labios.

—Pero podemos besarnos durante dos minutos.

—Eso sí—sonríe de nuevo antes de profundizar el beso y hacer que mi cerebro se desconecte del mundo real durante ese tiempo.

Capítulo 30, día 9

Carlota

Todo está pasando demasiado rápido, mucho más de lo que soy capaz de asimilar. A veces me siento como si todo esto fuese el guion macabro de alguna serie y a mí me tocase interpretar a la chica que está en medio de todo, pero que no se entera de nada.

En cuanto salí de la visita con Nerea, llamé a Catalina para decirle que tenía el documento firmado. Lo dispuso todo con rapidez y en menos de dos horas, estábamos llamando a la puerta de casa de su madre. Catalina le hizo un resumen de la situación, pero la mujer dudó y se mostró muy recelosa, algo normal teniendo en cuenta la situación que está viviendo y que no nos conocía de nada.

Finalmente, me pasé casi hora y media explicándole quién era yo, lo que su hija me había confesado y el plan que habíamos trazado para lograr sacarla de allí. Después le mostré lo que Nerea había escrito en el reverso del documento. Azucena, que así se llama su madre, rompió a llorar estrepitosamente durante varios minutos en los que no había manera de consolarla. Se lamentaba por no haber confiado en Nerea y yo me estremecí al pensar en lo sola que debió sentirse Loya sin el apoyo de su progenitora.

El pequeño David irrumpió en el salón de forma inesperada y yo me ofrecí para salir a jugar con él al jardín y evitar que viera llorar a su abuela. Es un niño muy tímido, pero una vez me gané su confianza, no podía quitármelo de encima, y a mí me gustaba porque su sonrisa me recordaba mucho a su madre.

Una vez se calmó Azucena, preparó un par de maletas con ropa para ambos y media hora más tarde, ellos estaban de camino a un lugar seguro bajo la custodia de dos expertos, y yo de vuelta a mi casa protestando porque Catalina no me dejase acompañarla por la noche a curiosear en el bar donde supuestamente mi hermano había conocido a Nerea.

—Ya escuchaste a Irene, cada una tenemos nuestro cometido y tú hoy ya has cumplido con el tuyo. Mañana a primera hora nos reuniremos otra vez en tu casa, expondremos los hechos y decidiremos el siguiente paso.

Apenas he conseguido dormir en toda la noche, cuando no pensaba en Nerea, me inquietaba la espera por saber si mis dos aliadas habrían podido obtener algún resultado positivo. Por suerte, eso es algo que sabré ahora mismo, porque acaban de llamar al timbre.

Catalina e Irene cruzan mi puerta con una bandeja de pastas y un par de botellas de zumo de naranja natural que dejan sobre la mesa con una amplia sonrisa.

—¿Esa cara es que tenéis buenas noticias? —pregunto mientras tomamos asiento.

—Muy buenas—puntualiza Catalina guiñándome un ojo.

Joder, creo que voy a saltar de la silla como no hablen rápido.

—Empiezo yo—dice Catalina cuando se da cuenta de mi nerviosismo—la mujer de Irene y yo hicimos un descubrimiento de lo más interesante.

—¿Cuál? —me desespero.

—Resulta que es un bar situado a pie de una carretera que pasa por el centro de un pueblo.

—Sé cuál es, fui a verlo, y te aseguro que mi hermano nunca pondría un pie en un sitio como ese.

—Eso no importa, lo que sí que importa es que resulta que el bar puso una cámara en la entrada hace dos años. Al parecer los vecinos del pueblo están hartos de que los coches pasen por allí a toda velocidad. En los últimos cinco años ha habido doce atropellos, tres de ellos con resultado de muerte. En fin, el bar se encuentra justo delante de un paso de peatones donde se produjeron al menos tres de esos incidentes, así que los vecinos le pidieron al dueño que pusiese cámaras para demostrar lo peligroso que es ese tramo.

—No me lo digas, conservan el vídeo de aquel día—aventuro eufórica.

—Exacto, no solo ese, guardan todas las grabaciones desde que instalaron las cámaras. Meli se identificó como inspectora y nos dejaron revisar la cinta de aquella noche. La cámara está situada en una esquina junto a la puerta y se ve perfectamente quién entra, quién sale, y todo lo que sucede diez metros por delante. Comprobamos la grabación desde las seis de la tarde, que es el horario de apertura hasta las dos de la madrugada que cierran. Ni tu hermano ni Loya aparecen en el vídeo en ningún momento.

—Eso es fantástico—digo poniéndome en pie mientras me paso la mano por el pelo nerviosa.

—Es una muy buena noticia—interviene Irene—pero no es del todo determinante por ahora. La acusación puede alegar que

quizá no se conocieron esa noche, utilizarán a su favor el hecho de que Loya fuese golpeada de aquel modo tan salvaje para decir que quizá se equivocó de día. Yo lo haría—se encoge de hombros dejándome estupefacta.

—¿Entonces no sirve de nada? —resoplo de mal humor.

—Claro que sirve, pero siempre es mejor que nos guardemos un as en la manga. Hemos conseguido una copia de los videos de un par de semanas antes y Meli tiene a una persona revisando las imágenes.

—¿Puede hacer eso sin estar el caso abierto?

—No, pero sí que puede hacerlo de forma extraoficial. En fin, cuando verifiquemos que en ese plazo de tiempo no hay nada, ya tendremos algo con lo que hacer mucha fuerza.

—Solicitaré la reapertura del caso alegando que Loya declaró bajo coacción y amenazas, presentaré las cintas como prueba y pediré que la declaración del testigo que afirmó haberlos visto en el bar aquella noche quede invalidada, eso para empezar.

—¿Y después?

—Después estoy yo—sentencia Irene con el gesto imperturbable como siempre—fui a ver a ese abogado y, cuando le dije que sabía que todo era mentira, se echó a reír y me dijo que no sabía dónde me estaba metiendo.

—¿Entonces lo reconoció? —pregunto asombrada.

—No hizo falta, le dije que iba a poner todo mi empeño en sacar a la luz la verdad y que él sería el primero en caer. Volvió a reírse y me dijo que no podía demostrar nada, yo le dije que no necesitaba hacerlo, que era él el que iba a tener que justificar todos esos ingresos que ha estado recibiendo los últimos meses.

—Sigo sin comprender por qué ha sido tan estúpido como para ingresar el dinero en el banco.

—Lleva un nivel de vida muy alto, demasiado para lo que en realidad recibe, así que está hasta arriba de préstamos, y para pagarlos debe ingresar dinero cada mes.

—¿Supone un peligro para Nerea? —pregunto inquieta.

—No lo creo, no le interesa. Ahora su secreto ya no solo lo conoce Nerea, sabe que si le pasa algo, yo ataré cabos y será el primer sospechoso al que interrogará la policía. Es un gilipollas con estudios y sin cerebro que solo busca el dinero fácil, además, he llegado a un acuerdo con él.

—¿Qué acuerdo? —pregunta Catalina por las dos.

—Le dije que me diese el informe completo de la autopsia y a cambio yo intercederé a su favor para reducirle la condena.

—Das por hecho que los vamos a pillar—digo asombrada por su seguridad.

—Por supuesto que lo haremos, Carlota. Aquí no solo hay un caso de amenazas, extorsión y secuestro, también es un tema de sobornos, un juicio que se resolvió muy rápido gracias a tu padre, y lamento decírtelo, pero es muy probable que él también acabe condenado por esto.

Me quedo en silencio suspirando. Mi padre es un capullo integral, pero es mi padre y la idea que acabe en prisión no me gusta nada.

—¿Irá a la cárcel?

—Tal vez, dependerá de lo bueno que sea su abogado. Supongo que tratará de venderle al jurado la desesperación de un hombre que necesitaba cerrar el horrible capítulo que enmarcaba la trágica muerte de su hijo. Si tiene labia, puede que lo de tu padre quede solo en una suculenta multa.

Eso me alivia un poco, aunque me entristece pensar que al final todo pueda resolverse con dinero. Quizá sí que merezca pasar unos meses en la cárcel, así vivirá en sus propias carnes lo que ha vivido Nerea por culpa de sus actos.

—¿Entonces te ha dado el informe completo de la autopsia? —pregunta Catalina—eso no me lo habías dicho cuando veníamos en el coche.

—Porque no me lo ha dado, no lo tiene.

—¿Y quién lo tiene? —pregunto yo.

—Tu padre.

—¿Qué?

—Dice que unos días después del juicio, tu padre se presentó en su despacho y le ofreció mil euros por el informe completo del caso.

—¿Por qué hizo eso? —cuestiono sin comprender nada.

—No lo sabe, pero ya se había dictado sentencia y a este gilipollas le gusta demasiado el dinero, así que le pidió el doble y se lo dio sin hacer preguntas.

—¿Y ahora?

Las dos se miran entre ellas y después me miran a mí como si fuese obvio lo que viene ahora, solo que yo no lo sé.

—¿Tienes idea de dónde podría tener guardado ese informe tu padre?

—Bueno—titubeo un poco nerviosa—imagino que en su despacho. Se pasa el día metido allí.

—¿Crees que puedes hacerte con él?

—¿Queréis que le robe a mi padre?

—No es robar exactamente—aclara Irene—solo tomar prestado. Meli podría ponerse en contacto con el forense que realizó la autopsia y pedirle una copia bajo cualquier excusa, pero

si también está metido en el ajo, no solo no nos lo daría, sino que alertaría a los demás y podrían destruir todas las pruebas. Ese abogado no es un problema, pero mejor que nadie más sepa lo que hacemos hasta que consigamos algo sólido.

—¿Consideras que puedes hacerlo? —me pregunta Catalina.

—Lo puedo intentar, aunque tendré que implicar a mi madre, si quiero husmear en su despacho tranquilamente necesito que él no esté en casa.

—Recuerda contarle lo justo. No sabemos hasta donde está dispuesto a llegar tu padre para que nadie sepa que su hijo era gay.

—No es problema, suelen comer fuera muy a menudo, después la llamaré y me aseguraré de que mañana se marchen.

—Perfecto—añade Irene—sigo insistiendo en que la clave de todo está en el informe de la autopsia, si no, ¿para qué tantas molestias por ocultarlo? —piensa en voz alta.

Esa misma pregunta es la que llevo rato haciéndome, ¿qué interés puede tener mi padre en el informe si para él, el caso está resuelto?

Capítulo 31, día 10

Nerea Loya

—Creo que tienes muchas cosas que contarme—dice Jordan dejándose caer a mi lado en la cama.

Me giro lentamente mientras trato de abrir los ojos y centrarme.

—¿Qué hora es?

—Casi las siete y media, muy tarde.

Me estiro como una gata y miro hacia la cama de Flores, no está.

—Hoy debe vigilar su precioso jardín a primera hora. Estamos solas, este sería un precioso momento para echar un buen polvo, pero no podemos porque Laboy pagó por ti—se lamenta con una mueca divertida—aunque si tú quieres, no tiene por qué enterarse —dice pellizcándome un pezón.

—Para, Jordan—me río.

—Sí que te ha dado fuerte—dice con los ojos en blanco—en fin, ya que no vamos a follar, cuéntame qué cojones ha pasado con Laboy, ¿por qué ha salido?

Jordan se acomoda en mi cama pegando la espalda a la pared, dejando mis piernas por debajo de las suyas.

—Su abogada encontró un defecto de forma y la sentencia quedó anulada—explico un poco nerviosa.

—¿Por qué la acusaron? ¿Lo sabes?

—Se defendió de una agresión sexual—contesto sin entrar en detalles.

—Más o menos como tú, ¿no? Quizá deberías contratar a su abogada. Aunque dudo que tú tengas los recursos económicos que tiene Laboy—suelta alzando una ceja.

Me incorporo y yo también apoyo la espalda en la pared, de modo que ahora mis pies quedan al alcance de Jordan, que coge uno y empieza a masajearlo de manera delicada.

—¿Qué has querido decir con los recursos económicos?

Jordan echa un vistazo hacia la entrada de la habitación para asegurarse de que nadie puede escucharnos.

—Ayer por la noche se me acercó una de las funcionarias, Cedillo, esa que siempre parece estar tensa, ¿sabes de quién

hablo?

—Sí, sé quién es.

—Me dio dos mil euros de parte de Laboy—explica dejándome atónita—dijo que mil eran para pagar su protección, y teniendo en cuenta que ya no está aquí y que no le hace falta, entiendo que por lo que paga es por asegurarse de que nadie se mete por aquí—dice dando una palmadita sobre mi sexo.

Ni siquiera reacciono, lo que me ha contado me parece increíble. Cuando vuelva a ver a Carlota no sé si cabrearme porque me haya comprado otra vez o darle las gracias por librarme de tener que acostarme con Jordan. No es que me molestase hacerlo antes, con Jordan siempre me lo he pasado muy bien, pero es justo decir que antes yo no estaba enamorada de Carlota y ahora sí, y no me apetece serle infiel.

—¿Y los otros mil? —pregunto tras unos segundos de silencio.

—Esos son los más interesantes. Me dijo que eran para tu protección, es decir, para que me ocupe personalmente de que no te pase nada aquí dentro.

—¿En serio? —pregunto alzando las cejas.

—En serio. ¿Qué está pasando, Loya? ¿De quién se supone que debo protegerte? Porque para mí será mucho más fácil si sé a lo que me enfrento.

—No lo sé, Jordan, ni siquiera sé si hay una amenaza real sobre mí.

Jordan se arrastra hacia mí y se sienta justo a mi lado.

—Creo que siempre te he tratado bien, Loya, no digo que sea una buena persona, pero tampoco soy la peor de aquí. Te quiero ayudar, pero me jode que no confíes en mí.

—Confío en ti, Jordan—le aclaro con sinceridad—pero no te he mentido, realmente no sé si mi vida corre peligro ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Es por culpa de Laboy? ¿Te ha metido en algún lío?

—No exactamente.

No sé qué contarle a Jordan, no es estúpida y no se va a marchar de aquí sin una explicación que justifique que Carlota le haya pagado por protegerme.

—Lara y yo estamos juntas, ya sabes—improviso.

—Sí, os habéis liado, eso lo sabe medio pabellón.

—Pero vamos en serio, Jordan, y ahora que ella ha salido de forma inesperada, quiere hacer todo lo posible para que salga yo también. Como tú has dicho, mi caso y el suyo se parecen, así que su abogada está echando un vistazo a mi sentencia.

—¿Qué tiene que ver eso con la protección?

—No tengo ni idea, Jordan, quizá hay alguien a quien no le interesa que yo salga de aquí, no lo sé. No puedo decirte nada hasta que no hable con Lara.

Joder, qué agobio. Me encantaría contarle a Jordan la verdad, decirle que estoy aquí porque un cabrón me obligó a confesar un crimen que no cometí amenazando la vida de mi hijo. Estoy convencida de que ella no diría nada, pero hasta que las cosas no estén más avanzadas, creo que lo mejor es seguir manteniendo el silencio.

—Está bien, Loya—dice con una sonrisa sincera.

Yo cojo su mano entre las mías y la aprieto con afecto. A pesar de lo particular de nuestra relación, en este tiempo le he cogido mucho cariño.

—Quiero que sepas una cosa, Loya. Aunque Laboy no me hubiese pagado, si tú me hubieses dicho que tu vida corre peligro, te habría protegido igualmente.

—Lo sé, Jordan.

—No nos pongamos tiernas—dice saltando de la cama—vamos a la ducha y a desayunar, que este cuerpo no se mantiene solo.

Me levanto de la cama y cojo mis artículos de aseo. Puede que no hiciese falta que Carlota me buscase protección, pero reconozco que me siento mucho más tranquila sabiendo que Jordan no se va a despegar de mí.

Capítulo 32, día 10

Carlota

Hoy sería mi último día en la cárcel si Catalina no me hubiese sacado antes por orden de mi madre. Hoy es el día en el que tendría que comenzar a echarla de menos y no antes, y pensarlo me pone de mal humor. Me siento como si me hubiesen robado tiempo a su lado, y en realidad, ha sido así, cada minuto que Nerea pasa en la cárcel injustamente, es un minuto que no puedo estar con ella.

—Ahí están—le digo a Catalina señalando el coche que sale de casa de mis padres.

Acordé con mi madre que ella y mi padre se irían a su restaurante favorito a comer para que ella desconecte un poco, así que Catalina y yo llevamos apostadas en una esquina desde las doce y media esperando a que salgan.

—Vamos, no perdamos tiempo—dice saliendo del coche decidida.

La sigo un poco nerviosa, me siento un poco rara entrando a hurtadillas en la que también es mi casa, y mucho peor cuando entramos en el despacho de mi padre.

—Joder, tiene demasiados archivadores—se queja Catalina.

Yo miro en todas direcciones y resoplo, tiene razón, si los tenemos que revisar uno a uno vamos a necesitar una semana.

—¿Tiene algún sitio donde guarde las cosas importantes? —me pregunta—ya sé que todo lo es, pero me refiero a algún lugar donde no deje las cosas del trabajo.

—El cajón de su escritorio—digo de repente—tiene uno cerrado con llave, y si no ha cambiado la ubicación, sé dónde la esconde—añado con una sonrisa triunfal.

Me dirijo directamente hacia la estantería donde tiene expuestos todos sus premios de golf y levanto el que está más a la izquierda. Le doy la vuelta y tiro de la tela que hay en la base, que se desprende lentamente hasta dejar a la vista un pequeño hueco en el que encuentro la llave.

—Vaya, menudo escondite—dice Catalina sorprendida—¿cómo lo sabías?

—Hace un par de años tenía que hablar con mi padre de un

asunto y vine aquí, llamé a la puerta con los nudillos, pero él no me escuchó y la puerta, que estaba mal cerrada, se abrió un par de centímetros. Iba a llamar otra vez, pero entonces vi por la ranura como cogía este premio y le daba la vuelta para extraer algo del interior. No llegué a ver qué era y tampoco le di importancia ni se lo comenté a nadie porque nunca he sentido la necesidad de husmear entre sus cosas. Hasta ahora—digo sintiéndome mal.

—Esto es necesario si queremos saber la verdad y ayudar a Nerea—aclara Catalina colocando su mano en mi hombro con afecto.

—Lo sé.

Voy al otro lado del escritorio y abro el cajón. Dentro hay varias carpetas, además de juegos de llaves, un fajo de billetes de cincuenta euros que me deja boquiabierta, un par de *pendrives* y un disco duro.

—¿Cuánto dinero hay ahí? —pregunto sin salir de mi asombro.

—Mucho, pero eso no nos interesa. Saca las carpetas—me apremia Catalina.

Sé que tenemos tiempo de sobra, mis padres todavía tardarán un par de horas en volver, quizá más, pero yo también estoy muy nerviosa.

Cojo con ambas manos el fajo con las carpetas y las extendemos una a una sobre su escritorio. No necesitamos esforzarnos mucho porque rápidamente localizamos una con el sello de la Administración de Justicia.

—Es esta—dice Catalina abriéndola.

Comienza a pasar páginas rápidamente, entre ellas aparecen algunas fotos de mi hermano tendido en el suelo. Sin vida. Siento un nudo en la garganta y el estómago se me revuelve con tanta sangre.

—No hace falta que mires, Carlota—me dice Catalina.

—Necesito hacerlo.

Después aparecen varias imágenes de Nerea con la cara como un mapa y finalmente el informe forense.

—Está completo—dice Catalina tras ojearlo por encima—o al menos es mucho más extenso que el que incluía el informe con el que se hizo Irene. Tenemos que llevárnoslo.

—No podemos sacarlo de aquí, Catalina, mi padre se dará cuenta. Podemos fotocopiarlo, eso servirá también, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Voy directa a la enorme fotocopiadora que mi padre tiene en el despacho, y después de asegurarme de que tiene papel

suficiente, la enciendo y comienzo a fotocopiar el informe.

—Esto también, Carlota—dice Catalina entregándome el informe de la investigación—si faltan cosas en el informe forense es posible que también falten en el policial, no podemos fiarnos.

—De acuerdo.

Mientras yo me encargo de las fotocopias, Catalina aprovecha para llamar a Irene y decirle que lo tenemos.

La fiscal le contesta que se dirige hacia mi casa y que nos espera allí para echar un vistazo. Una vez termino con las fotocopias, Catalina las mete en su enorme bolso y yo me ocupo de guardarlo todo como estaba. Antes de cerrarlo doy un último vistazo y me pregunto de dónde serán las llaves. ¿Tiene mi padre otra casa a escondidas de mi madre? ¿Y los *pendrives*? ¿Tiene una amante secreta y se graban haciendo guarradas? Joder, pensarlo me repugna tanto que cierro el cajón de golpe.

—Vámonos—le digo a Catalina cerrando la puerta del despacho después de haber devuelto la llave a su sitio.

En menos de cinco minutos aparco delante de mi casa y encontramos a Irene sentada en la entrada acompañada por otra mujer, que según me indica Catalina, es su mujer, Meli.

Tras las presentaciones, entramos en mi casa y sin perder el tiempo, Catalina extrae los documentos de su bolso y los extiende sobre la mesa.

—Creo que es mejor que tú no mires todo esto, Carlota—me dice Catalina con voz dulce.

Asiento conforme, no me apetece ver esas imágenes otra vez ni quiero leer cómo murió mi hermano. Meli se hace con el informe policial y se acomoda en un sillón para estudiarlo con detenimiento mientras Irene y Catalina estudian el informe forense.

Yo me marcho a la cocina sintiendo que el corazón me va a estallar dentro del pecho y todavía me pongo mucho peor cuando pienso en lo mucho que me gustaría abrazar ahora a Nerea y en que no puedo hacerlo.

Catalina me ha conseguido una visita mañana por la tarde, será en la sala común porque los vis a vis solo están permitidos una vez al mes y ni siquiera mi magnífica abogada ha podido hacer nada para conseguirme otro. Miro el reloj y cuando veo la cantidad de horas que me faltan me pongo más nerviosa. Preparo café para ellas y yo me hago una infusión relajante, lo llevo todo al salón con una bandeja y lo dejo sobre la mesa. Irene y Catalina cogen sus respectivas tazas sin levantar la vista del informe, a Meli se la llevo yo y me siento en el otro sillón mientras me pregunto si podría llamar a Nerea. ¿Me dejarán hablar con ella

fuera del horario de visitas? Lo dudo.

—¡Joder! —exclama Irene poniéndose en pie de un salto.

Me giro hacia ellas con las pulsaciones disparadas y veo que Catalina también se levanta con el rostro desencajado.

—¿Qué pasa? —pregunta Meli en su nombre y el mío.

—Lo tenemos—dice Irene pasándose una mano por la cabeza —con lo que hay aquí es más que suficiente para que reabran el caso y pongan a Loya en libertad de inmediato.

—¿Qué? —pregunto aguantándome las ganas de llorar.

—¿Qué tienes, cariño? —le pregunta Meli a Irene.

La fiscal extiende un par de hojas sobre la mesa y nos acercamos para ver qué es lo que nos quiere mostrar.

—A Oliver le amputaron un dedo, ¿no? —pregunta mirándonos a todas—lo siento, Carlota—dice al ver como se me descompone la cara—a lo mejor no es buena idea que te quedes aquí.

—Claro que lo es, me encerré en una maldita cárcel para descubrir la verdad, no pienso acobardarme ahora.

—Está bien. Se dio por hecho que fue Nerea Loya quién le amputó el dedo, pero según el forense, la amputación se produjo al menos veinticuatro horas antes de la muerte.

Doy un paso atrás, las manos me tiemblan y la vista se me nubla en ocasiones. Catalina me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia ella dejándome pegada a su cuerpo, cosa que agradezco porque no tengo claro que pueda mantenerme en pie.

—Es un motivo para poner en duda todo el proceso, pero eso no exime a Loya del crimen—contesta Meli.

—No, pero esto sí—dice Irene cogiendo otra de las hojas— según el forense, el ángulo de entrada de las puñaladas, así como la fuerza utilizada para inducirlas, no se corresponde ni con la estatura ni con el peso de Nerea Loya. Tuvo que hacerlo un hombre más corpulento y alto que Oliver que además era zurdo, y según me consta, Nerea Loya es diestra, ¿verdad? —pregunta mirándome a mí.

—Sí—titubeo—es diestra.

—No entiendo nada—dice Meli negando con la cabeza—¿qué motivos podía tener tu padre para tratar de ocultar algo así? Desde el principio han sabido que Nerea Loya no había cometido el crimen…

—Tengo que hablar con mi padre—la corto con la voz estrangulada.

—No sé si es buena idea—dice Catalina.

—Claro que lo es—añade Irene—ese hombre tiene que dar muchas explicaciones, de hecho, si no te importa, Carlota, te voy

a acompañar. Mientras tanto, tú y Meli podéis ir al juez de guardia y solicitar la reapertura del caso y la excarcelación inmediata de Nerea Loya.

—¿Y si dicen que no? —pregunta Catalina—está claro que hay mucha gente implicada.

—Si dice que no, dile que tenemos programado el envío masivo del informe a varios medios de comunicación y que lo colgaremos en las redes sociales si Nerea Loya no está fuera de la cárcel antes de las cinco de la tarde. Créeme, les conviene tratar esto con la mayor discreción posible. La soltarán.

Observo a Irene ponerse en pie mientras doy gracias mentalmente porque Catalina la eligiese para ayudarnos, está claro que sabe lo que hace y que tiene una determinación absoluta.

—Intenta entretener a tu padre, Carlota—me pide Meli—lo primero que haré será pedir una orden de registro para conseguir ese informe de forma legal.

—¿Y qué le vais a decir al juez? —pregunto alarmada—¿qué se lo he robado?

—Diremos que alguien lo dejó de forma anónima en mi casa, no te preocupes. Con la mierda que supone esto para el cuerpo de policía y el organismo judicial, dudo que se cuestionen nada sobre eso—contesta Meli.

—¿Y si lo hacen? Mis huellas están en esas páginas.

—Diré que te dejé leerlo.

—No has de preocuparte por nada, Carlota—me tranquiliza Catalina—ahora somos nosotras las que tenemos que hacer nuestro trabajo bien hecho para que toda la gente implicada en lo que sea que es esto, sea juzgada.

—Y encontrar al verdadero asesino de mi hermano.

—Algo me dice que si descubrimos por qué tu padre decidió movilizar cielo y tierra para ocultar este informe, también daremos con el asesino de Oliver.

¿Insinúan que mi padre ha tenido algo que ver? Pensarlo me marea, así que decido no preguntar más y salgo de mi casa con Irene para ir directamente a la de mis padres.

Capítulo 33, día 10

Carlota

Cuando entramos en casa de mis padres tengo el cuerpo temblando y me sigo sintiendo mareada.

—No tienes muy buena cara, ¿por qué no te sientas y te traigo un vaso de agua? —me propone Irene.

Le hago caso y le indico dónde está la cocina. Mis padres no han llegado todavía, pero deben estar a punto de hacerlo y eso me pone cada vez más nerviosa.

—Lamento que tengas que pasar por esto—dice Irene sentándose a mi lado.

—Más lo lamento yo, todavía no me puedo creer que mi padre supiese con certeza que Nerea no había podido cometer el crimen y aun así permitiese que fuese a la cárcel.

—Creo que se lo vas a poder preguntar en breve, están entrando el coche.

—Joder—digo con la mano en el pecho.

—Trata de relajarte, yo haré las preguntas más difíciles.

—¿Quién le digo que eres?

—La fiscal que lo va a joder vivo como no diga la verdad.

—Pero no estás activa todavía—digo agitada.

—Eso él no lo sabe, y pronto lo estaré y te juro que voy a encargarme personalmente de imputar a cada una de las personas que esté metida en esto, así que más vale que tu padre cuente todo lo que sabe.

La puerta se abre y mis padres entran. Las dos nos ponemos en pie y veo como mi madre nos observa sin comprender nada a la vez que mi padre me echa una mirada ceñuda cuando descubre los cardenales de mi rostro.

—¿No se supone que estabas de vacaciones? —pregunta mi padre acercándose a mí—¿qué te ha pasado? ¿Un accidente? ¿Quién es esta mujer?

Tanta pregunta me abruma y, supongo que por mi gesto mi madre ya ha comprendido que algo va mal, porque sus ojos brillan como si fuese a echarse a llorar de un momento a otro.

—Me llamo Irene Navarro, señor Márquez—se presenta tomando el mando de la conversación—me gustaría hacerle unas

preguntas relacionadas con la muerte de su hijo Oliver.

Mi padre se acercaba a mí para abrazarme, pero al escuchar las palabras de Irene se detiene en seco y la mira de arriba abajo.

—A mi hijo lo asesinó una mujer que ya tiene su merecido, no quiero hablar más sobre ese tema.

—Me temo que sí que tenemos que hablar, papá—intervengo yo sin saber muy bien de dónde me están saliendo las fuerzas—por favor, siéntate y no hagas esto más difícil.

—¡¿Más difícil?! —grita colérico—qué sabrás tú sobre lo que es difícil, ¿sabes lo duro que fue para mí lo que le pasó a tu hermano y todo lo que tuve que hacer para que todo acabase cuanto antes?

—Siéntate, Enrique—le pide mi madre con una calma tensa que no deja lugar a réplica.

Mi padre por fin cede y los cuatro tomamos asiento, mis padres en un sofá, e Irene y yo en el otro.

—Iré al grano, señor Márquez—empieza a decir Irene—sé que se ocultó información decisiva sobre los hechos ocurridos aquella noche y tengo las pruebas que demuestran que Nerea Loya no pudo cometer el crimen.

Mi madre se lleva una mano al pecho como si le fuese a dar un ataque, en cambio, mi padre permanece estático con el gesto tan imperturbable como el que suele tener Charo Cedillo.

—Me consta que usted tiene en su poder una copia completa del informe forense sobre la autopsia que se le practicó a Oliver, y que ese, obviamente, no es el informe que se presentó al jurado en el juicio.

—Usted no tiene ni idea—la corta mi padre.

—Tiene razón, no la tengo. No tengo la más remota idea de por qué usted sobornó al forense y al inspector que dirigía el caso, al que estoy segura de que también compró porque no se molestó en comprobar la declaración de Loya. Ella alegó que conoció a su hijo en cierto bar aquella noche, y si el inspector hubiese hecho su trabajo como debía, sabría que ni su hijo ni Nerea Loya estuvieron en el bar aquella noche ni ninguna de las anteriores al día de su muerte.

—¿Qué está pasando, Enrique? —pregunta mi madre llorando —¿qué has hecho?

Mi padre no contesta, parece que medite una respuesta que le permita salir de esta.

—Yo te diré lo que ha hecho, mamá, ha permitido que una mujer inocente pase más de un año en la cárcel alejada de su hijo y que el verdadero asesino de Oliver siga suelto.

—Dime que no es verdad, Enrique.

—Esa mujer confesó el crimen—escupe mi padre como si no le importase lo más mínimo.

—Esa mujer confesó porque fue coaccionada y amenazaron la vida de su hijo—responde Irene—pero usted ya lo sabía, ¿verdad? ¿Qué relación tiene usted con el abogado que defendió a Loya en el juicio?

—Ninguna.

—¡No mientas, papá! —le grito histérica—cuenta la verdad, nos lo debes a mamá y a mí.

Mi padre me mira confuso y traga saliva.

—Le aconsejo que lo haga, señor Márquez—vuelve a intervenir la fiscal—muéstrese colaborador, puede que con eso no consiga una reducción de la condena, pero se sentirá mejor consigo mismo, se lo aseguro. ¿Qué pasó aquella noche? Si no nos lo cuenta usted, le aseguro que lo averiguaré yo, y no tardaré mucho, ya tengo a gente en ello.

Las palabras de Irene parece que han tocado la tecla indicada, porque de repente mi padre se pone a llorar como un niño pequeño convirtiendo la situación en algo mucho más desagradable de lo que ya es.

—Cometí un error—reconoce sollozando—pensé que no iban en serio y no pagué, y entonces recibí el dedo.

—¿Qué coño dices, papá? —pregunto llorando.

—El día antes de la muerte de tu hermano recibí una llamada —comienza a explicar con la mirada clavada en el suelo—alguien me aseguró que lo tenía secuestrado y me exigió que pagase cien mil euros esa misma tarde.

—Dime que no es cierto—susurra mi madre sin poder mirarlo.

Mi padre la ignora y sigue relatando.

—Contacté con nuestro abogado y me dijo que seguro que era un farol, que esperase a la siguiente llamada. Esta se produjo dos horas más tarde, en ella me dejaron hablar con Oliver un instante y por la voz me pareció que estaba bien.

—¿Y? —le insisto cuando se calla.

—Pensé que me estaba intentando estafar.

—¿Qué? —pregunta mi madre con la voz entrecortada.

—Unas semanas atrás habíamos discutido por un asunto y le cerré el grifo, supuse que había montado esa pantomima para conseguir sacarme el dinero.

Sin darme cuenta me agarro al muslo de Irene y cierro la mano retorciendo la tela de sus pantalones. Ella me coloca su mano encima y me dedica una mirada compasiva antes de pedirme que me tranquilice.

—¿Qué pasó después? —pregunta la fiscal.

—Al día siguiente por la mañana encontré un paquete sobre mi coche cuando me disponía a ir al trabajo. Era una caja pequeña—dice rompiendo a llorar otra vez de forma brusca.

—Y dentro estaba el dedo de Oliver—sigue Irene mientras mi padre afirma con la cabeza.

Mi madre se levanta del sofá, camina hacia una de las ventanas del salón y se queda allí mirando hacia la calle.

—¿Qué pasó después?

—Recibí otra llamada unas horas más tarde, la persona con la que hablé me dijo que el precio se había triplicado por no haber obedecido la primera vez. Le dije que me era imposible conseguir esa cantidad de dinero en un día y colgó. Tendría que haberle dicho que sí, que podía dárselo—solloza de nuevo—pero no llamó más, y al día siguiente nos llamaron para decir que Oliver estaba muerto.

—Quiero que te marches de esta casa—suelta mi madre girándose hacia él enfurecida—recoge tus cosas y lárgate de aquí, no quiero verte en la vida.

Mi padre no protesta y yo apenas puedo pensar. Procesar lo que acaba de explicar me cuesta la vida, soy incapaz de comprender que no pagase la primera vez.

—Se supone que los secuestradores quieren cobrar, deberían haberme dado más tiempo—se lamenta mi padre.

—Opino igual—logro decir entre sollozos—¿para qué tomarse la molestia de secuestrarlo y mutilarlo y después matarlo sin cobrar?

—Porque son lo que llamamos secuestros exprés—explica Irene como si de repente lo comprendiese todo—son bandas que se dedican exclusivamente a eso, secuestran a alguien de una familia acomodada y exigen un rescate rápido. En el momento que la familia no paga a la primera, la vida de esa persona ya está sentenciada. Enviarle el dedo solo es un modo de castigarle por su insubordinación, y la aparición del cuerpo tan rápido un aviso para otras familias, para que sepan lo que sucederá si no obedecen de inmediato.

—¿Secuestros exprés? —repito atónita.

—Es una nueva forma de ganar dinero rápido. Este tipo de bandas llevan operando en nuestro país algo más de un año y es muy difícil darles caza, porque utilizan chivos expiatorios como Loya, buscan a personas vulnerables y con algo que perder, las amenazan y las hacen parecer culpables. Y si encima hay gente como usted, señor Márquez, que para esconder su vergüenza emplean sus contactos y compran el silencio de los que de verdad podrían hacer algo, la cosa se complica.

Me echo hacia atrás en el respaldo del sofá, siempre pensé que las prisas de mi padre eran porque no quería que saliese a la luz que Oliver era gay, y resulta que lo que quería ocultar era que alguien había secuestrado a su hijo y él había decidido no pagar.

—Lo siento mucho—se disculpa mi padre tapándose la cara con las manos.

—Sinceramente, señor Márquez—le dice Irene—espero que le caiga la pena máxima, pero si de verdad quiere hacer algo bueno por su hijo, facilítenos cualquier información que tenga al respecto.

—Tengo la voz del tipo con el que hablé—dice haciendo que Irene alce las cejas y mi madre niegue con la cabeza todavía más avergonzada—después de la primera llamada decidimos que podía ser conveniente pinchar mi móvil y grabar la conversación si volvían a llamar. El tipo no utilizó ningún distorsionador de voz, sé que no es mucho, pero quizá sirva si algún día detienen a alguien. Lo tengo en un *pendrive*.

—¿Y el dedo de Oliver? —no sé por qué pregunto eso, quizá porque la idea de que pueda tenerlo guardado me aterra mucho más que la de que mi padre vaya a la cárcel, que es donde merece estar.

—Lo quemé, Oliver ya no iba a resucitar y tener aquello era espeluznante y muy macabro.

El sonido de la puerta me devuelve al mundo real, no sé el tiempo que llevamos aquí, pero cuando mi madre abre; al otro lado aparece Meli con una orden de registro acompañada por cuatro agentes.

Cuando esposan a mi padre no siento nada que no sea desprecio.

—Hemos estado de suerte. El juez de guardia era Sevi—comenta Meli—no he tenido que recurrir a ninguna amenaza, en cuanto le he explicado el caso y enseñado el informe forense, ha firmado la orden de detención, la de registro y la puesta en libertad de forma inmediata de Nerea Loya.

—¿Es libre? —pregunto sin acabar de creérmelo.

—Bueno, habrá una nueva investigación y Nerea tendrá que declarar, pero con lo que tenemos no tiene nada que temer, en cuestión de meses esto será solo un mal sueño—explica Irene—vamos, dejemos que la policía haga su trabajo.

Irene, mi madre y yo abandonamos la casa de mis padres. Mi madre decide que se va a pasar unos días a casa de mi tía hasta que todo se calme, me pide que vaya con ella y yo me niego, al único lugar que me apetece ir ahora es a la cárcel a buscar a Nerea. Ya habrá tiempo de darle explicaciones a mi madre en otro

momento.

Capítulo 34, día 10

Nerea Loya

—Loya, deja eso y ven conmigo—me pide la funcionaria Cedillo desde el otro lado de la valla del jardín.

Miro a Jordan, que me espera vigilante también en ese lado y se encoge de hombros con una mueca indescifrable. Me quito los guantes y me pongo en pie para acercarme a Cedillo.

—¿Qué sucede?

—Tienes visita de tu abogada.

—¿Mi abogada?

Ella afirma y el corazón se me desboca, ¿le habrá pasado algo a mi familia?

—¿Estás bien? —pregunta Jordan acompañándome detrás de la funcionaria.

Le muestro mis manos temblorosas y no contesto.

—Tranquila, seguro que son buenas noticias.

Me pasa un brazo por encima de los hombros y pega su cara a mi oído.

—Laboy echa de menos tus polvos y hará lo que sea por recuperarte, incluso cometer otro delito para entrar ella si no puede sacarte—bromea haciéndome reír.

—Gracias, Jordan—le digo justo cuando llegamos a la puerta de la sala de visitas. Ella cobra por protegerme, no por animarme.

—No hay de qué, estaré por aquí fuera.

—No hace falta, Gaitán—le dice Cedillo—yo te aviso cuando acabe.

—Vale—contesta Jordan alzando las manos antes de darse la vuelta y retroceder por el pasillo.

—Adelante—me invita Cedillo.

Abro la puerta con un nudo de nervios instalado en el estómago, la sola idea de que esa abogada me dé una mala noticia me está removiendo las entrañas. Cuando cruzo al otro lado, veo a dos mujeres sentadas a la mesa, una debe ser la abogada, la otra es Carlota, y por la forma en que me sonríe llego a la conclusión de que mi familia está bien y me relajo.

Carlota se pone en pie y viene hacia mí, envolviéndome en un fuerte abrazo antes de besarme sonoramente en los labios.

—Me moría de ganas de verte—susurra antes de soltarme.

—Y yo de que vinieras a verme. Qué sorpresa, no te esperaba —le confieso acariciando su mejilla.

—Pues las sorpresas no han acabado, te presento a Catalina, tu abogada.

Catalina se pone en pie y me tiende la mano estrechándomela con fuerza y dedicándome una sonrisa sincera.

—Sentémonos—me pide Carlota, que coge su silla y la coloca a mi lado en la mesa.

Miro a Catalina sin comprender nada y con los nervios a flor de piel.

—Que te lo cuente ella, yo solo estoy aquí porque es el procedimiento—dice la abogada sin dejar de sonreír.

—¿Contarme qué? —pregunto mirando a Carlota.

Ella se gira hacia mí y me estrecha una mano entre las suyas.

—¿David está bien? —me impaciento alarmada.

—Sí que lo está, pero creo que estará mucho mejor cuando sepa que su madre vuelve a casa.

Siento un escalofrío recorrerme todo el cuerpo y un zumbido en los oídos. Las manos comienzan a temblarme y noto como el aire se resiste a entrar en mis pulmones.

—¿Cuándo? —logro boquear como un pez.

—Ahora, hoy no me voy de aquí sin ti—afirma acabando con el poco aire que me quedaba.

Miro hacia la abogada y esta secunda las palabras de Carlota con un gesto de afirmación sin perder la sonrisa. Y entonces me agarro a los bordes de la silla tratando de que el aire llegue a mis pulmones. Jamás pensé que una buena noticia me provocaría un ataque de ansiedad como este, se supone que debería estar abrazada a Carlota dando saltos de alegría, pero solo tengo ganas de llorar.

Carlota separa la silla y se coloca frente a mí tratando de que me calme y haga respiraciones, pero estoy tan colapsada que me está costando el triple y el miedo a morir ahogada ahora que puedo ver a mi hijo me está devorando. Catalina se dirige rápidamente hacia la puerta y yo me pregunto qué puede hacer Charo Cedillo para ayudarme, pero la que entra no es Charo, es Silvia, la doctora.

—Las buenas noticias a veces nos impactan tanto como las malas—dice colocándose detrás de mí.

Silvia me coloca una mano por debajo de la barbilla y echa mi cabeza hacia atrás mientras Carlota permanece arrodillada frente a mí.

—Cierra los ojos e intenta respirar despacio, Nerea—me pide

Silvia colocando su otra mano en mi pecho.

Los cierro y me aferro con fuerza a las manos de Carlota, que me las besa una y otra vez mientras yo intento hacer respiraciones con Silvia.

—Más despacio, Loya, trata de relajarte, lo peor ya ha pasado. Ahora solo vienen cosas buenas, ya verás.

Intento hacer lo que me pide, pero en un intento de coger aire me quedo colapsada y ni me entra ni me sale. La sensación es realmente angustiosa porque siento que me ahogo de forma literal.

—Respira conmigo, escucha como lo hago yo—me pide Silvia entre susurros.

Por fin logro que una pequeña bocanada me llegue a los pulmones y poco a poco y con mucha paciencia por parte de todas, logro relajarme.

—Piensa que no puedo darte el alta hasta que no estés recuperada—bromea Silvia—así que tú misma.

—Ya estoy mucho mejor—respondo todavía acalorada.

Tras un par de minutos y un vaso de agua que me trae Cedillo, por fin mis pulsaciones vuelven a un ritmo relativamente aceptable, y entonces rompo a llorar.

—¿Cómo? —le pregunto a Carlota entre sollozos.

—Eso ahora da igual, te lo contaré todo cuando estés en casa, después de una ducha caliente de una hora y con el pijama puesto.

—Es muy tentador—reconozco entre hipidos.

—Lo sé—sonríe besando mi mejilla.

—Puedes entrar a recoger tus cosas y despedirte de quien debas—me dice Catalina—tómate el tiempo que necesites, Carlota y yo te esperaremos fuera.

—¿De verdad esto es real? —pregunto pellizcándome las manos.

—Lo es—me detiene Carlota.

—¿Lo sabe mi madre?

—Creo que todavía debe estar llorando de alegría—dice sonriente.

Yo también sonrío, beso a Carlota en los labios y vuelvo al interior acompañada por Silvia y Charo Cedillo.

—Yo la acompaño si quieres, Charo—le dice Silvia.

La funcionaria asiente y me dice que me espera en la puerta de acceso que me llevará fuera de aquí.

—No sabes cómo me alegro, Loya—dice Silvia pasando su brazo por encima de mis hombros para darme un achuchón mientras caminamos.

—Gracias, Silvia, has hecho que mi estancia aquí no fuera una tortura completa.

—Me alegra haber colaborado. Espero que un día de estos me llames para invitarme a comer y contarme qué demonios sucedía con tu caso.

—Eso está hecho. Pero quedamos lejos de aquí—añado con una mueca.

—Muy lejos. Toma mi tarjeta, puedes llamarme para comer y para hablar, para lo que necesites.

Cuando llego a la puerta de mi celda, Silvia se queda fuera y dentro me encuentro a Jordan sentada en mi cama.

—Así que te vas, eh.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto sorprendida.

—He vuelto para interrogar a Cedillo—responde chulesca.

Se pone en pie y se planta frente a mí y, aunque al principio hay unos segundos de tensión, después nos fundimos en un fuerte abrazo y Jordan me da un beso en los labios antes de separarse.

—Espero que algún día, cuando olvides el infierno que es estar aquí dentro, te acuerdes de mí y vengas a visitarme—dice haciéndose a un lado para que recoja las únicas cosas que pretendo llevarme, las fotos de mi hijo David.

El resto del tiempo transcurre como a cámara lenta, me despido de algunas compañeras que voy encontrando y solo invierto tiempo en buscar a Flores.

—¿De verdad eres libre? —pregunta realmente contenta.

—Eso parece.

—Pues no pierdas el tiempo conmigo, sal de aquí antes de que alguien se arrepienta—me susurra cuando me abraza—cuídate, Loya.

—Lo mismo digo, Flores.

Me despido de Silvia en el patio porque una funcionaria la avisa de que tiene una urgencia. Me quedo unos instantes observándolo todo como si necesitase despedirme, al fin y al cabo, he pasado aquí demasiado tiempo. Miro el jardín y también los rosales que tantos problemas le causaron a Carlota y, después de esbozar una sonrisa, me doy media vuelta y me encamino hacia el interior.

Cruzo uno de los pasillos palpando la foto de mi hijo en el bolsillo sin poder borrar la sonrisa. Unos metros más y estaré fuera de aquí para siempre.

—¡Loya, cuidado! —me detengo en seco alertada por la voz de Jordan a mis espaldas.

Cuando me giro veo a una presa muy menuda con los dientes amarillos que saca algo del bolsillo. Para cuando soy consciente

de lo que pasa ya es tarde, la chica saca un objeto afilado y se lanza sobre mí justo en el momento que aparece Jordan y se interpone entre ambas. La chica, descompuesta al ver que se lo ha clavado a quien no debe, suelta el arma y sale corriendo por el pasillo mientras yo grito como una histérica pidiendo ayuda.

Jordan me mira paralizada con los ojos medio en blanco mientras se aprieta con las dos manos en la herida que le ha hecho cerca de la ingle.

—Mierda, Jordan—digo a la vez que la agarro cuando palidece y se desploma.

Me tiembla todo el cuerpo y en cuestión de segundos estoy rodeada de presas que vienen a ver qué ha pasado. Charo Cedillo aparece acompañada de otras funcionarias y entre todas cogen a Jordan y la llevan a la enfermería con Silvia.

—No te separes de mí—me pide Cedillo sin apenas mirarme.

La sigo sin ser apenas consciente de todo lo que sucede a mi alrededor. En cuestión de segundos estamos dentro de la enfermería, la presa a la que atendía Silvia es llevada por otra funcionaria a su celda y yo me quedo allí, en un rincón, agachada mientras me abrazo el cuerpo y lloro tan desesperada como asustada.

Silvia pide que llamen una ambulancia y se ocupa de parar la hemorragia de Jordan y colocarle la vía.

—Vamos—me pide Cedillo tendiéndome una mano—tengo que sacarte de aquí ahora.

Miro a Jordan y después a Silvia a la vez que me agarro a la mano de la funcionaria.

—Creo que iba a por mí—le digo temblando.

—Más motivo para salir cuánto antes—zanja Cedillo.

—Pero…

—Pero nada, Loya, puedes llamar para preguntar por el estado de Gaitán, aquí no puedes hacer nada por ella.

—Vete, Loya—dice Silvia—llámame en unas horas y te diré como está.

Y bajo esa promesa me dejo arrastrar hacia el pasillo por Cedillo hasta que llegamos a una sala donde me entrega una bolsa con la ropa que traje cuando entré y otra con mi teléfono móvil y mi documentación.

—Te puedes cambiar ahí, y límpiate bien la sangre—Cedillo señala un pequeño vestidor.

Después de dejar que el agua se lleve los restos de sangre de Jordan, me pongo la ropa y me doy cuenta de que me va un par de tallas más grande. Los vaqueros se me aguantan en la curva de la cadera y la camiseta me da la sensación de ser un saco, y aun

así, me siento más guapa que nunca, lo que me hace sentir fatal teniendo en cuenta el horror que acabo de vivir.

Charo Cedillo me abre la puerta por fin, y por primera vez en algo más de un año, cuando miro al horizonte no veo un muro. Lo que sí que veo es a Carlota apoyada en un coche esperándome con la mayor de las sonrisas.

Capítulo 35, día 10

Nerea Loya

Carlota me da un nuevo beso y me invita a que me suba en el asiento del copiloto, ella se pone al volante y Catalina se sienta en la parte trasera. Me abrocho el cinturón y durante varios minutos no digo nada, me limito a observarlo todo con atención como si fuese la primera vez que salgo de excursión. Solo cuando ya he conseguido calmarme y procesar lo que ha sucedido, se lo cuento a Carlota y Catalina.

—Dios mío—se alarma Carlota.

—¿Estás segura de que iba a por ti? —pregunta Catalina.

—Creo que sí, si Jordan no se hubiese metido entre nosotras lo que sea que le ha clavado me lo hubiese clavado a mí.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta Carlota cada vez más nerviosa.

—La interrogarán, pero dudo mucho que nos diga quién le ha pagado por hacerlo. Es probable que ni siquiera lo sepa, si dices que es una yonqui habrá bastado una nota con el encargo junto a una dosis y la promesa de otras para que lo hiciese.

—¿Y ya está?

—No. Te prometo que haré unas llamadas y me enteraré de lo que ha sucedido, pero será difícil saber la verdad, ya te lo advierto.

—Una presa apuñala a otra y no pasa nada, perfecto—sigue protestando Carlota.

—Eso no es así, claro que pasará. Los años de condena de esa presa aumentarán y probablemente ya esté en aislamiento y se pase allí una temporada. Nerea ahora está a salvo, la llevaremos a tu casa hasta que todo se resuelva y después seréis completamente libres. De todos modos hay una investigación abierta y puede que en ella descubran quién encargó el asesinato de Nerea.

—¿Me vais a explicar ahora cómo es posible que me hayan soltado? —pregunto finalmente tratando de cambiar el tema—¿soy libre de verdad?

—Más o menos—responde Catalina después de que Carlota la mire a través del espejo central—hemos encontrado pruebas que

demuestran que no pudiste cometer el crimen, de ahí tu excarcelación inmediata. Ahora habrá una nueva investigación y un nuevo juicio donde me ocuparé de dejarte libre de toda sospecha. Mientras tanto, Carlota y yo hemos acordado que lo mejor es que tú y tu familia sigáis en su casa bajo protección, al menos hasta que la cosa se enfríe un poco.

—No sé si quiero conocer más detalles—digo algo saturada.

—No hace falta—dice Carlota colocando una mano en mi muslo.

—Tiene razón, por la conveniencia de muchos este asunto será tratado con mucha discreción. Han intentado eliminarte dentro, pero no les ha salido bien y ahora ya estás fuera. Me ocuparé de hacer saber a los abogados de esa gentuza que si a ti te pasa algo filtraremos toda la información a la prensa. Lo que ha pasado ahí dentro ha sido algo chapucero, Nerea, si alguien con poder te quisiera muerta, ya lo estarías—zanja provocándome un escalofrío.

Minutos después llegamos a la que deduzco es la calle donde vive Catalina. Se despide de nosotras diciendo que nos mantendrá informadas de cualquier novedad y Carlota pone el coche en marcha de nuevo.

—¿Falta mucho para llegar? —pregunto impaciente por ver a mi hijo.

—Un par de horas, pensé que cuánto más lejos mejor. Trata de descansar un poco.

—No podría dormir aunque quisiera. Si todavía se me considera implicada en el caso, ¿puedo alejarme tanto de la ciudad?

—Tenemos un permiso firmado por el juez, solo él conoce la ubicación de la casa.

Finalmente, no me resisto y le pido a Carlota que me cuente con detalles cómo han logrado sacarme de la cárcel. Tenemos dos horas por delante, así que, sin dejar de prestar atención a la carretera, me relata toda la historia haciéndome pasar por varios estados emocionales que van desde la impotencia a la más absoluta rabia.

Noto lo mucho que se tensa cuando me explica la implicación de su padre y le pongo una mano sobre la que ella tiene colocada sobre la palanca del cambio de marchas.

—No es culpa tuya, Carlota.

—Me siento como si fuera así—dice con rabia—si mi padre hubiese pagado, mi hermano seguiría vivo y tú no habrías pasado por este infierno.

—O sí, Carlota—contesto haciendo que me mire—me

escogieron por mi condición de madre soltera y vulnerable según me cuentas. Seguro que formaba parte de una lista, y si no hubiese sido Oliver habría sido otra persona. Lamento mucho que perdieras a tu hermano—digo de forma sincera—pero gracias a él no voy a pasarme el resto de la infancia de mi hijo en la cárcel, porque resulta que Oliver tenía una hermana increíble que estaba dispuesta a todo por descubrir la verdad. ¿Conoces a alguien capaz de hacer lo que tú has hecho?

—Seguro que muchas personas lo harían—dice con modestia.

—Sabes que no. Tú no eres la villana, Carlota, eres la heroína —le sonrío—y tu padre un cabrón—puntualizo sin poder evitarlo.

—Ni siquiera sé cómo me siento ahora respecto a él, deseo que vaya a la cárcel y se pudra allí por lo que nos ha hecho y, por otro lado…

—Es tu padre, Carlota, es normal que tengas sentimientos contradictorios.

Aunque no es la conversación más agradable para tener durante un largo trayecto, ha logrado distraerme de tal modo que el tiempo me ha pasado volando.

—Es allí—anuncia señalando un chalé al final de la calle.

Mi respiración se agita sin remedio y mi pulso se acelera, tengo tantas ganas de ver a David, que los escasos cien metros que faltan hasta llegar a la puerta se me hacen eternos. Carlota utiliza el teléfono para anunciar al personal que vigila la casa que hemos llegado y que va a abrir, después pulsa el mando y una enorme puerta corredera de color negro comienza a desplazarse hacia un lado. Entramos con el coche y nos adentramos unos metros hasta que Carlota lo detiene en un lado asfaltado del terreno.

—¿Lista? —me pregunta sonriente.

Afirmo con la cabeza y al hacerlo un par de lágrimas me caen en la mano.

—Joder, me voy a quedar seca—me río mientras me seco con la mano.

—Ya va siendo hora de que llores de felicidad. Venga, baja, según me han dicho, David suele estar en la parte trasera jugando al baloncesto.

Todavía estamos bajando del coche cuando la puerta de la casa se abre y sale mi madre, que corre en mi dirección con una agilidad que me asombra y se echa encima de mí estrujándome entre sus brazos.

—No sé cómo pude creerme esas mentiras—solloza sin soltarme.

—Confesé, mamá.

—Me dijiste que no me creyera nada de lo que contaran sobre ti, pero cuando te escuché declarar…

—Ya no importa, se va a solucionar—le susurro entre besos.

—Sí que importa, debí apoyarte—se lamenta cuando rompemos el abrazo.

—Lo hiciste, te quedaste con David evitando que se lo llevaran los servicios sociales, eso es más que suficiente.

Mi madre niega poco convencida y saluda y da las gracias a Carlota de forma repetida. Eso me hace darme cuenta de que yo todavía no le he agradecido todo lo que ha hecho por mí como es debido, pero ahora tengo otra prioridad, así que las dejo y entro en la casa atravesándola rápidamente para salir al otro lado.

En cuanto abro la puerta mi hijo se gira hacia mí atraído por el ruido y suelta la pelota para correr y saltar hasta que lo cojo en volandas. Si antes lloraba, ahora apenas puedo hablarle porque los hipidos no me dejan. Al parecer mi madre ya le ha explicado que a partir de ahora ya no tiene que ir a verme a ese lugar tan aburrido porque mamá vuelve para quedarse.

—¿Iremos al parque? —pregunta cómo si no pasase nada, ajeno a todo el infierno que hemos vivido sin él saberlo.

—Sí, cariño—respondo sorbiéndome los mocos—mañana iremos, hoy es muy tarde, pero si quieres mamá te gana al baloncesto.

—Imposible—se carcajea recogiendo la pelota del suelo.

Corro tras él, que grita como un loco hasta que llega a una pequeña canasta de poco más de un metro que imagino que habrá comprado Carlota, y lanza la pelota al interior. Me hago la indignada y la recojo dispuesta a correr, pero él me hace un placaje y dejo que me la arrebate y corra de nuevo para marcar otro punto.

—¿Lo ves? Eres muy mala jugando—se burla sin dejar de reír.

—¿Crees que eres tan bueno como para ganarnos a mí y a Carlota a la vez? —pregunto cuándo veo que ella y mi madre nos observan desde la puerta.

—¡Claro! —grita alzando los brazos como si fuese obvio.

Le lanzo la pelota a Carlota y me encojo de hombros cuando me observa sonriente. David corre hacia ella y, aunque al principio intenta resistirse para no ponérselo tan fácil, finalmente, se la deja robar y corre detrás de mi hijo gritando que se la devuelva mientras él se muere de la risa.

Durante más de media hora los tres correteamos por el jardín sin descanso hasta que mi madre nos da una voz avisando de que la cena ya está preparada.

—Ve a lavarte las manos, mamá va enseguida—le pido

dejando la pelota en el suelo.

—Un poco más, mamá—suplica con cara de víctima.

—Mañana, cariño, ya sabes que la abuela se enfada si se enfría la comida.

Aunque hace una curiosa mueca de fastidio, al final accede y se mete en la casa.

—Yo me marcho ya, Nerea, os dejo que recuperéis el tiempo —dice Carlota sacudiéndose las manos, todavía roja por el esfuerzo de las carreras que nos hemos dado por el jardín.

—¿Te vas? —pregunto sintiendo un vacío enorme—es muy tarde, Carlota, y la ciudad está muy lejos.

—No te preocupes, conduciré despacio, lo prometo.

—No quiero que te vayas—le confieso en un susurro—esta es tu casa—añado cuando me doy cuenta de que a lo mejor la estoy agobiando—quédate, no sé cuántas habitaciones hay, pero puedo dormir en el sofá, o con David.

—Hay habitaciones suficientes—sonríe.

—Pues no te vayas.

—No quiero molestar, Nerea, tu madre y tú tendréis muchas cosas de las que hablar y David necesita estar contigo.

—Tú no molestas—le aclaro—y no quiero agobiarte, haz lo que realmente consideres, pero si mi opinión cuenta, quiero que te quedes.

—Yo también quiero quedarme—confiesa en un susurro.

Carlota echa una mirada discreta hacia la entrada para asegurarse de que nadie nos observa, y tras colocarme una mano en la cintura para invitarme a caminar fuera de la vista de la ventana o la puerta, me acorrala contra la pared y me besa tan intensamente que las piernas se me vuelven de gelatina.

—No sabes cuánto te echo de menos—jadea entre besos.

—Y yo a ti, no te marches, por favor.

—¿Nerea? ¿Carlota? —vocifera mi madre desde la cocina—¡entrad ya, que esto se enfría!

—Ya ves—me encojo de hombros con un gesto chulesco—ella da por hecho que te quedas, y Dios te libre de llevarle la contraria.

Carlota sonríe vencida y nos besamos de nuevo antes de entrar.

—¿Puedo dormir contigo esta noche, mamá? —suelta David antes de que nos sentemos a la mesa.

Carlota y yo nos miramos sonriendo y me guiña un ojo comprensiva cuando nadie nos observa.

—Claro, mi amor—contesto revolviéndole el pelo antes de besarle la cabeza y provocar que se queje.

Les pido que me den un segundo y utilizo el móvil de Carlota para llamar a Silvia y preguntarle por Jordan, han pasado varias horas y ya tiene que saber algo.

—Se pondrá bien—dice haciendo que sienta tanto alivio que me pongo a llorar—pasará unos días en observación y tendrá que usar muleta durante una buena temporada además de hacer rehabilitación, pero se pondrá bien—insiste para que me calme.

—¿Puedo ir a verla?

—Conozco muy poco los detalles de tu caso, Nerea, Cedillo me lo ha contado por encima. Creo que es mejor que no vengas por aquí hasta que todo se resuelva. Yo te iré informando del estado de Jordan, te lo prometo, tú preocúpate de descansar y retomar las riendas de tu vida poco a poco.

—Gracias, Silvia.

Cuando entro ya están todos sentados a la mesa esperándome para cenar.

—¿Todo bien? —pregunta Carlota sin mencionar a Jordan y lo sucedido en la cárcel delante de mi madre.

—Sí—sonrío y le guiño un ojo—todo bien.

Capítulo 36, día 11

Nerea Loya

Me despierto en mitad de la noche empapada en un sudor frío y con la respiración agitada. Acabo de soñar que me arrancaban de los brazos a David y cuando abría los ojos estaba otra vez encerrada en una cárcel, solo que esta no tenía luz y el suelo era de tierra y estaba mojado. Hacía mucho frío.

Me incorporo lentamente para no despertar a mi hijo y con la luz que me ofrece la pantalla del móvil salgo de la habitación. Todavía me invade la sensación de angustia y ni siquiera sé qué hacer para relajarme. No me conozco la casa y estoy bastante desorientada, y como no quiero encender luces para no molestar a mi madre o a Carlota, sigo caminando con la luz del móvil hasta que encuentro el salón.

Decido que un poco de aire fresco me sentará bien y salgo al jardín, pero al hacerlo escucho como la hierba cruje a mi lado y una luz cegadora me enfoca en la cara. Enseguida me doy cuenta de que se trata de uno de los guardias de seguridad que trabajan vigilando la casa, pero a mí ya me ha recordado la noche que fui atacada en el puerto y acabo de soltar un grito histérico que me tiene paralizada.

—Señora, cálmese, me llamo Carlos y solo estoy haciendo la ronda—me susurra en voz baja alejándose unos pasos de mí.

Para cuando termina de hablar, yo ya estoy llorando y preguntándome si ahora que por fin he salido voy a sentir este pánico cada vez que algo me recuerde aquella noche o a tener pesadillas, porque la idea de que vuelva a pasarme lo mismo se ha instalado en mi interior y es un pensamiento que no puedo quitarme de la cabeza desde que puse un pie en la calle.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua? Entremos dentro, cogerá frío.

—Estoy bien—contesto sorbiéndome los mocos sin atreverme a mirarlo a la cara por vergüenza.

La luz del salón se enciende en ese momento y veo que Carlota sale frotándose los ojos e intentando despejarse.

—Te he escuchado gritar, ¿estás bien? —pregunta en cuánto llega a nosotros.

Quiero contestarle, pero las ganas de llorar no me lo permiten y me abrazo a ella para desahogarme.

—La he asustado yo, he escuchado que alguien salía y he venido a ver—le explica el tal Carlos—lo siento.

—No se preocupe, yo me ocupo de ella. ¿Le importa dejarnos a solas y asegurarse de que el niño sigue dormido?

—Claro, si necesitan algo me avisan, estaré dentro.

Pero parece que tengo un buen potencial de voz, porque en ese momento también aparece mi madre.

—¿Qué pasa? —la escucho preguntar con voz angustiada.

Trato de calmarme y poder contestar algo que haga que deje de preocuparse, pero no puedo dejar de llorar.

—Se ha asustado al ver al de seguridad, no es nada, no se preocupe y vuelva a la cama.

—Pero está llorando, Nerea, hija—dice acariciando mi espalda.

—Estoy bien—contesto entre hipidos sin separarme de Carlota—¿te importa irte a dormir con David? No quiero que se despierte solo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo me quedo con ella hasta que se tranquilice, después puede dormir conmigo, mi cama es grande.

La voz de Carlota suena tan prudente al decir eso que se me escapa una pequeña sonrisa que se oculta contra su cuello, donde tengo apoyada la cabeza.

—Está bien, pero si no se le pasa me lo dices, le puedo hacer una infusión relajante o quizá un vaso de leche.

—No se preocupe, yo se lo haré si le apetece.

Mi madre por fin se marcha y nosotras permanecemos sin deshacer el abrazo hasta que logro calmarme.

—Entremos dentro, aquí hace frío—susurra antes de besarme cuando deshacemos el abrazo.

Una vez en su dormitorio me siento en la cama y apoyo los codos en las rodillas. Carlota se sienta a mi lado.

—¿Por qué has salido al jardín en mitad de la noche?

—He tenido una pesadilla y necesitaba que me diera el aire.

Le relato a Carlota mi sueño y el motivo real por el que he gritado en el jardín. Al acabar me pasa un brazo por los hombros para atraerme hacia ella.

—Supongo que es normal que sientas ese miedo. Creo que te iría bien hablar con algún profesional, alguien que sepa ayudarte a sobrellevar esto lo mejor posible. Mañana haré unas llamadas si te parece bien.

—Creo que llamaré a Silvia, me hizo prometerle que comería

un día con ella. Me siento cómoda a su lado y no sé si con otra persona desconocida lograré abrirme.

—Silvia entonces.

Las dos nos tumbamos en su cama y le doy la espalda dejando que me acune entre sus brazos.

—¿Piensas que tu madre sospecha algo? —me pregunta Carlota en voz muy baja.

—No tengo ni idea, de todos modos se lo contaré cuando encuentre el momento, necesito poder quererte sin esconderme.

—Yo también tengo que hablar con mi madre, aunque esperaré unos días a que todo se calme, todavía tiene que digerir lo de mi padre.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? ¿Trabajas? Joder, como estabas en la cárcel no me molesté en preguntarte a qué te dedicas, allí las opciones son muy limitadas, ya lo sabes.

—Ya, imagino que esa no es una pregunta frecuente cuando alguien entra allí.

—Para nada—sonrío sorprendentemente relajada—allí lo normal es preguntar qué has hecho o cuánto tiempo te ha caído.

—Bueno, pues ya no estamos allí, así que me presento oficialmente: me llamo Carlota Márquez y soy traductora—dice buscando mi mano por debajo de las sábanas para estrechármela.

—Un placer, Carlota traductora. Yo me llamo Nerea Loya y antes era contable en una fábrica de montaje de vehículos, a partir de ahora no sé qué seré.

Carlota se incorpora y enciende la luz de la mesilla para mirarme.

—Eras y sigues siendo contable. Quedarás absuelta de todo y lucharemos para que desaparezca hasta la última mancha de tu expediente.

Sonrío y la hago tumbarse encima de mí. Carlota responde con un suspiro y me besa en los labios antes de devolverme la sonrisa.

—Confías mucho en mí, Carlota Márquez, y eres muy optimista.

—Hay que serlo, y no pienso permitir que tú te hundas. Has pasado por un infierno y todavía nos quedan unos meses duros por delante, pero no voy a permitir que te hundas. Recuperarás tu vida, te lo prometo.

—¿Contigo a mi lado?

—Eso espero—amenaza entornando los ojos.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora? Yo no puedo moverme de aquí y tú vives a más de dos horas.

—¿Tú qué quieres que haga?

—¿Es una pregunta trampa? —pregunto suspirando.

—No, no lo es. Responde, ¿te apetece verme por aquí?

—Lo que me apetece es que no te vayas.

Mis palabras son tan sinceras que me asusta la reacción de Carlota, que se me queda mirando fijamente como si estuviera dejando pasar unos segundos por si es una broma. Ese tiempo se me hace eterno, pero entonces sonríe y me besa, y el aleteo de las mariposas me sacude el estómago haciendo que la abrace con fuerza.

—Todavía me quedan algunos días de fiesta de los que me cogí para llevar a cabo mi misión—dice haciéndose la misteriosa —puedo quedarme aquí si quieres, y después con que vaya un par de días a la semana a la oficina es suficiente, el resto del tiempo puedo trabajar desde aquí.

—Eso sería fantástico—digo sin dejar de sonreír.

—¿Sí? ¿Te parece bien?

—Claro.

—¿Tienes sueño? —pregunta en tono seductor.

—Nada de nada—confirmo mordiéndome el labio.

—Pues más te vale no gritar, sería muy bochornoso que tu madre entrase pensando que has tenido una pesadilla y nos encontrase en plena faena—opina antes de apartar la sábana y meter una mano por dentro de mis pantalones.

—Te prometo que muerdo la almohada si hace falta—aseguro soltando un suspiro al notar el calor de sus dedos.

Capítulo 37, día 38

Nerea Loya

Me ha costado mucho convencer a Catalina para que me permita visitar a Jordan en la cárcel, pero, finalmente Carlota me ha apoyado y la mujer de Irene y su compañero me han traído. Ambos me esperan al fondo de la sala de visitas sin perderme de vista.

Me siento en una de las mesas junto a la pared y cuando el reloj marca la hora exacta, varias reclusas entran en la sala. La última en hacerlo es Jordan ayudada por un bastón que la ayuda con la cojera. El corazón me late muy deprisa, apenas he podido hablar con ella un par de veces por teléfono en estos días y no es lo mismo escuchar su voz y lo que me contaba sobre su estado que verla con mis propios ojos.

Cuando llega a nuestra mesa me levanto y la abrazo sin que me importe lo más mínimo la reprimenda de la funcionaria de turno, que insiste en que permanezcamos sentadas.

—¿Cómo estás?

—Ya lo ves, Loya, con una herida de guerra—sonríe Jordan sin que a mí me haga ninguna gracia.

—¿Sigues con la rehabilitación?

—Sí, la buena doctora dice que con un par de meses más apenas se me notará la cojera, de hecho, podría no utilizar el bastón, pero creo que me da un aire más chungo, ¿no crees?

La miro con la boca abierta sin saber qué decir, no sé si me toma el pelo o decir esa sarta de burradas es su modo de protegerse del trauma que sufrió.

—No debiste meterte en medio—digo pensándolo sinceramente.

—¿Bromeas? ¿En qué me hubiese convertido eso, Loya? Tú eras mi trabajo, me pagaron para protegerte, ¿recuerdas? Si no te hubiese salvado toda mi reputación se hubiese ido a la mierda—zanja como si no le importase.

—Pues Carlota no debió pagarte.

—¿Quién?

—Laboy, Laboy no debió pedirte que me protegieras.

—Eres idiota, Loya—cabecea alzando una ceja que me

recuerda aquella manera seductora que tenía de mirarme—te hubiese protegido de todos modos, con o sin dinero, eras una de mis chicas y sabes que a pesar de que lo primero para mí son los negocios, siempre te he apreciado mucho.

—Lo sé. ¿Cómo puedo devolverte el favor? Dime qué puedo hacer por ti.

Me siento en deuda con ella desde aquel día y es algo que necesito zanjar.

—¿Crees que a tu novia le importaría que hiciésemos un vis a vis? —sonríe guiñándome un ojo.

—No seas capulla, Jordan, hablo en serio.

—¿Quieres hacer algo por mí? —pregunta muy seria estirando sus manos por encima de la mesa para coger la mía—vive tu vida y sé feliz, olvídate de esta mierda de sitio y de todas las que estamos aquí.

—No pienso olvidarme de ti, Jordan. Mi abogada es muy buena, quizá podría revisar tu caso.

En ese momento recuerdo que nunca he sabido el motivo real por el que Jordan está aquí. Hay muchos rumores que ella misma se encargó de extender, que van desde que era una sicaria hasta que quemó viva a su familia.

—No hay nada que revisar, Loya. No soy buena persona, merezco estar aquí por lo que hice y no quiero que ningún abogado trate de reducir mi condena. Aquí soy mejor persona de lo que lo era fuera, y ya ves que no soy precisamente un ejemplo a seguir—explica dejándome atónita.

—Pero…

—Pero nada, si quieres hacer algo por mí, haz eso. Sé feliz por las dos.

—Está bien, pero vendré a verte y te traeré tabaco.

—De acuerdo—acepta Jordan riendo.

Me despido de ella con otro abrazo y durante el trayecto de vuelta le suplico a Meli que se entere del motivo que llevó a Jordan a la cárcel.

—Está bien, haré algunas llamadas a ver qué averiguo—resopla tras mi insistencia.

Ese mismo día por la tarde recibimos en casa la visita de Catalina, Irene y Meli.

—Ya he averiguado lo que hizo Jordan—anuncia Meli mirándome fijamente.

—¿Es grave? ¿Creéis que podríamos ayudarla? Ella me salvó la vida.

—Sabía yo que los tiros iban por ahí—responde Catalina.

—Sé que te sientes en deuda con ella y que te gustaría

devolverle el favor de algún modo—interviene Irene—pero a Jordan no puedes ayudarla, su lugar es ese.

—¿Qué hizo? —pregunta Carlota muerta de curiosidad.

—Está acusada de trata de blancas—contesta Irene.

Me quedo paralizada en el sitio sin entender nada, una cosa es lo que hace en la cárcel para sobrevivir, pero otra es imaginarla fuera secuestrando mujeres para que las droguen y las violen repetidamente hasta que ya no les sirven y las matan.

—No puede ser—cabeceo sintiendo que me falta el aire.

—El caso de Gaitán es un poco particular—comienza a explicar Irene—es lo que en términos criminológicos se conoce como una victimaria.

—¿Una victimaria? —repito confusa.

—Son aquellas personas que son víctimas de una situación violenta, en este caso abusos y prostitución obligada, y que cuando ya no sirven para ese fin, acaban consiguiendo otras chicas para sus captores porque no conocen otro modo de vida.

—No entiendo nada—titubeo compungida—Jordan es joven…

—Gaitán fue secuestrada con once años cuando volvía del colegio. Jamás se supo de ella hasta catorce años después, cuando se desmanteló una pequeña red de prostitución infantil. Creemos que después del secuestro la prostituyeron hasta los diecisiete o dieciocho años. Aquella red traficaba solo con niñas, y cuando dejaban de serlo ya no servían y las vendían a prostíbulos. Gaitán es una víctima de las circunstancias que para evitar que la vendieran, decidió mostrarse útil a sus captores.

Me tapo la boca con la mano mientras intento tragar saliva y deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Muchas de las niñas que había allí la señalaron como la persona que las engañó para llevarlas al lugar donde sucedía todo, una masía alejada de la urbe donde había un sótano de los horrores.

—Dios mío, no sé qué decir.

—Lamentablemente estas cosas pasan. Gaitán tuvo la desgracia de ser una de esas niñas y su instinto de supervivencia la llevó a terminar haciendo lo mismo que le habían hecho a ella. Su condición de víctima se tuvo presente en el juicio y por eso su condena fue menor a la del resto de los acusados.

—Si te sirve de algo—interviene Meli—las niñas también explicaron que Jordan las trataba bien y cuidaba de ellas allí dentro. Sé que no es mucho, pero parte de su conciencia seguía intacta.

—No es justo—digo con los ojos encharcados.

—No, no lo es—interviene Catalina—si no se hubiesen llevado a Gaitán aquel día lo más probable es que hubiese tenido una vida normal alejada de cualquier ilegalidad. Su padre es farmacéutico y ella fantaseaba con seguir sus pasos cuando fuese mayor. El mundo está lleno de depredadores que arruinan la vida de miles de niñas y mujeres en todas partes.

Me dejo caer hacia atrás en el sofá, debería odiar a Jordan por lo que hizo, pero no dejo de verla como una víctima que trató de sobrellevar la situación como pudo. No puedo juzgarla, de haber estado en su situación no sé lo que hubiera hecho.

Capítulo 38, día 179

Carlota

Todavía estoy desperezándome cuando llaman a la puerta. Uno de los guardias de seguridad ha salido para llevar a David al colegio. El niño no podía estar perdiendo clases ni aislado del resto del mundo y después de meditarlo mucho, Nerea aceptó que volviese a su rutina, pero solo después de que yo le garantizara que estaría vigilado en todo momento.

La madre de Nerea se marchó una semana después de su puesta en libertad. Primero de crucero con unas amigas para despejarse y descansar como la pobre mujer necesitaba desde hacía tiempo, y después a Francia para vivir una temporada con una de sus hermanas.

El nuevo juicio se produjo hace dos meses y Nerea quedó libre de cualquier sospecha, en cambio, mi padre fue condenado por un delito de extorsión y otro de obstrucción a la justicia. Con él cayeron todos aquellos a los que sobornó para asegurarse de que mi madre y yo nunca llegásemos a enterarnos de que mi hermano estaba muerto por su culpa. Fueron imputados tres policías, dos testigos que habían mentido en la declaración, el médico forense que realizó la autopsia de Oliver y el abogado de mi padre que resultó ser la tarántula que había movido todos los hilos.

El abogado que extorsionaba a Nerea se suicidó días antes del juicio a pesar de haber conseguido un trato de inmunidad a cambio de dar nombres. En esa inmunidad quedaba incluida cualquier implicación por parte de ese desgraciado en lo referente al encarcelamiento de Nerea y también de su intento de asesinato el día que salió, que acabó confesando días después a pesar de que Irene y su mujer no le creyeron y están seguros de que la orden venía de más arriba. Por lo tanto, se ha abierto una nueva investigación para tratar de desmantelar a esa red de secuestradores exprés que por ahora actúa con impunidad haciéndole lo mismo que a nosotras a otras familias.

Nerea está en el baño terminando de ducharse y yo abro la puerta con tranquilidad porque sé que nuestra ubicación solo la conocen mi madre, la suya, Catalina e Irene, y el personal de seguridad no deja entrar a nadie que no sea una de ellas.

—¿Se puede? —pregunta Catalina con una enorme sonrisa.

Viene acompañada de Irene, así que me hago a un lado y las invito a pasar al salón.

—¿Habéis quedado con Nerea? —pregunto confusa.

—No, es una visita inesperada, esperamos no cogeros en mal momento—responde Catalina dejando una bolsa sobre la mesa.

—Aquí es difícil que sea mal momento—responde de pronto Nerea, que acaba de salir del baño—vengáis cuando vengáis, a mí me encontráis seguro, es como estar en una cárcel, solo que llena de comodidades y con la gente a la que quiero—añade agarrándome por la cintura y besando mi hombro.

Nerea tardó un par de meses en lograr adaptarse a la nueva situación, tenía pesadillas prácticamente todas las noches y estaba obsesionada con la vigilancia de David. Silvia venía a verla un par de veces a la semana, no es psicóloga, pero a Nerea no le costaba abrirse con ella y, la doctora, asesorada por otra profesional amiga suya, acabó consiguiendo que Nerea lo sacara todo.

—Tenemos noticias, ¿nos sentamos? —propone Irene.

Catalina saca una bandeja de pastas del interior de la bolsa, así que preparamos café con leche para todas y nos sentamos a la mesa.

—Vosotras diréis—dice Nerea.

—No os queríamos decir nada hasta estar seguras—comienza a explicar Irene—pero la semana pasada, revisando por enésima vez la grabación que el padre de Carlota tenía del tipo que lo llamó para pedir dinero por Oliver, se obtuvo una pista.

—¿En serio? —pregunto asombrada.

—Sí. Fue por pura casualidad, los agentes que se ocupan del caso la estaban escuchando justo en el momento que entró en la sala un chico de mantenimiento. En la cinta se escuchaba un ruido de fondo, era muy peculiar y solo duraba unos segundos, pero ese chico lo reconoció y se lo dijo a los agentes.

—¿Qué sitio era? —pregunta Nerea.

—No tenemos esa información, la que sí tenemos es que la policía montó un dispositivo de vigilancia las veinticuatro horas del día alrededor de aquel punto. Se identificó a varias personas con un historial de antecedentes que te pone los pelos de punta y finalmente se procedió al asalto del lugar en cuestión porque había motivos suficientes para pensar que dentro había al menos una persona secuestrada.

Nerea y yo nos miramos un segundo y volvemos a clavar la vista en Irene.

—No podemos entrar en detalles porque todo está ahora bajo secreto de sumario, pero tenemos permiso del juez para

informaros de que durante ese asalto, se liberaron a tres personas secuestradas, dos de ellas menores, y se procedió a la desarticulación absoluta de toda la banda.

Nerea se queda en un estado catatónico del que no logra salir hasta que yo empiezo a llorar, por fin todo nuestro sufrimiento va a ser compensado.

—¿Fueron los mismos que secuestraron a David y a Oliver? —pregunta Nerea con voz gélida.

—Sí, se ha podido confirmar porque esa gente grababa vídeos de todo lo que hacía.

—¿Cómo un trofeo? —pregunto indignada.

—Eso pensó la policía al principio, pero la realidad es mucho peor. Los vídeos de los secuestros a menores como el caso de David, los guardaban como recordatorio para la madre o el padre en cuestión al que habían hecho reconocer un delito que no habían cometido. De vez en cuando, una persona cercana a ellos, se lo mostraba para recordarle lo que podía volver a pasar si decidía retractarse.

Nerea se abraza los brazos tras sentir un escalofrío. Recuerdo que me había contado que su abogado le había mostrado un par de imágenes de cuando David estuvo secuestrado al menos en tres ocasiones.

—Los de los asesinatos como el de Oliver—continúa explicando Irene tras dedicarme una mirada compasiva—los subían a la *Deep web* o internet profundo, como queráis llamarlo. Todavía no se ha determinado con qué objetivo, aunque lo más probable es que simplemente fuese una venta, hay muchísimas personas que pagan auténticas barbaridades por ver una muerte en directo.

Dejo de llorar, me he quedado conmocionada al saber que no solo habían matado a mi hermano sin motivo, sino que, además, han comercializado su muerte con un montón de psicópatas con los que probablemente nos cruzamos a diario. Gente de la que jamás sospecharíamos, con familia, trabajo y aparentemente normal, pero que delante de un portátil y gastando dinero, se transforman en auténticos monstruos.

—Sé que cuesta procesar esto—añade Catalina—pero lo importante ahora es que Nerea ya no tiene que esconderse más. David está a salvo y vosotras podéis empezar a hacer una vida normal. Toda esa gente va a pasar muchos años entre rejas, os lo aseguro.

—¿Y qué pasa con los demás? —pregunta Nerea—hay otras bandas como esa que siguen operando con total impunidad.

—Se va a formar una unidad especial que se va a dedicar

única y exclusivamente a la desarticulación de estas bandas. Todavía es un proyecto y queda mucha burocracia por delante, pero confío en que pronto estarán operativos—aclara Irene.

Cuando se marchan de nuestra casa las dos nos permitimos unos minutos para llorar juntas y desahogarnos. Todo ha acabado y por un instante nos sentimos muy perdidas porque habíamos llegado a pensar que esta iba a ser nuestra vida para siempre. Pero no es así, esta vez se hará justicia y serán los verdaderos culpables los que paguen por todo lo que nos han arrebatado. Eso nos ayudará a superarlo.

Capítulo 39, día 212

Carlota

Me mezclo entre las madres y los padres que esperan en el patio del colegio de David como si fuese una más, aunque sintiendo una leve inquietud en la boca del estómago. No es la primera vez que vengo a buscarlo, pero sí la primera que vengo yo sola.

Algunas madres me saludan e intentan que me integre en la conversación sobre meriendas sanas en la que están enfrascadas y, aunque agradezco su interés, no estoy por la labor. Es la primera vez y necesito hacerlo bien, no quiero que David salga y yo no me dé cuenta porque estoy despistada.

La alarma suena puntual como siempre y por poco se me salen los ojos de las cuencas buscándolo cuando la clase de David comienza a salir. No tardo ni cinco segundos en localizarlo, en los últimos meses ha dado un estirón y es de los más altos de su clase. Se coloca en fila junto a sus compañeros mientras todas las madres o personas designadas que van a recoger a los niños y se presentan ante la profesora para que esta se asegure de que no se marchan con nadie desconocido.

—Vengo a por David Loya—digo nerviosa cuando llega mi turno.

Sí, Loya, como su padre los abandonó antes de nacer, Nerea decidió ponerle sus dos apellidos a David para que no tuviese ningún vínculo con alguien que no se había molestado ni siquiera en conocerlo. Eso cambiará dentro de unos meses, me he enamorado de la madre y también del hijo, lo quiero como si fuese mío y quiero sentirme parte de la familia a todos los efectos. Así que hace unas semanas, le dije a Nerea que me gustaría que David llevase también mi apellido, aceptó sonriendo y yo como siempre; me eché a llorar. La conversación se alargó hasta bien entrada la noche, y acabó conmigo arrodillada sobre la cama pidiéndole que se casara conmigo.

—Hola, Carlota—me saluda la profesora alzando una mano para llamar a David.

Cuando el niño llega me salta encima y se enrosca en mi cuerpo como un pulpo.

—¿Dónde está mamá? —pregunta después de que le bese la

mejilla.

—Ahora vamos a buscarla al trabajo, que hoy salía un poco más tarde.

—Qué tengas buenas vacaciones, David—le dice la profesora a la vez que se despide de nosotros con la mano.

Nos montamos en el coche y le entrego una bolsita con un batido de chocolate y un pequeño bocadillo de atún, su último descubrimiento hasta que lo aborrezca. Conduzco con la radio apagada porque David me narra cada detalle de su último día de cole, contento porque no tiene que volver hasta dentro de unos meses.

—¡Ese es el trabajo de mamá! —exclama cuando estamos llegando.

—Sí, cariño, ahí es.

Todavía recuerdo el día que su antiguo jefe, aquel para el que trabajaba cuando la detuvieron, se presentó en su piso una mañana que habíamos ido a terminar de recoger cosas, ya que decidimos vivir juntas en mi casa y como Nerea quería colaborar, decidió ponerlo en alquiler.

—Néstor—dijo con sorpresa cuando lo encontró al otro lado de la puerta.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó él cruzándose de brazos.

Me acerqué a Nerea y me quedé detrás de ella por si era necesario llamar a la policía, yo no sabía quién era y se me pasaron por la cabeza un montón de posibilidades en aquel momento. Que iban desde algún emisario que viniese de parte de aquellos cabrones, hasta el padre de David, aunque no era ni uno ni otro.

—Confiesas un crimen que no has cometido, rechazas todos mis intentos de visitarte en la cárcel y cuándo sales, ¿no se te ocurre volver para ocupar tu puesto?

Nerea se quedó paralizada unos segundos, hasta que él cambió de postura, pasando de tener los brazos cruzados en una actitud que pretendía ser defensiva, a ponerlos en jarras y alzar una ceja como si esperase algo. Ese algo llegó cuando Nerea se abrazó a él y comenzó a llorar. Ya me había explicado que más que su jefe siempre lo había considerado su amigo y que le daba tanta vergüenza que la viese en la cárcel, que no se había atrevido a dejarlo que la visitase.

—Lo siento—sollozó ella.

—No lo sientas—dijo él tendiéndole un pañuelo blanco que sacó del bolsillo de su impoluto traje—si quieres compensarme, preséntate el lunes en el trabajo, tu antiguo puesto te está

esperando.

—¿De verdad? —preguntó estupefacta mientras yo elevaba las cejas más sorprendida que ella.

—De verdad, siempre supe que era imposible que hubieses hecho nada de lo que se contaba. No te voy a negar que no cubrí tu puesto, porque tu trabajo no se hace solo, ¿sabes? Pero si lo quieres es tuyo.

—Gracias, Néstor, el lunes a primera hora estaré allí.

—Perfecto, ahora preséntame a esa señorita y dejad que os invite a tomar unas cañas para que me cuentes qué cojones fue lo que pasó.

Y así fue como Nerea recuperó su antiguo trabajo como contable en una fábrica de componentes para automóviles.

—¡Ahí sale mamá! —grita David asustándome.

Los dos nos bajamos del coche y el niño corre hacia ella, después de darle un abrazo, le pide el móvil para jugar un rato y se mete en el vehículo de nuevo.

—Hola, amor—me saluda sonriente.

Agarro su mentón con una mano y tras acariciar suavemente su labio inferior con mi dedo pulgar, le planto un beso de película y me pierdo en ese brillo de sus ojos que me enamoró en aquella cárcel.

—¿Lista para irse de vacaciones, señorita Loya? —le pregunto dándole una palmada en el trasero.

—Lista, señorita Márquez. ¿Lo tenemos todo?

—Maletas cargadas, billetes, documentación, y un niño de siete años que se va a Disneyland y todavía no lo sabe. Yo creo que sí, lo tenemos todo.

Nerea me guiña un ojo antes de subir al coche y yo la imito tratando de contener el cosquilleo que se ha desatado en mi estómago.

FIN